



POESIA Y TEATRO

leonidas
yerovi



Colección Autores Peruanos

Yerovi/*Poesía y Teatro*

Leonidas Yerovi

PQ
8497
Y4
A6
1969

Poesía y Teatro



Editorial Universo S.A.

LIMA—PERU

**Selección y Prólogo
de Augusto Tamayo Vargas**

DERECHOS RESERVADOS

© EDITORIAL UNIVERSO S.A.
Av. Nicolás Arriola 2285 - La Victoria
Teléfono 24-1639 - Casilla 241 - Lima

PROLOGO

Fue Leonidas Yerovi el poeta popular peruano del Modernismo. De un modernismo sencillista por contradicción. Nació el 23 de septiembre de 1881. Se formó en el ambiente criollo, representativo de nuestra clase media, del Colegio Nacional de Guadalupe. Fue esencialmente un periodista. Pero dentro de esa actividad realizó una obra poética muy particular en el que dejándose arrastrar por las formas rubendarianas creó un tipo de versificación fácil, para ser entendido y apreciado por la masa de lectores de los diarios y revistas en que colaborara o que fundara. Yerovi criolliza así a Rubén Darío, con una literatura limeña en que se mezclan Caviedes, Terralla, Segura, "El Murciélago" y Ricardo Palma a una rítmica y alada expresión que responde al momento inicial del Modernismo y, al mismo tiempo, a la señalada poesía periodística, ágil y facilísima, con que Yerovi se muestra como un poeta que linda entre lo valiosamente creativo y lo populachero. Juega con los metros de versificación, con las palabras y con las ideas. Y hay en su juego como una extraña melancolía arlequinesca que anticipa a Chaplin. Pero muy localista, peruaniza la figura porque constantemente incluye "doña Peñaranda", "pepinar" (por el cementerio de Lima en el pepinar de Ancieta), "turrón", "catay", etc. Se inicia —como ya dijimos— en el periodismo —y permanece siempre en él— ya dentro de las revistas Actualidades y Contemporáneos; dirigiendo Monos y Monadas; colaborando en Variedades, en Ilustración Peruana, en Bañerios, en Gil Blas, en Prisma y en los diarios de Lima; así como en Caras y Caretas y en Crítica de Buenos Aires. Su obra dramática es nutrida; llena de picardía y de una ingeniosa verbosidad popular: La de a cuatro mil, Tarjetas Postales, Gente Loca hasta La Casa de Tantos. Pero su valor representativo está en el campo de la lírica, donde Yerovi alcanza aquella sui géneris modalidad que hemos señalado. Ya es el juego de la conocidísima "Mandolinata":

*Titina, tina, tontina,
la de la voz argentina
y el aliento de jazmín;
sal a tu ventana, ingrata,
y oye la mandolinata
que te doy en el jardín.*

*Y en el que arreglando la descripción de la amada del
Cantar de los Cantares, dice:*

*Tu cabello es blonda seda,
tu pura frente remeda
blanca faja de marfil;
luminarias son tus ojos,
cerezas tus labios rojos,
de medallón tu perfil.
Tu seno es tibia almohada,
tu cintura una monada,
tu cutis de surah;
tu cuerpo un jarrón de cebres...*

Asimismo, la humorística y doliente "Las bromas de la aldea": "Eramos veinte mozos en la aldea..." y que termina con aquel: "como no lo entendimos, lo apedreamos". También su "Recóndita" con el fácil encanto de su rima pobre; y los dos sonetos de su "Pecadora", escépticos, bohemios y "cursis". Madrigales y letrillas, donde asoma el genio criollo, zumbón, aunque hable de "Margots", de "París" y de "champagne", y aunque se deje llevar por el recuerdo de Rubén:

*Era que se era y en París de Francia...
La mimi de Murger, tísica y coqueta...
Era por los tiempos de Musset cantando...*

Y asoma así un canario gentil amigo y confidente; y Margot tose y tose como en la tradición romántica, pero al final:

*...doña Peñaranda se metió en la casa,
y perdió el salario por no ir al taller...*

Yerovi extrae —con realismo sencillista— de su poema rubendariano que “aquí lo mismo que en París de Francia, todo culto es bello, pero hay que cenar...” Y Margot se come al canario en un golpe burlón con que cierra su “romanticismo” callejero. Por sobre ese su criollismo zumbón, claro que indiscutiblemente recogió el alado ritmo rubendariano y fue en este aspecto uno de sus más decididos continuadores e imitadores en el Perú:

*La inextinguible damita
que llevo en el corazón
es gentil y es menudita
y se llama (por bonita)
la señorita Ilusión.*

A la muerte del poeta nicaragüense diría por eso del dolor de Eulalia —la del poema de Rubén, que “ríe, ríe, ríe”—: “La princesa Eulalia, llora, llora, llora...” Y encontramos la marca rubendariana en “Versos del Carnaval”, donde “Pierrot estaba y no estaba, pero yo estaba bebido”. Y en aquel rítmico y alado “El Café de las Ghirantas”, con la impresión de mundo bonarense de principios del siglo, eco de arte francés y de bohemia ligera:

*...quien aquí a catarlas viene, guarda dentro su tristeza
lleva mieles en los labios, pone flores en la herida.*

Uno de los más claros ejemplos de la poesía de Yerovi se da tal vez en “Madrigalerías”. Poesía limeña y “turroneira”, que termina, sin embargo, con dos versos a lo Heine:

*Y ella...! me engañó con uno,
y yo me marché con una!*

En el campo letrillesco, Yerovi recordó los viejos tiempos

de Pardo y Aliaga. Caricaturiza a los políticos de entonces: "Más agestado que Porras, más hosco que Pepe Pardo"; y habla de un Ministro que "perdió tortuga y cartera"; y se burla de comités políticos y de parlamentarios de entonces, ya en La Prensa, ya en El Tiempo o en Don Lunes, con los extraordinarios apuntes del caricaturista Julio Málaga Grenet.

También en el teatro hay que apreciar —como ya dijimos— el talento de Leonidas Yerovi. Su comedia *La de Cuatro mil*, fue justamente alabada por la crítica nacional, como puede apreciarse a través de la reseña del diario *El Comercio*: "Hay en la obra verdadero derroche de situaciones cómicas, está escrita en verso chispeante y florido, tiene novedad en los chistes, y su autor ha revelado un conocimiento escénico prometedor de nuevos y ruidosos triunfos". Y añadía el cronista, líneas adelante: "Se puede asegurar que el gran Segura ha tenido, al fin, un reemplazo en la escena peruana..." Y seguirían los triunfos populares con *Tarjetas Postales* y con el éxito en Buenos Aires de *Gente Loca* estrenada allá en 1914. Después de muerto Yerovi, se presentaría *La casa de tantos*, que escapando de la comedia ligera pretendía ser un drama de crítica social, con la presentación de defectos y errores de la sociedad peruana.

Ricardo Palma dijo de él: "Hombre bueno y leal, satírico intencionado y poeta de vena abundante y facilísima"... Describiendo la vez que lo conoció, por 1905, cuenta que se le presentó en la Dirección de la Biblioteca Nacional, "un mozalbete espigado e imberbe y, entre tímido y audaz, diome la queja de que un empleado le había negado un libro que le pidiera; pregunté su nombre al reclamante, cambié algunas frases con él, hice que fuera atendido y, por intuición sin duda, no lo olvidé desde entonces y solía, de tiempo en tiempo, inquirir noticias de él. Supe así que era asiduo concurrente a la sala de lectura y gran aficionado a los poetas festivos, tanto clásicos como modernos"... "toda la rica y variadísima labor de Yerovi lleva el sello inconfundible de su personalidad, la marca genial de quien fue... preclaro representan-

te... del criollismo en la literatura”.

Luis Fabio Xammar sostenía que “emparentado espiritualmente con Segura y sin tener nada de común con Pardo y Aliaga, no es un continuador sino un renovador del teatro nacional”; y agregaba: “entendió un teatro de carácter genuinamente popular, como fue todo el nervio de su obra, y por eso también supo gozar de las calurosas ovaciones que sólo se obtienen cuando se coincide con el íntimo aliento de la multitud...” Xammar estudió a Yerovi apreciando los Valores Humanos de su obra, que tienen “intenso volumen”. Su vida fue vehemente; no dejó de manifestar en su “gula verbal” todo un rico matiz poético donde se marca el lindero de lo humorístico y lo amargo de la vida diaria de un hombre cualquiera. Su obra no es la del “clérigo”, pese a su documentación modernista, sino la de un cantor popular y la del rápido letrillero. Hoy, sin embargo, la humanidad recuerda a Villón, trashumante e improvisador, más que a Guillermo de Lorris, erudito y alegórico en su Romance de la Rosa. Yerovi, quien había nacido en Lima, murió asesinado en su misma ciudad natal el 15 de febrero de 1917, y ante su tumba, uno de los nuevos escritores del Perú de entonces —Abraham Valdelomar— pronunció unas extrañas y sugestivas frases en las que, al lado de la emoción vivamente expresada, se apreciaba una nueva línea estética.

AUGUSTO TAMAYO VARGAS

ORACION FUNEBRE DE ABRAHAM VALDELOMAR EN EL ENTIERRO DE LEONIDAS YEROVI

Señores:

Un hombre malo vino desde muy lejos, desde unas costas rocallosas, desde un mar siempre colérico bajo el cielo gris. Después de llegar entró en nuestra casa y allá, abajo, se lo llevó para matarlo. Mis compañeros salieron a buscarlo y cuando lo vieron ya caído y lleno de sangre, se pusieron a llorar.

La invocación. Oye, hermano Leonidas, yo te quiero contar lo que ha pasado. Yo vivo allá en el Barranco, junto al mar. Yo estaba soñando, a la aurora, cuando entró mi madre sollozante, y me dijo: ¡Corre, corre! ¡Un hombre malo ha matado a tu amigo! ¡Corre!

La duda.- Yo venía jadeando, pero no podía llorar. Subí a "La Prensa". En el gran salón, sobre la mesa de caoba, había una camilla y en ella estaba un cuerpo cubierto por un lienzo blanco. Yo preguntaba por tí. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hermano? ¿Quién se ha llevado a mi hermano? ¿Le han hecho daño? Pero no podía llorar. Y todos lloraban, lloraban.

El presentimiento.- El sol parecía tener miedo. Entraba oblicuamente y se asomaba como un niño asustado. Olía a dolor. Estaba todo tan oscuro, que la sábana blanca parecía la persistencia en la retina del cuadro de luz de la ventana. Yo sentí que tú estabas allí, y me acerqué. De la calle subían frases inconclusas, en las cuales tu nombre iba unido a palabras pavorosas y absurdas. Cada hombre tenía la mirada fija en un punto invisible, y tan distante que la retina no lo alcanzaba. Esa mirada que tienen los hombres cuando piensan en una cosa muy triste y sin remedio. Luego lloraban, lloraban. Pero yo no podía llorar.

La lealtad.- Luego entraron a la sala tres hombres con unas túnicas blancas y unos guantes transparentes y se diri-

gieron a ti, con unos cuchillos. Y yo entonces me acerqué, porque creí que iban a hacerte daño.

La tragedia.- Descubrieron tu cuerpo, desnudo, blanco y rígido. ¡Desnudo, blanco y rígido! ¡Desnudo, blanco y rígido sobre la mesa dura! Yo comprendía, hermano, que tenías frío, que te morías de frío y que no podías hablar. Y quería cubrirte, pero yo no tenía con qué cubrirte. Abajo, la máquina empezó a vibrar: rum-rum, rum-rum, rum-rum; y empezó a temblar la casa y yo tuve miedo. Entonces, con sus hojas de acero, frías, destaparon tu pecho como se destapa un ataúd.

Y yo empecé a temblar, a temblar, Leonidas, a temblar por ti que no te quejabas; a temblar por tu carne joven que el acero surcaba tan hondo. Pero no manaba sangre de tu cuerpo. Yo decía: ¿Cómo es posible que lo estén matando y no sangren sus heridas? ¿Cómo es posible que lo estén matando y que nadie lo defienda? Me abalancé, pero me detuvieron. Y no podía llorar, pero todos lloraban, lloraban, como si alguien se hubiese muerto.

El dolor intenso.- Los hombres, con sus clámides blancas, hablaban en voz baja, ronca, opaca, siniestra. Uno metió sus manos en tu pecho abierto. Otro extendía los enormes labios de tus heridas. Otro cortó una entraña; y el más triste de todos levantó en alto, como si fuera una hostia, algo que era como un puño lleno de sangre. Y dijo: ¡El Corazón! ¡Aquí está el Corazón! Había sollozos, gritos, lamentaciones. Y todos lloraban, lloraban desconsoladamente. Mas yo no podía llorar.

La realidad.- ¿Por qué estabas allí, Leonidas, con esos hombres llenos de sangre? ¿Qué habían hecho? ¿Qué habían hecho contigo? ¿Era cierto que un hombre malo había venido desde muy lejos para matarte? Te llenaron todo de sangre. Por tus labios corría un hilo rojo, y leve espuma rosada como pétalo se movía entre los dientes blancos. Luego, cosieron nuevamente tus heridas, con una cuerda tosca y una aguja curva como esos cuchillos que usan las gentes de donde ese hombre malo había venido. Tu cuerpo blanco, rígido, lleno

de sangre se recostó sobre una mesa dura. Una mujer desconocida te mandó un ramo de rosas que se deshojaron sobre tu pecho, y cubrieron tus ojos y frente ensangrentada.

Entonces se fueron todos. Se hizo de noche. Yo, mirándote, comprendí que tú ya no estabas allí.

Y me puse a llorar.

P O E S I A

¡S O L O!

Conmigo y mi fantasía
suelo entretenerme tanto
que es mi predilecto encanto
vivir en mi compañía,
y cuando, por cortesía,
salgo de ella, a lo mejor,
aunque agradezco el favor,
añoro, huraño y sencillo,
mi mundo, quizás mundillo,
pero mi mundo interior.

MADRIGALERIAS

¡Nadie como ella ; Tenía
la niña que me quería
los ojos de quemazón,
la boquita de turrón,
y el aliento de ambrosía,
y cuando yo la ceñía
la delicada cintura,
era tan dulce locura
la que mi ser poseía,
que hasta en el alma sentía
sus ojos de quemazón
y entraba en mi corazón
el aliento de ambrosía
de su boca de turrón.

Sus manos eran enanos
manojitos de jazmines
más que bellísimas manos:
jazmines de los jardines

de los Pachás soberanos;
y cuando yo en los arcanos
de sus ojos la miraba,
sentía que me embriagaba
de pensamientos profanos,
hasta que en ímpetus vanos
mordisqueaba los jazmines
amorosos de sus manos:
jazmines de los jardines
de los Pachás soberanos...

Con timideces benditas
a veces, en la alameda
del parque de nuestras citas,
ya la besaba en la seda
de las mejillas marchitas;
arrancaba margaritas
para sus rubios cabellos
y sentía cerca de ellos
unas ansias infinitas.
Y entre temores y cuitas,
recorriendo, quedo y queda,
la alameda de las citas,
volvía a besar la seda
de sus mejillas marchitas...

¡Pobre y dolorido amor
tronchado botón en flor,
y por eso dolorido
y por eso encantador!
Era amor de tal sabor
y era amor de tal valer
que aún no encuentro la mujer
sepulcro de mi dolor...
Guardo aún el viejo rencor
de aquel amor combatido
triste, pero turbador,

y por eso dolorido
y por eso encantador...

¡Nadie como ella! Y ninguno
como ese rayo de luna
de aquel amor sin fortuna:
dos seres que eran sólo uno,
dos almas que eran sólo una.
Igual no me amó ninguna
ni igual fue amada otra bella;
pero en la amarga querella
de ese amor muerto en la cuna,
surgió la nota importuna
de otro amor inoportuno...
¡No tuvo él nuestra fortuna!
Y ella... ¡me engañó con uno,
y yo me marché con una! ...

LA SEÑORITA ILUSION

La inextinguible damita
que llevo en el corazón
es gentil y es menudita
y se llama (por bonita)
la señorita Ilusión.

Tiene los ojos traidores
y tiene labios traviesos
y, exaltando sus primores,
dos hoyuelos tentadores,
como dos nidos de besos.

Mínima, breve, hechicera,
sólo sabe lo que vale

quien en la calle la viera,
pues cuando a la calle sale
parece que el sol saliera.

Todo, su fulgor lo alumbra;
sus ojos claros y bellos
tienen tan suaves destellos
que yo busco la penumbra
para que me alumbren ellos.

Tan breve es la señorita
que cabría en su bolsón,
y cuando acude a la cita
todos dicen: ¡Qué bonita
la señorita Ilusión!

Cuando sale de paseo,
yo la sigo por recreo
cercana y golosamente
gozándome en el deseo
que va encendiendo en la gente.

Y si la requiebra alguno
siento el deseo bravío
de declararle al muy tuno:
— ¡Pero, señor, qué importuno!
¡Pero, señor, si eso es mío!

¡Ah, la bella señorita
que llevo en el corazón!
Si me olvida, Dios permita
que comparezca a su cita
la señorita Ilusión.

MISA DE ALBA

Mañanita invernál.

*Lllaman a misa
en la capilla vecinal escueta,
y digo a Risa, adormilada y quieta:
—Vamos a misa, señorita Risa,
levántate, coqueta...*

*La señorita entreabre perezosa
la noche de sus ojos azorados,
despega los dos pétalos de rosa
sangrienta de sus labios colorados
y mira maliciosa...*

*¿Qué mira? Mi talante... Yo insinuante
sigo en la alcoba en actitud severa,
pero ella se arrebuja friolera
y me ve con mirada suplicante
como rogando: ¡Espera!*

*—Se hace tarde, mi bien,— digo cobarde
esquivando sus ojos, en donde arde
la llama temblorosa del pecado:
y ella tiene un mohín, y yo, turbado,
repito: — Se hace tarde...*

*Mas, ¿cómo convencerla? Ni apelando
al más hábil ardid de sutileza.
Tiene mi princesilla tal firmeza
que no hay quien logre convencerla cuando
la vence la pereza.*

*—Debes saber...— y afuera las campanas
siguen vibrantes repicando a misa,
y yo sigo en mis pláticas cristianas,
pero vanas, de todas las mañanas
cuando despierto a Risa...*

*Y cuando en un arranque de energía,
la quiero incorporar, su busto bello
se yerque y siento —dulce tiranía—*

el dogal de sus brazos en mi cuello
y su boca en la mía...

Y así no hay misa... Y sigo convencido
de que aunque soy católico cumplido
Risa me vence en la más fácil prueba,
¡Cómo lo sepa Dios estoy perdido! ...
pero, ¿por qué hizo a Eva?

II

....Perdone, señor Cura, mi locura,
mi fatal condición, mi fe indecisa,
pero ¡es tan deliciosa criatura!
¡Ni usted dice la misa si ve a Risa
cuando llaman a misa señor Cura! ...

MANDOLINATA

Titina, tina, tontina,
la de la voz argentina
y el aliento de jazmín,
sal a tu ventana, ingrata,
y oye la mandolinata
que te doy en el jardín.

Oye la trova que roba
con su dulcísima coba
la calma del corazón,
descorre la celosía
y acoge, princesa mía,
los ecos de mi canción.

Soy el bardo decadente
del numen incandescente,
que ama sin saber a quién:
el de las japonerías
y ritmos y melodías

aprendidos a Rubén.

Con mi cantata nocturna
quiero perfumar la urna
sacra de tu corazón,
y aquí tengo en la petaca,
para incienso, mirra y laca
que me ha prestado Fiansón.

Tu cabello es blonda seda
tu pura frente remeda
blanca faja de marfil;
luminarias son tus ojos,
cerezas tus labios rojos,
de medallón tu perfil.

Tu seno es tibia almohada,
tu cintura una monada
tu cutis es de suráh:
tu cuerpo un jarrón de Sévres
modelado por orfebres
amigos de tu papá.

Dos almendras son tus manos;
no hay pie, entre los pies enanos,
más menudo que tu pie...
y eres, en fin, por belleza,
por frescura y gentileza
un botón de rosa-té.

Titina, tina, tontina,
siendo, como eres divina,
siendo como eres, así,
¿por qué no asomas, ingrata,
y no oyes mi serenata
y no te fijas en mí?

¿Será cierto que hay un viejo

que por paternal consejo
tu viejo esposo será?
¿es posible que te vendas?
¿que no aceptes más ofrendas
que las que el viejo te hará?
Titina, tina, eso es feo;
no es decente y no lo creo:
¡vénderte al mejor postor! ...
Una señorita honrada
no debe acatar por nada
más ley que la del amor.

A ti lo que te hace falta
según a la vista salta
no es un viejo rico, no:
es un trovador amante,
es un poeta que cante
como un mirlo... como yo.

Es un bardo decadente
que te ame y que te alimente
el alma en primer lugar,
que los demás apetitos
sólo son prosaicos gritos
del estómago vulgar.

Medítalo, pues, tontina,
la de la voz argentina
y el aliento de jazmín:
no desestimes, ingrata,
la prudentísima lata
que te doy en el jardín.

Mas si no oyes mi consejo
y crees hallar en el viejo,
por su dinero, tu bien,
¡anda y que Luzbel te tiente
y que el viejo te reviente

y te dure un siglo! (Amén)

SU SOMBRILLA ROJA
(Modernismo entre paréntesis)

Tu sombrilla roja
la que más me enoja
de tu sombrillero
te ocultó a mis ojos cuando tú venías
hace cuatro días
de comprarle flores a un ramilletero.
(Tu sombrilla roja
la que más me enoja
de tu sombrillero)

Yo amo tu figura
por la donosura
con que la paseas,
pero aquella tarde me puse tan triste
que me pareciste
la mujer más fea de todas las feas,
(Yo amo tu figura
por la donosura
con que la paseas).

(No te vi la cara.
Tu sombrilla avara
te ocultó el semblante
y al no ver la gracia que tu faz respira
;me asaltó una ira
tan desesperada, tan desesperante...!
(No te vi la cara.
Tu sombrilla avara
te ocultó el semblante).

(De comprarle flores
de todos los colores
al ramilletero
ibas esa tarde, breve maravilla,
con esa sombrilla
que no dejaba ni verte el sombrero.
(De comprarle flores
de todos los colores
al ramilletero)

(¿Dónde iba mi prenda
bajo de la tienda
de su quitasol?
No lo sé aunque cuentan que la señorita
tiene a veces cita
con un cabezudo del "Petit Guignol"
(¿Dónde iba mi prenda
bajo de la tienda
de su quitasol?)

(¡Con un cabezudo!
Yo casi lo dudo,
pero ¿y la sombrilla?
¿por qué la tapaba la sombrilla roja,
la que más me enoja,
la que más la cubre, la que más me humilla?
(¡Con un cabezudo!
Yo casi lo dudo,
pero ¿y la sombrilla?)

¡Tu sombrilla roja,
la que más me enoja
llevabas encima!
Así no me extraña que te conociera
todo el que te viera,
por ser tu sombrilla popular en Lima
(Tu sombrilla roja

la que más me enoja
llevabas encima!)

(Cuando de aventura
salgas, criatura,
por el tipo aquel,
cubra otra sombrilla tu gentil trapío...
¡mas no en obsequio mío
sino otra sombrilla pagada por él!
(Cuando de aventura salgas, criatura,
por el tipo aquel).

LA CENA DE MARGOT

Era que se era y en París de Francia
bella amiga, n'á, cierto bibelot,
cierta muñequilla llena de fragancia
que tenía el dulce nombre de Margot.

(La Mimi de Murger, tísica y coqueta,
ya se amanecía por el boulevard,
ya le era a Marcelo pérfida Museta,
y estropeaba pianos el señor Shaunard.

Era por los tiempos de Musset cantando
la atildada cofia de Mimi Pinsón,
cuando las grisetas amaban y cuando
se jugaba un poco con el corazón)

Mi Margot vivía cerca de un tejado
en una guardilla donde nadie entró,
y con un canario — recuerdo preciado
de un tercer amante que la abandonó.

El canario era su gentil amigo

confidente alado y hasta su guardián;
en el suave pecho le brindaba abrigo
y le daba "picos" con migas de pan.

El, rendido a tales favores tan finos
bajo el sol dorado del amanecer,
la espantaba el sueño con alegres trinos
dándole la hora para ir al taller.

Y eran muy felices. Pero cierto día
se enfermó del pecho mi Margot gentil.
No se fue a la calle, se oyó que tosía
y cesó su clara risa juvenil.

Empeoró. Y como era su fortuna escasa
(unos cuantos sueldos por todo tener)
doña Peñaranda se metió en la casa,
y perdió el salario por no ir al taller.

La miseria vino trágica y sombría,
y el canario mismo también se afligió,
que una noche triste... que una noche fría...
¡pobre! ...
— ¡Pobrecito! ¿Se murió?

Murió...

—Cuánto sufriría tu Margot

—Sobrado,

Y pensó enterrarle bajo de un rosal,
pero aquella noche no había cenado...
Se cenó el canario y ese es el final.

— ¡Qué perfidia!

—Cierto, y hasta extravagancia.

— ¡No guardarle culto!

—Lo pensó guardar.

pero aquí lo mismo que en París de Francia
todo culto es bello pero hay que cenar...

EL DOLOR DE EULALIA
En la muerte de Rubén Darío

La princesa Eulalia, llora, llora, llora...
y en su tibia alcoba como en un santuario,
con las rubias trenzas en desorden, ora
junto a un viejo libro de versos que ahora
se diría fuese su devocionario...

Perlas cristalinas manan suavemente
de sus ojos, mientras la oración musita,
y sobre el pintado faldellín crujiente
desgrana el rosario pensativamente
cual si deshojara cierta margarita...

Llora por el bardo que de lejos vino
con los claros timbres de los privilegios
de los rimadores que eligió el destino,
y sembró de rosas todo su camino
y todo el ambiente lo pobló de arpegios.

Llora a aquel poeta que la presentía
al que bajo un palio de floridas ramas
sorprendiéndola un día cuando se reía
y cantóla en una dulce melodía
de ritmado giros, de unas nuevas gamas...

Llora al par que doblan por los funerales;
da la espalda al cofre de sus atavíos;
y esta noche en vano rondan sus umbrales
el abate joven de los madrigales
y el vizconde rubio de los desafíos...

Llora la princesa presa del desvelo,
lloran sus pupilas que secó el desdén,
que ya le han llegado las tocas de duelo
y ni ve al espejo si le sientan bien...

EL CAFE DE LAS "GHIRANTAS"
(Cafés Bonaerenses)

Cuántas, cuántas... Y qué bellas
todavía muchas de ellas
a pesar de los estragos de continuas trasnochadas
que las marcan con ojeras, acuchillan con sus huellas
sus caritas de muñecas vivamente retocadas...

Son enjambre: Son docenas
de mujeres... ¡Cuántas, cuántas! ...
Han venido las voraces al milagro de las cenas,
a la pesca del asiduo que persigue acompañantas,
y esta noche está de albricias, esta noche está de buenas
el café de las "ghirantas"...

Hay risueñas y tristonas. Hay sombrías y traviesas.
Las hay breves y aniñadas. Hay endebles y flexibles
que aman, fuman, beben... Y otras insaciablemente gruesas
que al rondar los mostradores determinan comestibles
y sondean con los ojos al "pagano" de las mesas...

Hay de todo. Y son divinas,
(hasta la hora de la cuenta, por lo menos). Son muy finas
y ejecutan sus papeles como amables comediantas;
son locuaces camaradas, son amables parlanchinas...
Y a chuleta con patatas por cabeza de vecinas
goza Ud. la noche entera del café de las "ghirantas"...

Las hay rusas y vienesas,
alemanas y francesas,
italianas y croatas.
Todas ellas enemigas por razón de patriotismo,
pero aquí, bajo estas luces, y por cosmopolitismo
sólo esgrimen armas contra las chuletas con patatas...

Y el que acude sin cautela,

bravamente, al ver a tantas,
¡guay si cae entre las redes y va a dar ante las plantas
de la alegre pecadora, femenina clientela
del café de las "ghirantas"...!

Las austriacas de la orquesta, las que tocan son honradas
y las siguen con miradas
— ¡envidiosas! — de reproche;
mas las tienta poco a poco lo engañoso del camino
y, de pronto, cierta noche
no aparece entre la orquesta "la primera en el violino"...

Cuando cunde la noticia se comenta alegremente,
largamente...
¡Ah señoras musicistas, las virtuosas, las muy santas! ...
Y se bebe más cerveza! Y se apura vaso y vaso
por el caso
del desliz de "la violino" del café de las "ghirantas"

Estas noches son las noches más ligeras de la vida;
quien aquí a catarlas viene guarda dentro su tristeza,
lleva mieles en los labios, pone flores en su herida
y gallea donjuanismo a compás de su largueza.
Si lo sabe, se le olvida; si lo olvida, ya es dichoso;
si con solo uno lo fuera ¡qué mejor si lo es con tantos! ...
No hay sediento de embriagueces ni de amores hay goloso
que no sea parroquiano del café de las "ghirantas"

Cuando el alba se insinúa y azulea en los cristales
y se cuela una onda fría por la sala de la fiesta,
queda en calma la vajilla, cesa el ruido de la orquesta
y las damas tiritando se arrebuja en sus chales.
Es la hora del desfile... Velar más es indiscreto.
Y bostezan. Y se envaran. Y se marchan por ahí.
Pero no sin despedirse, ni decirle a usted un secreto
al que Ud. contesta: no.. cuando no responde: sí...

Es la hora del hastío, de la fuga matutina;

se desgrana por las puertas la parvada femenina,
vuelve Ud. a las prosaicas conveniencias del recato
tras su noche turbulenta
y Pitágoras asoma con el mozo de la cuenta
que le ofrece limonadas y le trae bicarbonato.

Es la hora llamadora de la lucha por la vida,
de las cosas más honestas, más austeras y más santas.
A labores... Y esta noche, si el hastío nos convida,
tomaremos dos minutos al Café de las "ghirantas"

VERSOS DEL CARNAVAL

Pierrot estaba y no estaba,
pero yo estaba.....

I

...Fue de pronto. Fue tras una
caricia con que la luna
me obsequió gratuitamente
sin rubor y sin malicia,
cuando repentinamente
fui a buscar al sin fortuna
guiado por la caricia
de la luna — consecuente...

Yacía el triste inconsciente
lívido en la estrecha fosa
en donde a ratos reposa
según el desdén le acosa
o le lanzan los literatos;
yacía lívidamente,
o congelada en su frente
una línea de sudor

surcaba la blanca harina
que humedeció Colombina
con sus ósculos de amor...

¿Estaba muerto? ¿Soñaba
con ella? ¿Estaba dormido? ...
No lo sé, ni me importaba.
Pierrot estaba y no estaba,
pero yo estaba bebido...

Su faz transparente y seca
se transía en una mueca
estupendamente loca
y era agresiva la hueca
negrura de su ancha boca...

Mas él estaba y no estaba
pero yo estaba... y buscaba
su bullente compañía,
y apuntalando a un ciprés
el fracaso de un traspies
que me llevaba y traía,
le dije sarcástico:

— ¡Ea!

ya ves que soy capaz
de venir por ti, así sea
porque no duermes en paz
o porque el mundo te vea! ...

Y bajo el blanco disfraz
que de antaño le cubría
vi que Pierrot se movía
levemente estremecido.
¿Despertaba? ¿Suspiraba? ...
¿Estaba muerto? ¿Dormido? ...
Pierrot estaba y no estaba.
¡Yo sí que estaba bebido!

— ¡Arriba! —le dije— ¡Arriba!
Pierrot! La luna, cautiva
de la esfera sideral,
ha llegado de sorpresa
para besarte en la huesa
y amortajado te besa
porque llegó el Carnaval.

Rompe tu sueño fatal,
destroza tus ligaduras
y álzate, sal y acompaña
a quien te invita el champaña
de todas las aventuras;
olvida las amarguras
de aquella mujer... aquella
Colombina infiel y bella
de tus viejas ilusiones;
ven y bajo los pompones
rojos de tu molinera
goza la vida reidera
de todas las libaciones.

Y ante aquel nombre querido
vi cómo se levantaba.
Le vi de mi brazo asido...
Pierrot estaba y no estaba,
pero yo estaba bebido...

II

Surgimos en un salón
de baile, que era un manchón
de luces y de colores
en rara combinación.

Vahos de extraños olores,
aromas de ajadas flores,

rumores de loca fiesta,
giros, voces, ademanes
y desenfrenos de orquesta
que sabían a cancanes... ~

Brillaba como ascua de oro
aquel salón circular
donde era el estruendo un coro
elevado sin cesar.

Temblaban en los espejos
con luminosos reflejos
los focos de las cornisas,
y bajo las claras ondas
todo era frufrú de blondas
entre estallidos de risas ;
fulgor de vivas miradas
encuentro de ojos traviesos,
diapasón de carcajadas
y húmedo sonar de besos...

Todo era luz en cambiantes
y color y animación;
todo notas concordantes,
hasta el saltar del tapón
de los vinos espumantes...
¿y Pierrot? Pierrot asido
de mi brazo forcejeaba
por huir hacia el olvido...
Pierrot estaba y no estaba,
pero yo estaba bebido.

De improviso, dominante,
delatora, cristalina
una risa trepidante:
la risa de Colombina
que le reía a un amante;
y casi en el mismo instante

a un rudo brazo sujeta,
fatigada de bailar,
Colombina, — ¡la coqueta! ...
que se marchaba a cenar...

Pierrot vibró al escuchar
la risa de aquel reír
y al ver a la infiel pasar
sintió el ansia de morir
pero sin resucitar.

Y yo que le sostenía
y yo que le comprendía,
pérfida, perversamente
le deslicé en el oído:
—Como tú estabas ausente...
¡y gozaba interiormente! ...
¿Me escuchó? ¿No me escuchaba?
¿Estaba al fin convencido
de la traición que miraba? ...
Pierrot estaba y no estaba...
¡como yo estaba bebido! ...

Hice fácil presa de él
y fui a acordar a mi presa
sobre el más blanco mantel,
que engalanara una mesa,
y de improviso, — ¡oh sorpresa! ...
junto a una mesa vecina,
un pastel... y Colombina
que devoraba el pastel;
y hacia el extremo distante
grotesco hasta en la silueta
el rostro del nuevo amante
detrás de una servilleta...

Sacudí a mi compañero:
—Pierrot —le grité— repara

¡escudriña aquella cara
recina a ese caballero!

Y a mis voces de algazara
volvieron todos de frente
y nos faltó tiempo para
medirnos rápidamente.

Luego — Señor, qué divina
escena en ruido y tropel —
— ¡Pierrot! grita Colombina
— ¡Colombina! — grita él

El galán, cuyo papel
airoso decae bastante,
se interpone blasfemante
y yo acudo a la sazón,
y al jolgorio de la fiesta
va a unirse la trapatiesta
del diminuto salón...

Una escena de balumba
— ¡Pierrot! — ¡Colombina! ¡Tú! ...
(¡y el galán que siente su
decepción y su fracaso!)

Luego una fuente que zumba,
más tarde el zumbir de un vaso...
y ya armada la querella
el tremolar de una silla
el volar de una botella
y el adiós de la vajilla...
— ¡Maravilla! ¡Maravilla!

Todo, decididamente,
era un rasgo sin igual,
¡por algo hay un esplendente

domingo de carnaval! ,
¡era noche de aventuras,
era una noche divina,
la figura de las figuras
de Pierrot y Colombina!

¡Por ellos todo! Qué bello
remendar su viejo afán
de amores...

Y loco en ello
fui a retorcer por el cuello
al incógnito galán...

Y el galán, a quien así
por bajo de la barbilla,
irguiéndose sobre sí
por no moler más vajilla
comenzó a molerme a mí...

Fue una lucha detestable,
¡cual se portó el miserable
valido de su poder!
¡Aun Colombina, la fina
silueta de Colombina,
optó por desaparecer!

Y mientras yo desvahído
de mi suerte blasfemaba
bajo el rencor del bandido,
¿Pierrot estaba? ... ¡No estaba!
¡Pero yo estaba molido! ...

EPISTOLARIO DEL AMOR

Reversos de un hermoso tema de Chocano

EPISTOLA A CIUTTI

Recibí, tuno amigo, la esquelita
en' que me comprometes a visita
mientras tu gran Don Juan marcha de cita.

Loo tus nocturnales citaciones,
pero como otras son mis tentaciones
no me da el acceder en los tendones.

Yo suelo perseguir en mis refriegas
no el vino de Don Juan en sus bodegas...
Una mujer me tienta, aún por entregas,

y dello, y no de vino, gran beodo,
cojo su mano por besarla el codo
y me la bebo con conchito y todo.

Pláceme de beber por vida mía,
pero no por beber desdeñaría
doncella tan doncella cual Lucía;

que en comenzando así hasta se me antoja
fácil lograr la desdeñada y roja
boca infiel de Doña Ana de Pantoja.

El vino y la mujer, quiere el destino
que sean por igual néctar divino:
mejor fermenta la mujer que el vino;

mas puesto entreambos extendido alambre,
si asno de Buridán, muriera de hambre,
opto, paje sutil, por el fiambre;

y como la mujer, Ciutti extraviado,

**es carne, como carne es el pescado,
quiero estar de fiambre indigestado.**

Envidioso además, de la fortuna
de los don Juanes de azulada cuna
y teniendo en mi vida mi laguna,

opto por imitarlos sobre el ruedo
uniendo un goce a otro en el remedo
y el naípe al vino y la mujer si puedo.

Si en las bodegas de Don Juan de roña
hallara entre las cubas de Borgoña
una moza además y no gazmoña,

júrote seriamente que no iría
en pos, la noche de hoy, de mi Lucía
porque acudiera a darte compañía;

mas como tú no sabes de embriagueces
sino de vino y ni al amor te ofreces
ni conoces más eses que las heces

y las eses que a veces bebido haces,
dígotte, Ciutti amigo, sin disfraces,
que otros míos prefiero a tus solaces.

Esta noche me marchó a hora temprana
a llevar a una tuna a la galana
doncella tornadiza de doña Ana:

y como sabes porque te lo digo
que primero es mi dama que mi amigo,
bebe a solas contigo y por castigo...

Ni me esperes mañana, que a despecho
de Lucía tengo otra compañía:
que, sábette vecina de mi techo,
me queda otra doncella todavía...

EPISTOLA A BRIGIDA

Virtuosa y noble dueña en cesantía
que recordáis a solas todavía
eso de Doña Inés del alma mía,

exguardadora digna de doncellas
que en hallando un don Juan que alce con ellas
se van... pero con vos tras de sus huellas;

cancerbero de tocas y de faldas
que comulgáis en Dios, y a sus espaldas
recibíisme en palmas y en guirnaldas;

comparezco ante vos en una esquila
que a vuestras manos temblorosas vuela
con el tímido osar de una gacela.

Ya sé que tras escenas ignoradas
destrozamos yo y vos el cuento de hadas
que tejimos en épocas pasadas;

y que por si os dijeron que me vieron
en andanzas de amor que nunca fueron,
y hasta peores cosas os dijeron,

o si porque yo hallara en ocasiones
sólidamente atados los cordones
de vuestra henchida bolsa de doblones

más de lo que era estético reñimos
y alzamos una valla a nuestros mimos
y por distintas sendas nos huimos...

Pero habéis de saber, dueña y amiga,
que el cielo inexorable me castiga
haciendo que os adore y os lo diga.

"Alguna vez, quizás, mano inexperta,
doncella de servir — llamó a mi puerta;
yo se la abrí..." cuando no estaba abierta,

pero jamás, señora, arteramente
pretendíla engañar si era inocente
ni la hablé de cerrarla nuevamente.

Alguna vez también, dueña anhelante
me dio su bolsa con su amor constante
y yó acepté la bolsa y no la amante,

y alguna vez por último, señora,
ni esto ni el otro como ocurre ahora
en que os tiendo una mano que os implora.

Ya veis que el corazón os he entregado
fue siempre fiel, aun libre y desdeñado:
ni lo he vendido ni me lo han comprado.

El amor es así, tierna paloma,
uno e indivisible como Roma,
y el que jure en contrario está de broma.

Por vuestro dulce amor, que es al que aludo,
hoy estoy soportando el golpe rudo
de estar sin una amante ni un escudo;

y en esta nobilísima indigencia
en que riñen mi bolsa y mi conciencia
acudo a vuestro amor y a su clemencia.

Dadme respuesta, pues, a estos renglones
en otra esquila que mi amor ansía
y a la que añadiréis... unos doblones
que juro no gastarme con Lucía...

GASPAR AMIGO.....

Yo soy como me han forjado
y no como se eligiera,
y amo vivir lo soñado
en mi infantil primavera:
o una mujer que me quiera
o una botella a mi lado.

Déjame beber si bebo
o que ame si me provoca
buscar amor y me atrevo;
la embriaguez es dulce y loca
y hay quien la logra, y lo apruebo,
en la guinda de una boca.

No me violentes, ni adustes
tu siempre plácido ceño,
disimula algo tu empeño;
no te irrites, no me asustes,
y bébete lo que gustes
que quiero verte risueño...

Lo que me quieres decir
ya lo veía venir
desde que te vi llegar,
pero, querido Gaspar,
tú no sabes elegir
la hora de aconsejar...

¿Te sirves? ... Es lo mejor.
Bebe el dorado licor
y alegre el hosco semblante;
yo hago crédito en tu honor
pues me conoce bastante
el chico del mostrador.

Tú eres recto... Soy testigo
de tus hábitos añejos,
pero no rezan conmigo.
Los consejos tienen dejos
burlones: calla consejos
y bebe, Gaspar amigo.

Bebe, porque da alegría.
Bebe y no tengas empacho
de emborracharte algún día;
la flaqueza es tontería,
y en las eses del borracho
hay hasta caligrafía...

Bebe, incólume Gaspar...
Cuando te quieras marchar
yo te daré esta tarjeta
para tu esposa sin par:
"Os lo manda así un poeta
a quien vino a aconsejar..."

EL PAJARO BURLON

(Canción Ornitológica)

Ni a los yugos más sedeños ni en la jaula más dorada
quiero verme uncido o preso bajo el cielo tentador;
yo amo el aire crudo y libre de la pampa asoleada,
yo amo el nido que improvisa la floresta perfumada:
yo soy pájaro de cuenta, yo soy pájaro cantor...

Más que canto, silbo... Silbo mis canciones levemente,
si estoy triste porque peno, si dichoso por placer,
y ora mustio aunque aturdido y ora alegre aunque muriente,

voy volando bajo el cielo. voy volando inconsecuente
hacia el blanco y campesino delantal de una mujer.

En su mano pico el grano y en su boca picoteo,
y la pago a los oídos con melódica canción,
mas si advierto que a prisiones me llevara su deseo...
¿para qué Dios ha dotado de este pícaro aleteo
a los pájaros de cuenta, y a este pájaro burlón? ...

Vuelo, fugo... Voy al bosque donde acampo entre legiones
de otros pájaros burlones que detestan la ciudad
y me acogen con gorjeos de libérrimas canciones,
mientras que las pajaritas esponjando sus pulmones
me dedican dos segundos de un amor en libertad...

Si me canso vuelvo al monte, si me inquieto torno al prado,
si la selva me seduce desentraño su interior,
cruzo el río turbulento, rozo el lago laminado
y al conquistar el ramaje de un árbol antes soñado
me enamora ir en pos de otro que pudiera ser mejor.

Amo explorar lo insondable y recorrer lo infinito,
posarme de rama en rama y de botón en botón,
embeberme en la corola de cada rosa, y ahíto
rodar luego, si es mi suerte, con un trino como un grito
doloroso en mi garganta, pero de un eco burlón...

Amo mis alas, y quiero beber color en las galas
de la inmensidad serena del remoto capitel,
volar hacia sus misterios, hacer cerúleas escalas
y al resbalar de una nube y quebrantarme las alas
caer quizás todavía en las zarzas de un vergel.

No quiero que me aprisionen ni las manos más pulidas;
a mí que me azote el viento o me tueste el resplandor,
que con las alas quemadas o las alas ateridas
en la libertad augusta cicatrizo mis heridas
de pájaro aventurero, pero pájaro cantor...

Pajarita que me quiera, que conozca mi programa,
pico a pico se lo explico si me cita a su jardín;
yo no sé de hipocresías: si una pájara es mi dama
• yo la ofrezco amor y arrullo, césped o árbol, nido o rama,
pero no cuente conmigo para un idilio sin fin.

Pajarita, ya lo sabes. Pajarita, si eres buena
no me esquives reprochando mi voluble condición...
Pajarita, pajarita... Pajarita, es una pena,
mas nací como me hicieron, y nací con la condena
de ser pájaro bohemio, de ser pájaro burlón...

RECONDITA

Como un ir y venir de ola de mar,
así quisiera ser en el querer:
dejar a una mujer para volver,
volver a una mujer para empezar...

Golondrina de amor en anidar,
huir en cada otoño del placer
y en cada primavera aparecer
con nuevas tibias alas que brindar...

Esta, aquella, la otra... Confundir
de tantas dulces bocas el sabor
y al terminar la ronda, repetir...

Y no saber jamás cuál es mejor...
Y, siempre ola de mar, ir a morir
en sabe Dios qué playa del amor...

PECADORA

I

*En medio a la borrasca de la orgía
se levantó la horizontal y dijo:*

*—Bebo... por el sagrado Crucifijo
que de mi pecho en mi niñez pendía;*

*por el supremo instante de agonía
del ser que el ser me diera y me maldijo;
por el rubor quemante de mi hijo
cuando me llame a solas "madre mía";*

*por las amargas hieles de mis gozos,
por el frívolo amante que me besa...
por la alegre reunión que me acompaña...*

*Y, explosionado el pecho de sollozos,
se detuvo y quebró contra la mesa
la finísima copa de champaña.*

II

*Junto al blanco mantel se irguió su amante
y dijo:— Por las bellas pecadoras
que entregan al amor sus breves horas
con la sonrisa ambigua del farsante;*

*Por la mujer voluble e inconstante
que acude a las orgías turbadoras
y se arrepiente en todas las auroras
con arrepentimientos de bacante;
por la lejana fecha de sus bodas,
por el niño que tuvo en su regazo;
por que como ella se arrepientan todas*

¡pero todas tan tarde como ella! ...

Y detonó en la sala el taponazo
alegre y triunfador de otra botella.

LAS BROMAS DE LA ALDEA

(A Manuel Beingolea)

Eramos veinte mozos en la aldea,
veinte mozos bromistas y valientes
y tumultuosos, entre aquellas gentes
(nuestros padres) sencillas.

Con la idea
cierta vez de nutrir nuestro contento,
salimos al extremo del camino
árido y polvoriento
y vimos que llegaba un peregrino.

Tenía ojos de Cristo bondadoso
y crespas barbas luengas de ermitaño
y apoyaba el cansancio en un nudoso
bordón.

Como era, por su aspecto, extraño
e interesante, y además pudiera
dar pábulo a una broma deliciosa
que se hiciera famosa
y celebrara la comarca entera,
a la vera asoleada del camino
detuvimos el paso al peregrino,
y, para comenzar,
cuando todos en corro le cercamos:
—¿Qué venís a buscar? le preguntamos
Y así nos contestó:

—Vengo a buscar

un seno de mujer donde posar
las sienes fatigadas de latir,
un seno de mujer para soñar,
un seno de mujer para dormir;
un pecho donde silenciosamente
seque el dolor las lágrimas que ruedan
bajo unos labios de piedad que puedan
darme un beso de paz sobre la frente;
un pecho de mujer cálido y puro
donde poder morirme reclinado,
un pecho de mujer como un seguro
puerto de castidad entre un pecado;
un seno de mujer
que me retorne al ser
infantil de los años idos ya;
un seno de mujer tan casto y tierno
que tenga dejos de sabor materno
y yo murmure al reposar: mamá...

Así dijo el viajero...

Nos miramos,
sonó una risotada contenida,
sonaron veinte luego y en seguida,
como no lo entendimos, lo apedreamos...

LA SEÑORITA MUÑECA

—¿Ojos?

—Húmedamente
esmeraldinos; ojos de elocuente
mentir en el mirar; y brilladores
con cambiantes de mar y con fulgores
de luces fátuas, vívidas y extrañas

que desconciertan todas las malicias:
y que miran por entre las pestañas
como invitando a imaginar caricias...

—¿La boca?

—Es la traviesa

boca más loca que se abrió a la risa
musicalmente. Y tiene la concisa
cualidad que yo adoro: breve y fresa.....
Cuando el galán la alcanza, ni la besa,
porque tras de la dicha de alcanzarla
una dubitación le deja opreso:
y es que besarla es no poder mirarla,
siendo el mirarla apetecer el beso.....

—¿Sus dientes?

—Son menuda y finamente
pequeños y pulidos y perlados
y ávidos de morder golosamente.
Son dientes no forjados
antes, para otro, estuche que el de grana
de la dulce boquita que los lleva,
dientes como los dientes con que a Eva
debió Adán ver mordiendo la manzana.....

—¿El busto?

—Es el disgusto
de los más atildados escultores
que no han logrado en todos sus primores
reproducir las líneas de aquel busto.
Y si miden tus ojos la cintura
de la niña hechicera,
aquello ni es cintura... es conjetura
de una frágil cintura de palmera...

Ella es así. Posee
la belleza más cándida y más fina
de la muñeca expuesta en la vitrina

que aguarda quien la admire y la desee.
¡Cómo será la señorita bella
que el Sol madruga sólo por su vida!
Y una mañana la gentil doncella
no abrió los ojos, se quedó dormida,
y aquella vez no amaneció por ella.....
Cuando se admira su beldad completa
su recuerdo en el alma queda impreso.

— ¿Y el corazón?

— ¿El corazón, poeta?

La pregunté una vez a la coqueta
y ella me dijo con candor: — ¿Qué es eso?

FRASES DE ELLAS

El, audaz y calavera,
y ella asequible y humana
se hablaron en la ventana
un día por vez primera.

El hablaba, ella le oía,
amorosos se miraban;
y los minutos fugaban
y el palique proseguía.

Ella, al fin, contra su antojo
de seguir tan dulce charla
díjole grave al cortarla:
— Si no se va Ud..... me enoja.

Como la pasión se excita
ante infranqueable barrera
fue cual la noche primera
dulce la segunda cita.

También del tiempo olvidados,
entre mutuos juramentos
transcurrieron los momentos
y ellos... tan embelesados.

Al cabo como merced
que débilmente se implora
dijo ella al notar la hora:
—Ya es tarde, váyase usted.

Y se vieron nuevamente
en alas de su pasión,
¡y no fue conversación
la de la noche siguiente!

El era el hombre más fiel
y ella sólo a él quería,
él por ella se moría
y ella lo mismo por él.

Y en tan loco desvarío
ya era la noche avanzada
cuando murmuró la amada:
—Hasta mañana, bien mío.

Cuando llegó ese “mañana”
ansiosamente esperado
como siempre enamorado
él acudió a la ventana.

Ella le esperaba ansiosa;
y con tan vivo calor
pintó él de nuevo su amor
incendiario, que la hermosa

después de oír el relato,
cuando el momento llegaba
de apartarse, murmuraba:
—Puedes esperarte un rato.

De dicha tan seductora
pasaron mil noches más
y ella no volvió jamás
a acordarse de la hora.

Y una en que él miró la esfera
del reloj, tendió la mano
y por marcharse temprano
le dio un pretexto cualquiera,

ella, mientras retenía
su mano la del amante,
susurraba suplicante:
— ¡No te vayas todavía!

El no volvió... ¿Qué fue de él?
De la noche a la mañana
no retornó a la ventana
que tanto adoró el infiel.

La perfidia era evidente
pero tal vez disculpable,
y la amada inconsolable
le esperaba eternamente.

Y con acento sincero,
sin proferir una queja
decía al pie de la reja:
— Si no regresa... me muero.

¡C A T A Y!

Parece que es mejor cuando se acerca
un año nuevo, que después se va,
parece que es mejor y, sin embargo,

nos roba un año más...

La vida... ¿qué es la vida? Una carrera
que tiene el camposanto por final
y que todos corremos a "fortiori"
sin poderlo evitar.

Un puente escurridizo de la cuna
a la Nada enigmática y fatal
donde todos entramos cierto día
para no salir más.

Ilusos y sencillos olvidamos
que todo en el sepulcro acabará
y en la breve hornada de la vida
nos damos a luchar.

Perseguimos la gloria, la fortuna,
el amor y hasta la inmortalidad,
y cuando acaso vamos a alcanzarlos
se abre el nicho y... ¡"catay"!

Tuvo Dios la ocurrencia peregrina
de querernos un día nivelar,
pero escogió para ello el cementerio
como ustedes sabrán.

Y mientras llega la hora, los humanos
nos olvidamos la ley fatal
luchando por lograr el predominio
y la desigualdad.

Hay quien lucha por ser más poderoso
que el vecino de enfrente o el de atrás,
y quién por ser político de nota
y lograr gobernar:

hay quien lucha soñando en una dama
y en la conjugación del verbo amar,

y quién, para el hartazgo de la vida,
por tener un caudal;

hay quien lucha por ansias de la fama,
quién por la ciencia que la gloria da,
y quién por tontería y seguir siendo
un asno y nada más.

Y en medio de la lucha más reñida
la de la Gran Guadaña llega y ¡zas!
dándonos con el mango en la cabeza
nos manda al Pepinal.

Y en un día quizás de un año nuevo
bajamos a la huesa a descansar,
los gusanos se dan el gran banquete
y adiós sueños y luchas y... ¡“catay”!

E R A.....

Era una grácil “tapada”
silueta de aire menino,
que iba al templo recatada
soslayando de pasada
los piropos del camino...

Era un galán embozado
que en pos de la fina huella
suspiraba enamorado
con sólo haber columbrado
los ojos lumíneos de ella...

Era en la Plaza mayor

frente al viejo surtidor
y a la austera Catedral,
al abrigo amparador
de la arcada del portal...

Era en los tiempos gentiles
en que la patria tenía
galanos hijos viriles,
jóvenes damas sutiles,
denueados y poesía;
misterios en la aventura,
latidos en la emoción,
cortesía en la bravura
y un Merino en la Pintura,
y un Palma en la Tradición.

MADAMA LA LUNA

Esta noche la luna bien querida
ha venido a buscarme en el balcón,
a inundarme en su luz y darle vida
de dulcísima paz a esta escondida
válvula inquieta que es mi corazón.

Azogó con fulgores mis cristales,
del hueco de un repecho aprovechó
y, dama dispendiosa de caudales,
en un derroche ingenuo de raudales
me envolvió y nos fundimos ella y yo...

Yo he soñado, o estuve, ciertos días
en no sé qué hospital, ni en qué ocasión,

pero soñé sentir melancolías
porque ella no brilló en las celosías
ni me quiso besar por el balcón

Y esta noche que ví que se acercaba,
esta noche que ví que se asomó,
mientras el frío rostro me besaba
soñé un momento con hacerla esclava
y hubo una nube que me la ocultó...

Y se fue cual se va todo lo vario
de esta vida clamante de ilusión...
Y se fue, y volverá quizá a mi osario
para envolverme en lívido sudario
mientras al par alumbra mi balcón...

PICARA SUERTE

Pícara suerte que trama
sus redes en el querer:
no puede ser la que me ama,
la que amo no puede ser.

Pícara suerte la mía
sin lograrla componer.
Le juego al diez, sale el cinco,
juego al cinco, sale el diez.

SUPPLICATORIA

Señora breve y pulida
que buscas amor en vano
y que adormeces tu vida
entre la pompa florida
de tu quinta de verano.

Un día y desde el lindero
de la selva vecinal,
oculto entre el matorral
te vio cruzar el sendero
galopando tu zagal.

El pacía su rebaño
llorando un dolor extraño
en su flauta de carrizo
cuando te vio, entre el hechizo
de tu amazona de paño.

Y desde entonces, señora,
tanto sufre, tanto adora
la visión de tu figura,
que más que amor, le devora
una infinita tortura.

Compadece a tu zagal
y para evitar el mal
que tu figura ocasiona
no cruces más de amazona
por la selva vecinal.

LOS NOVIOS A TRAVES DEL TIEMPO

TIEMPO DE LA COLONIA

"Señora: Voy a partir
con las huestes del Virrey
que me manda a combatir
a los que osaron reñir
con los designios del Rey.

No tengo más voluntad
que las del Rey, Dios y Vos,
mas, pues os dejo, pensad
con cuánta contrariedad
cumpló las del Rey y Dios.

Medid en esta ocasión
todo lo que el labio calla
y ved con cuánta razón
me alejo sin corazón
hacia el campo de batalla.

Temor de perderos es
lo que mi ánimo contrista;
mas con tan grande interés,
del Orbe haré la conquista
por dejarlo a vuestros pies.

Si caigo en el campo ajeno
a que la lid me reclama,
habré caído sereno
y moriré como bueno
por mi Rey y por mi Dama.

Mas si en el campo, bizarro
lucho, y venzo a mi deseo,
he de clavar en mi carro
la cabeza de Pizarro

a manera de trofeo.

La haré a vuestros pies rodar
en mi triunfante regreso;
mi gloria os podré brindar
y al fin llevaré al altar
la blanca mano que hoy beso".

DE LA INDEPENDENCIA

"Dulce tirana y señora,
dueña de mi alma traidora,
cuanto valgo y cuanto soy;
de quien tan lejos estoy
y a quien miro en toda hora:

bajo mi tienda un momento
de prisa estas líneas copio
en fe del amor que siento,
y aprovechando de un propio
que sale del campamento.

Tras una tarde inclemente
por fin me encuentro aquí a solas
volando hacia ti mi mente:
hoy batimos nuevamente
a las tropas españolas.

La acción fue dura, reñida
desde que tiñó la aurora
a la tierra estremecida...
Yo pensaba en ti, señora,
por eso salí con vida.

Mil veces herirme pudo
el enemigo más fuerte,
mas no lo quiso la suerte,
y fue tu nombre el escudo

que me libró de la muerte.

Mañana el Libertador
sobre la ciudad nos guía,
y como aun venza el valor
el sol de ese hermoso día
será el sol de nuestro amor.

Firme y lograda estará
la independencia peruana;
y si un laurel se me da
la primer boda será
la nuestra, dulce tirana".

DE LA REPUBLICA

"Nicanora: Salgo ahora
a Palacio nuevamente,
ya me cansa la demora
y hasta veré al presidente
si es posible, Nicanora.

Sin embargo voy creyendo
que me están entreteniendo.
El ministro está reacio
y me ocurre que en Palacio
no logro lo que pretendo.

Hablé al jefe de sección
con la recomendación
del primo de tu papá,
y me ha dicho que "verá"
por toda contestación.

Con el oficial mayor
me sucedió algo peor,
con otro tuve un disgusto...
¿Si no lograré un favor

hasta subir D. Augusto?

Voy otra intentona a hacer;
mas si no logro "pegar"
no sé qué va a suceder;
no nos podremos casar
sin tener para comer.

Mas todo es aún pretérito
y esta es otra desazón,
puesto ya en tal condición
tendré que hacer "nuevo mérito"
en la próxima elección.
Ir a los clubs noche y día...
galopar hora tras hora...
Mas si sube al fin Leguía
y me dan la amanuensía
nos casamos, Nicanora".

DECEPCIONES

—"¡Anda! ¡Quédate! ¡No salgas!
¡Espera el año conmigo! ...
Y contra el mío oprimiendo
su flexible cuerpecito,
sus ojos sobre mis ojos,
su aliento mezclado al mío,
ajustándome en sus brazos
como en un débil anillo,
pretendía retenerme
junto a ella con un mimo.

¿No salir? ¡Sí, sí; muy fácil

era aquello; ¡facilillo!
Y de tal modo en mis ojos
se retrataba el hastío,
de tal modo lo expresaba
en mi semblante marchito,
que poco a poco los brazos
con que me había ceñido
se aflojaron suavemente,
murió en su labio un suspiro
y me vi libre y feliz
y dueño de mi albedrío.
Puesto el amplio sobretodo,
en la mano el bejuquillo,
hacia la nuca el sombrero
y el ademán decidido,
tras en un beso ocultarla
mi torturador desvío
me eché al arroyo anhelante
de jolgorio y de bullicio.

¡Qué hermosa es la libertad
después de haberla perdido;
qué bello parece el cielo,
qué puro hasta el aire mismo! ...

¡Oh, con qué gusto avanzaba
por el negro laberinto
de las calles más lejanas,
de los barrios más sombríos!
Cómo aspiraba la brisa,
que azotaba en torno mío;
con qué afán tan incansable
proseguía en mi camino,
dichoso con verme libre,
con no tener rumbo fijo!

¡No salir! ... Y ella quería

someterme a su capricho,
tenerme allí prisionero,
ahogarme en su propio hastío!
¡Vamos, si estaba demente!
¡Vaya un programa lucido!
Lado a lado en el sofá,
su rostro pegado al mío,
unidas las quietas manos,
bostezando de fastidio
esperar el año nuevo
a falta de otro atractivo!

Y al dar el reloj las doce
desperezarse ateridos,
franquear la puerta al mancebo
del bodeguero vecino
que trae el obsequio anual
en un cesto mal provisto;
tender el blanco mantel
y juntos siempre y solitos
cenar porque es año nuevo
y así se engaña al cariño...

¡Oh, no por Dios! Que ella cene,
pero no cuente conmigo,
¡basta de cenas tan tristes,
basta de fingir idilios!

Y, sin embargo... No sé
por cuál extraño motivo,
si por falta de alicientes
o cansancio en el camino,
por la general tristeza,
por invencible fastidio,
ello es que en mi incierta ruta
me hallé de pronto sin bríos
añorando la quietud

del abandonado nido;
las frases de ella vulgares
pero de eterno cariño,
y el apoyo de mi frente
en su seno blando y tibio...
¡Pobrecilla! Tal vez ella,
como un faldero sumiso,
esperaba aún el regreso
de su señor, al abrigo
de su ternura invariable
y del hogar humildísimo! ...
Y fue tal remordimiento
el que turbó mis sentidos,
que hacia ella volví mis pasos
en busca de amor y alivio;
subí la angosta escalera,
gané el oscuro pasillo
y ante las cerradas hojas
me detuve con sigilo,
palpitante a mi pesar
y de gozo estremecido.
¿Me esperaba? ... ¡Pobrecilla!
aún me esperaba de fijo
llorando su soledad
y el torpe abandono mío...

Doblé mi cuerpo hasta el ojo
de la llave, donde un hilo
de clara luz se filtraba,
y así, en amoroso atisbo,
pude observar breve rato
mi rincón de paraíso...
¡Qué hermoso cuadro! ... La mesa,
ya cubierta por el limpio
mantel, brindando sus platos;
lejos el cesto vacío...
y en medio ella que — ¡oh, mujeres! —

el bello rostro afligido,
el ademán suplicante,
y el menudo cuerpecito
junto al busto del mancebo
del bodeguero vecino,
le retenía en sus brazos
como en un débil anillo
susurrándole muy quedo,
pero muy quedo, al oído
—“ ¡Anda! ” ¡Quédate! ¡El no vuelve!
Espera el año conmigo...

VIAJEROS DE IDA Y VUELTA

— ¿Que si me fuese muy bien? Quizá me iría...
Yo triunfé a mi manera por ahí,
(ya tu conoces la manera mía),
Hice la vida que me prometía,
no incensé a nadie y vuelvo como fui...
Vuelvo, a exactas mitades,
con mis parsimoniosas cualidades
y mis grandes defectos;
si los viajes enseñan, asegura
que aun guardo la romántica locura
de no querer saber de sus efectos...
Me llevó una nostalgia obsesionante,
y otra me trajo, —incierto caminante
que añora el punto que al partir dejó;—
y he sentido el efluvio amable y vago
del aplauso, sentí su dulce halago,
pero no me cambió...
Viví autónomo, esquivo... Mi campana
no azoró a las comarcas con su estruendo;
la de mi campanario no es tan vana...

Yo viví para mí, Terco, y haciendo,
tal como soy, lo que me vino en gana.
Cuando la Fama, dama tan coqueta,
me mostró desde lejos su trompeta
sentí tal desencanto en el vencer,
que ni un don Juan ahíto, aunque liviano,
que en la primera cita, de antemano
sabe cómo se entrega una mujer.

Y volviendo a esa dama que es la fama,
las espaldas, no sé si por hastío,
aquí estoy otra vez, leve bien mío,
sin saber aun hoy mismo si me aclama
—al fin mujer— quizá por mi desvío...

Ya ves, yo soy así...

Vuelvo como partí...

—¿Y la gloria? ¿El honor de la victoria?

—Yo no sé de eso. Para mí la gloria...

¿quieres que diga que la cifro en tí?

—¡Adulador!

—De amor, que es permitido...

—Pero ¿por qué volviste de repente?

—Yo mismo no lo sé. Quizá habrá sido
algún día de niebla en que he sentido
mi nostalgia más viva y persistente.

—¿De niebla?

—Sí. De niebla y desconsuelo,
en que advertí de pronto estos antojos
que me han traído, de mirar el cielo,
pero este de mi patria y en tus ojos...

—¿De veras?

—Sí.

—¿No mientes?

—Niña inquieta

ve a mi maleta, y busca en su secreta
una rubia botella de champaña
que por beber por tí trajo el poeta
que te ama, que te quiso y no te engaña...

Pero déjame en orden la maleta,
— ¿Piensas partir de nuevo?

— No, bien mío,
Sería ahora un torpe desvarío.
Pero mañana...

— ¿Qué?

— ¡Quién lo sabrá!

Mañana, pequeñísima tirana...

Bebamos hoy, mañana,
el destino dirá....

El amor y el viajar, todo es lo mismo:

Anhelo, tentación, repentismo,
satisfacción y decepción, fulgor...

Cuestión de escaso empeño,
a veces de un ensueño,
a veces de un vapor...

El sentirse viajero es de un instante,
igual que en el marino en el amante;

si no se sabe nunca qué escoger
entre dos emociones a elegir:

si la fruición tan triste del partir
o la fruición tan dulce de volver...

¿Qué es eso? ¿Lloras? ¡Niña! Si es un credo
que me enseñó en el viaje otro poeta
y que yo por alarde me concedo!

Yo te amo... Por tí vine... Yo me quedo...
¡pero no me deshagas la maleta!

T E A T R O

LA DE CUATRO MIL

(juguete cómico en un acto, en verso)

Personajes

PERSONAJES:

RUFA	SUERTERO
MARTA	SIRVIENTE
DON CANUTO	MOZO I
DON CELEDONIO	MOZO II
PERICO	

La acción en Lima. Derecha e izquierda, las del actor.

La escena representa una mísera habitación, interior, en altos. Por todo mueble un catre de viento.

Unica puerta al foro, que se supone da al corredor.

Adviértase que en las salidas y entradas "Foro derecha" y "Foro izquierda" indican la dirección que debe tomar el actor al entrar o salir por la única puerta.

ESCENA I

(*Celedonio y Perico, en el catre, duermen y roncan .
.. El primero, muy agitado*)

DON CELEDONIO (*Saltando de la cama*)
¡Que me mata mi mujer!
¡Socorro, favor, auxilio! ...
Pero, hombre, si estoy soñando...
¡Cacho, con el sueñecito!
¡Qué pesadilla! ... ¡Soñaba
que teniéndome cogido
mi mujer por los tirantes
me solfeaba de lo lindo!

¡Demonios! ¡cómo ronca éste!
¡Ea, despierta sobrino;
levántate flojonazo!
¡Si ronca como un bendito!
¿No me escuchas? ... ¡Vas a ver
si te despierto ahora mismo!
¡Arriba...! gallina asada
¡Despiértate...! huevos fritos
¡Corvina a la chorrillana!
¡Seviche...!

PERICO

¿Me llama Ud. tío?

DON CELEDONIO. No hombre, si no te llamo.

PERICO. Me pareció... ¡qué apetito,
qué hambre siento!

D. CELEDONIO. Shist, no grites
que va a despertarse el mío!
Quería avisarte que
voy a salir un ratito.

PERICO. ¿Hoy también?

D. CELEDONIO. Sólo un momento.

PERICO. Pero ayer salió Ud. tío.

D. CELEDONIO. Bien lo recuerdas.

PERICO. Es claro
como que estuve al abrigo
de la cama todo el día.
Le prestó Ud. mi vestido
hace como dos semanas
a Don Canuto, el vecino,
ése que, como nosotros,
está si expiro o no expiro.
Y tiene hace muchos años
atrasado el apetito,
las muelas en plena fuga,
los dientes enmohecidos
y las mandíbulas tiesas
por la falta de ejercicio,
y desde entonces si sale
Ud. me quedo metido
aquí, corriendo el cuarto,
tan fresco... y en calzoncillos;
y cuando a mi vez yo salgo
a Ud. le pasa lo mismo.

D. CELEDONIO. ¡Le has agarrado de pava!

¿Qué te ha hecho el pobre vecino?
¿Qué está hambriento? ... ¿Y qué?
¿Nosotros no estamos lo mismo?
¿Acaso hasta la costumbre
no hemos, ha tiempo perdido
de distinguir un mondongo
de un asado de cabrito?
¿Recuerdas tú por ventura,
el olor de los lomitos;
el del charque con ollucos,
del caucau, de los chorizos
y de mil más? ... ¿Lo recuerdas?
Si es así te felicito,
porque yo, tal estoy de hambre
que hoy día... ni los distingo.

PERICO. ¡No! si yo no vitupero
las hambrunas del vecino;
lo que me da rabia es que
se quede con mi vestido
que se empeñó Ud. en prestarle
yo no sé para qué, tío.

D. CELEDONIO. No fui yo quien se empeñó:
quien se empeñó fue el vestido.
Puedes ir a visitarlo
en su nuevo domicilio
"La Bola" casa de préstamo
calle, la de San Francisco.

PERICO. ¡Qué es lo que escucho! ... ¿Eso es cierto?

D. CELEDONIO. (Con desdén) ¡Un chaqué todo raído!

PERICO. ¡Un terno tan bien cortado
de cheviot azul *marino*! ...

D. CELEDONIO. ¡*Marino* y todo lo ahogó

la mar de nuestro apetito!
Lo empené por cuatro soles
y por dos vendí el recibo.

PERICO. Tan elegante y gracioso.

D. CELEDONIO. Grasiento dirás, sobrino;
porque tal de mantecoso
se encontraba el pobrecillo
que antes de empeñarlo casi
voy a ofrecérselo a un chino...
por si quería comprarlo
para freír pastelillos...

PERICO. ¡Una prenda que era herencia
de familia!

D. CELEDONIO. Tú lo has dicho;
y que ya no era de moda
en tiempo del rey Pepino.

PERICO. ¡De moda o no, muy correcto
y muy bien conservadito!

D. CELEDONIO. ¡Como que cambió lo menos
cien veces en medio siglo,
de mangas, faldones, cuellos,
forros y bolsillos;
y que conservaba sólo
los botones primitivos! ...
Además, ese chaqué
antes que tuyo fue mío
y al mirarlo me asaltaban
unos recuerdos tristísimos...
¡Con él me casé!

PERICO. (*Ingenuo*) ¿Con él? ...
¿no fue con mi tía? ...

me confió al morir... ¡Ay hijo!
¡Mejor te hubiera dejado!
¿Qué porvenir te he ofrecido?
¡Ninguno! ... Por alimento
¡esperanzas! ... plato insípido.
¡Ah! ¡si por lo menos saliera
premiado este numerito
de cuatro mil, que encontré
ayer por Santo Toribio! ...

PERICO. ¡Ah! ¡si saliera premiado...
qué frejoladas, Dios mío!

D. CELEDONIO. El cincuenta mil quinientos:
tres ceros y un par de cincos.

PERICO. ¡Cuatro mil soles de plata!
Soles... o, lo que es lo mismo,
churrascos, tortillas, vino,
teatros, bailes, veraneo,
Ancón, La Punta, Chorrillos,
libras de oro en el chaleco
y dentro del cuerpo, pisco!

D. CELEDONIO. ¡Pero vas a botar todo
de esa manera, sobrino!

PERICO. Ya no andaré más a pie.

D. CELEDONIO. ¿Cómo que no?

PERICO. En cochecito.
Apenas vea una "Victoria"
¡cataplúm! la monto ahí mismo.
Iré con flor al ojal
a pasear desde las cinco
Mercaderes y Espaderos

dando nota de smartismo.
Me pararé donde Broggi,
donde Crevani un ratito,
un rato donde García,
y aunque parezca cinismo
donde Klein haré estación
mas no a comer pastelitos:
a apoyarme en sus vidrieras
aunque le empañe los vidrios! ...

D. CELEDONIO. ¡Hombre, me parece bien! ...

PERICO. Me alegre; estoy decidido.
Tutearé a los diputados,
banquetearé a los ministros,
cenaré con senadores,
me volveré hombre político.

D. CELEDONIO. ¿Mas... talento...?

PERICO. ¡No hace falta
cuando hay metal amarillo!

D. CELEDONIO. ¡Es que no he de tolerar
un derroche tan sin tino!
Primero es pagar las deudas.

PERICO. ¿Pagar? ... ¡Ni un centavo chico!

D. CELEDONIO. Es que debemos...

PERICO. Ya sé
que debemos mucho.

D. CELEDONIO. Digo
que es un deber el pagar.

PERICO. Deber es no pagar tío.

D. CELEDONIO. Me convences.

PERICO. ¿Deberemos
cien soles?

D. CELEDONIO. Con un piquillo
de doscientos más.

PERICO. Entonces
de esa plata que ahorrativo
la he economizado...

D. CELEDONIO. ¿Qué?

PERICO. Coge Ud. cien y otro pico
y me obsequia Ud. un caballo.

D. CELEDONIO. ¿Un caballo? ... Ni un pollino.

PERICO. ¿Cómo? ¿Me lo niega Ud.? (*Indignado*)

D. CELEDONIO. ¡Claro que sí!

PERICO. ¡Eso es inicuo! ...
¡Después que le economizo
trescientos soles, negarse
a complacer un capricho!
¡Quiero un caballo!

D. CELEDONIO. ¡Silencio!
porque te rompo el bautismo.
¿Quieres que se enteren todos
de que ahora somos ricos
y nos roben esta noche?

PERICO. ¡Quiero un caballo!

D. CELEDONIO. ¡Ah! ¡bandido!
¿Quieres arruinarnos? ... ¡toma! ... (*lo per-
sigue a almohadazos*)

¡botarate! ¡mal sobrino! ...
¡toma! ... ¡toma!

ESCENA II

(Dichos, más Don Canuto)

D. CELEDONIO. (Entrando por el foro, derecha, y recibiendo un almohadazo)
¡Ay! (Perico se mete bajo la cama)

D. CELEDONIO. ¡Don Canuto!

D. CANUTO. ¿Así se usa recibir?
¿Qué hace Ud?

D. CELEDONIO. Nada, discuto.

D. CANUTO. Qué modo de discutir.

D. CELEDONIO. Me pongo así sin saberlo,
oyendo a este tarambana.

D. CANUTO. Pero quiere Ud. convencerlo
con argumentos de lana.

D. CELEDONIO. Hace rato que le riño
y porque entienda batallo;
¿Sabe lo que quiere el niño?

D. CANUTO. No.

D. CELEDONIO. Que le compre un caballo.

D. CANUTO. ¿Conqué un caballo? ... delira
de hambre tal vez, pobre chico (compasivo)

PERICO. No, no deliro, mentira
es que mi tío está rico.

D. CANUTO. ¿Rico Ud.? ... querido amigo,
hombre sublime... hombre grande
desde hoy cuenta Ud. conmigo
para todo lo que mande!

D. CELEDONIO. ¡Si no es cierto! ¡Sonsoniche!
por ese charlar sin tino
nos va a clavar un peliche
el demonio del vecino!

D. CANUTO. ¿Y en dónde está ese dinero?

D. CELEDONIO. ¿Ese dinero? (*volviendo a la realidad*)

PERICO. ¡Dios mío!

D. CELEDONIO. Sueños de este majadero.

PERICO. ¡Ilusiones de mi tío!

D. CELEDONIO. ¡Nos hizo estar engañados
de la ilusión del poder,
creímos estar premiados
con los cuatro mil de ayer!

D. CANUTO. ¿Los cuatro mil? ... ¡Desdichado!
Pues voy a dejarlos fríos.
Por un número malvado (*sacando un periódico
y un número*)
los cuatro mil no son míos.
Vean y denme la muerte
El cincuenta mil trescientos
tengo y le cayó la suerte
al cincuenta mil quinientos.

D. CELEDONIO. ¡Cielos! ¡Qué veo!

PERICO. (Saltando de la cama) ¡Qué escucho!

D. CELEDONIO. Yo me muero.

PERICO. Yo deliro.

D. CANUTO. (Tristemente) Gracias... Agradezco mucho la pena que les inspiro.

D. CELEDONIO. Qué pena ni qué guayabas
¡Si me alegro!

PERICO. Si me río.

D. CELEDONIO. ¡Y decías que soñabas
sobrino del alma!

PERICO. (Se abrazan) ¡Tío!

D. CANUTO. Pero veamos ¿qué pasa?

D. CELEDONIO. ¡Que estamos en plena gloria!

PERICO. ¡Que mudaremos de casa!

D. CELEDONIO. ¡Que cambiaremos de historia!

PERICO. ¡Que somos muy poderosos!

D. CELEDONIO. ¡Que somos muy elegantes!

PERICO. ¡Que somos muy...

D. CANUTO. Sí, enfadosos,
locos, necios y cargantes.

D. CELEDONIO. ¡Esa ofensa! ...

PERICO. ¡Don Canuto!

D. CANUTO. Bonito par de babiecas.

PERICO. ¡Señor Don Canuto!

D. CELEDONIO. (*Aparte a Perico: Bruto.*
Llámale Canuto a secas,
Llamar señor a un pobrete.)
Oiga Ud... ño Cañutillos
quiero que se nos respete
como a personas de brillo.
Por mil razones nos vemos
hoy de Ud. muy por encima.
Adiós, infeliz, volvemos.

D. CANUTO. (*Riéndose*). Tienen el seso perdido.

D. CELEDONIO. (*Indignado*). ¿Eso más?

D. CANUTO. (*Riéndose*). ¡Y les da fuerte!

D. CELEDONIO. He sido favorecido
con la suerte!

D. CANUTO. ¡Con la suerte!

PERICO. Por eso estamos contentos,
con la suerte... ¿Verdad, tío?

D. CELEDONIO. El cincuenta mil quinientos...

D. CANUTO. ¿Sí, qué?

D. CELEDONIO. Es el número mío.

D. CANUTO. ¿De veras Don Celedonio?

D. CELEDONIO. De veras.

D. CANUTO. (*Pierde la calma*) ¡Miente!

D. CELEDONIO. Lo juro.

D. CANUTO ¡Demonio! (*Abrazándolo*)

¡Querido amigo del alma!

¿Pero... el número?

D. CELEDONIO. (Ah pobrete...) (sacándolo)
(Cómo te voy a humillar)

PERICO (A Don Celedonio, deteniéndolo).
¡No le enseñe Ud. el billete
que se lo puede arrancar!

D. CELEDONIO. Es verdad. El... numerito
voy a cobrarlo en seguida (Poniéndose el saco)
Me esperan aquí un ratito.
De paso traeré comida.

PERICO. No, tío, vamos por partes,
¿Me va Ud. a dejar así?
O salimos los dos juntos
o no sale Ud. de aquí.

D. CELEDONIO. Si tu ropa está empeñada.

PERICO. (A Don Canuto) Usted la suya me presta.

D. CANUTO. ¿Y yo? ¿Qué me pongo?

PERICO. Nada,
mientras volvemos se acuesta.

D. CELEDONIO. Volvemos con comestibles.

D. CANUTO. Bien; no hay más que hablar, tome Ud.,
(Quitándose la ropa, con la que se
vestirá Perico)
que yo realizo imposibles
por la amistad.

D. CELEDONIO. (No regreso.
¿Comer de gorra? ... ¡Pechuga! ...

le voy a dar buen ejemplo)

D. CANUTO. (Nada, les clavo una arruga de la dimensión de un templo).

PERICO. Ea... Ya estoy.

D. CELEDONIO. Pues marchemos.

D. CANUTO. ¡Que Dios os lleve... y os traiga!

D. CELEDONIO. Hasta luego.

PERICO. Volveremos.
(Cuando la luna se caiga).

ESCENA III

(Don Canuto en la cama)

D. CANUTO. Son felices, venturosos,
y a mí la envidia me altera.
Siento como que quisiera
matar, al verlos dichosos.
Unos planes horribles
me forjo, de mil bemoles.
¡Ah! ¡Si yo armara mi brazo!
¿Y por qué no? ... ¡Caracoles!
Sí: si vienen... un sablazo
de unos veinticinco soles (*Transición*)
Justo Dios de las alturas
que mis miserias conoces
manda, te lo pido a voces
que cesen mis desventuras.
Ni jamón, ni confituras,

pastel ni pavo trufado
mi mente pedirte fragua
sólo, Señor alabado,
un trocito sancochado
de carne, aunque sea en agua!
No dejes que el carnicero
niegue carne al desdichado;
ni, que si pide fiado
yucas, le eche el verdulero,
pero si no es hacedero
nada de esto en mi favor,
no te molestes Señor
no lo mandes: sólo sí,
mándame, será mejor,
otros cuatro mil a mí.

*(Se oyen golpes en la puerta, que está
cerrada)*

ESCENA IV

(Don Canuto y el suertero)

- D. CANUTO. Algún acreedor, de fijo...
 ¿Quién es?
- SUERTERO. *(de afuera)* ¿Me da Ud. razón
 de cuál es la habitación
 de Don Canuto Cortijo?
- D. CANUTO. Me busca... Claro, acreedor.
 ¡Bah! Le diré que me he muerto.
 ¿Canuto Cortijo? ... ¡Ah! cierto.
 Ya murió... pobre señor!

- SUERTERO. (Entrando impetuosamente). ¿Muerto?
¿Y cuándo fue esa muerte?
- D. CANUTO. ¡Demonio! ¡Si es el suertero!
- SUERTERO. De modo que ese dinero...
- D. CANUTO. ¿Qué dinero?
- SUERTERO. El de la suerte,
- D. CANUTO. ¿Qué suerte?
- SUERTERO. De cuatro mil.
- D. CANUTO. ¿Qué cuatro mil?
- SUERTERO. Los de ayer. Qué estupidez
Fallecer sin cobrar.
- D. CANUTO. ¡Eh! Zascandil,
no insulte Ud.
- SUERTERO. Sólo un bruto...
- D. CANUTO. O calla Ud. o le corrijo.
Yo soy Canuto Cortijo.
- SUERTERO. ¿Es Ud.? ... ¿Ud. Don Canuto?
- D. CANUTO. El mismo.
- SUERTERO. ¿El que anteayer
me compró en Valladolid
una suerte?
- D. CANUTO. El mismo, sí,
¿pero qué hay, vamos a ver?
- SUERTERO. Que la suerte la he botado.

- D. CANUTO. ¿La... la suerte? ... me sofoco
pero señor, o estoy loco
o el suertero está chiflado.
Si el número que ha salido
es el cincuenta mil quinientos.
- SUERTERO. El cincuenta mil trescientos.
- D. CANUTO. Pero mire Ud. querido,
idolatrado suertero (*Enseñándole el diario*)
¿Cree usted que el diario mienta?
- SUERTERO. Quinientos... error de imprenta
mire usted el derrotero.
- D. CANUTO. ¿Es el mío! ... El... ¡Ay Dios mío
mi número!
- SUERTERO. ¿Qué?
- D. CANUTO. Simplón,
lo lleva en mi pantalón
el sobrino de su tío.
- SUERTERO. ¿Cómo?
- D. CANUTO. Se van hasta Europa
si saben que es el premiado.
- SUERTERO. ¿Pero qué es lo que ha pasado?
- D. CANUTO. Que lo he dado con mi ropa
y si llegan a saber
que es el número... ¡Corramos,
vamos a buscarlos!
- SUERTERO ¡Vamos!
¿Pero qué va Ud. a hacer
sin vestirse?

D. CANUTO.

¡Suerte impía!
¡Un pantalón! ¡Una leva!
¡Présteme Ud. la que lleva!

SUERTERO.

¿La qué?

D. CANUTO.

La ropa.

SUERTERO.

¿La mía?

D. CANUTO.

Ud. me espera.

SUERTERO.

No atino,
¿desnudo?

D. CANUTO.

Se mete en cama.
Verá Ud. que si no, se mama
los cuatro mil el vecino.

SUERTERO.

Bien, mas... pongo condición.
Me dará Ud...

D. CANUTO.

Ya se ve,
que si cobro le daré
buena gratificación.
Le regalaré cien soles.
(A que se lo cree el bellaco)

SUERTERO.

¿Cien soles? ... ¡Tome Ud. el saco
con confianza! ¡Caracoles!
¿cien soles? (*Desvistiéndose con precipitación*)

D. CANUTO.

(Valiente pillo)

SUERTERO

Busque bien a ese bribón,
tome Ud. el pantalón.
¿Quiere Ud. el calzoncillo? (*rápido*)

D. CANUTO

No gracias, es suficiente.

SUERTERO. Por que los encuentre ruego.

D. CANUTO. Ya estoy... Adiós.

SUERTERO. Hasta luego.

D. CANUTO. Vuelvo (la espalda).

SUERTERO. Corriente.

(Vase por el foro izquierda)

ESCENA V

(Suertero, Marta y Rufa)

MARTA. (Foro derecha) (Deteniéndose en la puerta, seguida de Rufa).

¡Señor Cortijo! ... ¡Oiga Ud.! ...

¡Si vuela como un cohete!

RUFA. ¿Quién es él?

MARTA. Es un vejete
a quien hago la merced
de alquilar esa otra pieza
y me debe un año.

RUFA. ¿Sí?

SUERTERO. (¿Quiénes son? ... Si entran aquí
me cubro hasta la cabeza)

MARTA. Entremos Rufa, verás
el cuarto que te destino. (Entran).

RUFA. Hay un catre.

MARTA. El inquilino
de aquí, jamás tuvo más.

RUFA. ¿Y le has despedido Marta
por darme su cuarto?

MARTA. No: verás lo que pensé yo
cuando recibí la carta.
Rufa viene de Arequipa,
se alojará en un hotel
y, es claro, una vez en él,
de mi amistad se emancipa.
Mejor, cuando emprenda el viaje
ahorrándole sobresaltos
en un cuarto de los altos
colocaré su equipaje.
Como vacías no habían
pensé en esta habitación
e iba a echar sin compasión
a los dos que aquí vivían,
que me deben año y medio,
pero estoy tan trastornada
que sólo hoy, a tu llegada,
me acordé subir a botarlos;
mas cuando estaba subiendo
hace un instante, corriendo
bajaban, quise atajarlos
y uno me gritó: " ¡Señora
vamos de la dicha en pos
no volveremos, adiós! "
y se fueron, en buena hora!
Que nunca me han de pagar
el alquiler, al contado;
pero al cabo se han marchado.

- RUFA. ¡Qué peines!
- MARTA. ¡De escarmenar!
- RUFA. Yo en Arequipa, en mi casa,
si deben un mes los boto;
¡Tú eres muy buena! bien noto;
lo que eres, por lo que pasas.
- MARTA. Aquí aunque giman y suden
los dueños, nadie se inquieta,
y hay que pagarles carreta
a veces por que se muden.
- RUFA. ¿Tal es Lima?
- MARTA. ¡Tal, mi vida!
- RUFA. ¡Ay Misti, cuánto te extraño!
- MARTA. ¿Y a qué debo tu venida?
- RUFA. ¡Ay Marta, tristes memorias!
Escúchame amiga mía.
- SUERTERO. (A que me estoy todo un día sudando
y oyendo historias).
- RUFA. ¿Recuerdas cuando salimos
del colegio?
- MARTA. Claro está.
a los dieciocho de edad,
de la misma edad salimos.
- RUFA. Ya han pasado veinticinco
años que no nos vemos.
- MARTA. Quiere decir que hoy tenemos...

RUFA. ¡Treinticinco!

MARTA. ¿Treinticinco...?
más o menos, tal vez sobre
un pequeñísimo pico.
Yo me casé con un rico.

RUFA. Yo me casé con un pobre.

MARTA. Mi marido, cruel destino,
al año se me murió.

RUFA. ¡Ay! el mío se escapó
un día con un sobrino
suyo, a quien yo idolatraba! ...
¡Qué chiquitín más bonito...

MARTA. ¿Y por qué huyó?

RUFA. Era un bendito,
y yo a veces lo trataba
con acritud... ¡Buen castigo
me ha dado Dios! Yo tenía
dinero, él nada, y creía
que se había unido conmigo
por el dinero malvado;
y le traté de tal modo
que al fin, dejándome todo,
huyó un día de mi lado;
tomó el vapor. ¡Ay de mí!
¡Y a Lima! Hoy que no me ofusca
la edad, me vengo en su busca
a los veinte años aquí.
Si lo encuentro, su perdón
le pediré a mis insultos.

MARTA. Harás bien... ¡Ajá! Tus bultos.

ESCENA VI

(Dichos, más Mozo 1 y Mozo 2)

(Mozo 1 y Mozo 2 entran cargando lo que se les indica)

MARTA. Pongan aquí ese cajón... *(a la izquierda)*
así: ese catre al altillo.

MOZO 1 Quien no. *(Pretendiendo cargar el catre).*

SUERTERO. ¡Que me están partiendo!

RUFA. ¿Qué es eso?

MARTA. ¿Hay alguien?

MOZO 1 ¡Durmiendo!

MARTA. ¡Qué tal!

RUFA. Si será algún pillo.

MARTA. Lévenselo al corredor.

SUERTERO. ¡Eso de pillo, Señora!

MARTA. ¡Que se vaya sin demora
o llamen un celador!

SUERTERO. ¡Paren! ... ¡Dejen! ... ¡Ropa! *(Se lo llevan).*

MARTA. Enfermón
los inquilinos que caen.
¡No pagan la casa y traen
amigos para que duerman!
Voy a averiguar quién es.
Con tu permiso... *(Vase).*

RUFA.

Lo tienes.

¡Qué agitación! ... ¡Qué belenes!
¡Qué trajín! ... ¡Tú que me ves
milagroso San Antonio
y que conoces mi amor
devuélveme por favor
a mi amado Celedonio!

ESCENA VII

Rufa, Mozo 1 y Mozo 2

MOZO 1 ¿Onde pongo los baúles? (*Con dos baúles*).

RUFA. Aquí a este lado, con tiento.

MOZO 1 Vamos a traer los demás. (*Vanse*)

RUFA. Muy bien, aquí lo espero...
¡Cuánto afán, cuánto trastorno,
ocasiona un viaje de estos!
Gracias que no traje todas
las cacharpas y así sin eso
he dado más vueltas... ¡Ay!
¡Qué falta hace un hombre! Creo
que son un mal necesario.

MOZO 1 (*Entrando con una mesa*) La mesa.

MOZO 2 ¿Onde la ponemos?

RUFA. ¡Qué bondades las de Marta! ...
Acá... más acá... aquí (*derecha*); bueno
traigan lo demás.

MOZO 1 Muy bien (*Vanse*).

- RUFA. ¡Jesús y qué sucio está esto! ...
Hace lo menos un siglo
que no pasan un plumero
por estas telas de araña.
- MOZO 1 ¿Este sofá?
- RUFA. Aquí (*derecha*).
- MOZO 1 ¡Volvemos!
- RUFA. Que traigan éstos las sillas
y bajaré en un momento
y que me preste Martita
su plumero... ¡Qué tierrero!
¿Vivir así yo? ... ¡Me privo!
- MOZO 1 Las sillas.
- RUFA. Bien, un momento...
esas dos van a este lado (*izquierda*)
las otras al otro lado. (*derecha*)
- MOZO 1 ¡Güeno! ...
Ya está todo.
- RUFA. Muchas gracias.
- MOZO 1 Muchas gracias no es dinero.
- MOZO 2 Lo cobraremos abajo.
- MOZO 1 De nada, de qué.
- MOZO 2 Hasta luego. (*Vanse*).
- RUFA. Vaya, ya estoy instalada. (*vase por la de-
recha*)
Ahora voy por el plumero.

ESCENA VIII

(Don Celedonio y Perico entran precipitadamente sin reparar en nada)

D. CELEDONIO. ¡Esto es terrible! (paseándose)

PERICO. ¡Es infame!

D. CELEDONIO. ¡Es temerario!

PERICO. ¡Es atroz!

D. CELEDONIO. ¡Me quejaré en "El Comercio"!

PERICO. ¡Me quejaré en "La Opinión"!

D. CELEDONIO. ¡Y en "La Prensa"!

PERICO. ¡Y en "Fray K. Bezón"!

D. CELEDONIO. Y si es necesario, yo
publicaré otro periódico
titulado "El Defensor
de los derechos incólumes
del ciudadano y de los..."

PERICO. ¡Pero tío, eso es muy largo! ...

D. CELEDONIO. Se pone en abreviación.
Allí se oirán nuestras lágrimas
y se leerá nuestra voz;
a los empleados públicos
atacaré con furor;
diré que ese ramo es ramo
de mastuerzos sin olor!

PERICO. ¡Que es un ramo de culantros!

D. CELEDONIO. ¡Que es un ramo... de lo atroz!

¡No trabajar los domingos!

PERICO. ¡Es una abominación!

D. CELEDONIO. ¡Cómo andan todas las cosas
en nuestra tierra, señor! ...
¿No es de perder la paciencia,
no es de perder la razón,
que uno se saque la suerte
y no se la paguen hoy
por ser Domingo?

PERICO. ¡Es horrible!

D. CELEDONIO. ¡Justo, horrible!

PERICO. (*Reparando en los muebles*). ¡Tío!

D. CELEDONIO. ¡Oh!

PERICO. ¡Oh!
¡Salgamos, hemos entrado
a otra pieza por error!

D. CELEDONIO. No hombre, no; ésta es la nuestra.

PERICO. ¡No está don Canuto!

D. CELEDONIO. No.

PERICO. ¡Ni nuestro catre tampoco!

D. CELEDONIO. ¡Mejor!

PERICO. ¿Cómo que mejor?

D. CELEDONIO. ¿No has entendido?

PERICO. Ni pizca.

D. CELEDONIO. ¡Eres un bobalicón!

PERICO. ¡Ah! ... Y mudaremos de casa.

D. CELEDONIO. ¡Claro! ¡Nuestra posición
nos lo ordena! ... Sin embargo
viviremos unos dos
meses más, aquí, hasta hallar
algo conveniente... ¡No
podemos vivir tampoco
dos meses aquí con los
escasos muebles que adornan
tan mísera habitación! ...

PERICO. ¡Sin duda! ¿En esos baúles
no habrá? ...

D. CELEDONIO. ¿Qué crees?

PERICO. Pienso yo
que habrá adornos.

D. CELEDONIO. No, yo creo
que sea ropa interior,
pero, es fácil convencerse,
abramos este cajón. (*desatan el cajón*)
 (*cantando*)
“Desatemos estos lazos
que son los de nuestro amor
démonos un par de abrazos
y hasta después, pues, mi flor”.

RUFA. ¡Jesús! ¡Jesús!

PERICO. (*cantando*) “ ¡Ora... Ora!
¡Mueva los pieces Señora! ”

RUFA. ¡Esto es lo que nuevo yo! (*La emprende
a plumerazos*)
¡Pillos!... ¡Ladrones...!

D. CELEDONIO.

Y PERICO.

¡Señora!

RUFA.

¡Dios mío, qué corrupción
hay en Lima, los ladrones
roban cantando! ¡Qué horror!

D. CELEDONIO. ¡Señora, eso de ladrones!

RUFA.

¿Qué hacéis aquí? ... ¿Quién sois?

D. CELEDONIO.

¿Quién es Ud.? ¿qué hace aquí,
es lo que pregunto yo?

RUFA.

¡Qué cinismo: esta es mi casa!

D. CELEDONIO.

¡Qué empaque: es mi habitación!

RUFA.

¡Estos muebles son mis muebles!

D. CELEDONIO.

¡Lo que hay aquí es de los dos!

RUFA.

Marta, mi amiga, la dueña,
me instala aquí desde hoy.

D. CELEDONIO.

¿Ella? ¡Ah! ... Comprendo la trampa.
Habiendo sabido
de los cuatro mil, nos manda
este esperpento a los dos
para ver si atrapa alguno...
¡Me ahoga la indignación! ...

RUFA.

¿Qué escucho?

D. CELEDONIO.

¿Lo has comprendido?

PERICO.

¡Lo he comprendido! ... ¡Qué atroz!

RUFA.

¡Canallas, voy a probarles
que yo de Arequipa soy...!

D. CELEDONIO. ¿Ud. de Arequipa?

RUFA. ¡Sí!

D. CELEDONIO. ¡Diablos, Señora, perdón!

PERICO. ¡Pero tío...!

D. CELEDONIO. (Desdichado.
Si es de Arequipa. ¡Qué horror!)

RUFA. Ya están Uds. saliendo
o yo los muerdo a los dos.

D. CELEDONIO. Nos vamos... nos vamos... vámonos.
(Es igual la posición
que usaba mi mujer cuando
me arañaba). ¡Adiós! ¡Adiós!
(Es igualita a tu tía).

PERICO. No importa, yo no me voy
sin decirle... ¡arpía!

RUFA. ¡Cielos!
¡Los despedazo a los dos!

ESCENA IX

Rufa y sirvienta

RUFA. ¡Canallas, pillos, bribones!
¡Qué gentuza tan grosera! ...
Si se me crispan los nervios...
¡Si les alcanzo en la puerta
les hago bajar rodando
los peldaños de la escalera!

SIRVIENTA. *(Entrando con lo necesario para poner la mesa y con los platos que se nombrarán en esta escena)*
El almuerzo.

RUFA. ¡Cómo! ¿almuerzo?
¿Quién me lo manda?

SIRVIENTA. La dueña,
Misia Marta.

RUFA. ¡Lo agradezco
pero esa es mucha molestia...!

SIRVIENTA. Voy a traer los otros platos.

RUFA. ¿Más? ... Dígale Ud. que venga
que la quiero resontrar
por ser demasiado buena.
¡Hay chupe de camarones!
A mí el chupe me deleita.
Esta Marta es angelical,
se porta de una manera...

ESCENA X

Marta y Rufa

MARTA. ¿Qué quieres Rufa?

RUFA. Contarte
un disgusto.

MARTA. Sí, ¿qué es ello?

RUFA. Dime: ¿Te parece justo

que el mismo día que llego
tanta molestia ocasione
a la amiga que más quiero?

MARTA. Molestia, hija, ¿en qué?

RUFA. En todo.
¿Por qué me mandas almuerzo?

MARTA. ¡Qué! ¿Y te parece bonito
que después de un siglo entero
de separación te deje
en libertad? ¡Ni un momento!
Aquí estás presa hasta el día
de tu viaje de regreso.
¡Ah!, perdón si te hago hacer
penitencia en el almuerzo...

RUFA. ¿Penitencia? ¡Qué ocurrencia!
¡Qué buena eres; dame un beso,
facinerosa! ...

MARTA. ¡ ¡Rufita! !

RUFA. ¿Recuerdas aquellos tiempos? ...
¡Ah, me olvidaba! ...

MARTA. ¿Qué cosa?

RUFA. No te lo imaginarás.
Al volver con el plumero
encontré aquí dos ladrones
cantando a la vez que abriendo
este cajón: les pegué,
me insultaron, y se fueron.

MARTA. ¿Ladrones? ¿Y no serían
los que antes aquí...?

O estoy con diablos azules
o, lo probable, el maldito
del suertero me ha engañado...
Sí; lo dicho... ¡Zascandil!
¡a mi amigo le ha tocado
la suerte de cuatro mil
con que me creí premiado!
¡Un almuerzo! ... (*reparando en el almuerzo*)
¡El ofrecido!
¡Engullo plato tras plato!
(Pausa). ¡Ah, suertero maldecido!
me engañaste; paga el pato,
me quedo con tu vestido! ...
¡Chupe! ... ¡El plato que prefiero! ...
¿Y en éstos? vamos por puntos:
fritura, bisté el tercero...
¡comeré de los tres juntos
para acabar más ligero! (*comiendo vorazmente*)
Y yo, infeliz, que creía
que la suerte me tocaba,
que el periódico mentía
y que el suertero decía
la verdad de lo que hablaba...

RUFA. (*Entrando con el plumero y los recibos
sin reparar en D. Canuto*).
Los recibos. Aquí están.
¡Si viene alguien, se los meto
por los ojos! Ya verán
cómo volando se van
si me faltan al respeto!

D. CANUTO. ¿Quién es ésta? ... Francamente
no comprendo... ¡Ah! ¡Ya me explico! ...
¡Cómo prospera la gente! ...
¡No hay duda; tomó sirvienta
mi vecino, al verse rico! ...

¡Cáscaras! ¡No es mal jamón!
¡Aunque mi gula se enrostre
yo aprovecho la ocasión,
y si la inspiro pasión
tendré jamón como postre! ...

RUFA. ¡No hay poco que sacudir!

D. CANUTO. (Lo dicho, esta es la sirvienta).

RUFA. ¡Uf, qué sucia era esta gente!

D. CANUTO. ¡Mucho!

RUFA. ¡Qué oigo!

D. CANUTO. ¿Qué has de oír? ...
¡La verdad sencillamente!

RUFA. ¡Qué rabia! ¿Quién es usted,
¡qué busca, qué hace usted aquí?

D. CANUTO. ¿Como qué hago yo? ... Pues ya se ve:
Como.

RUFA. ¡Y me lo dice a mí!

D. CANUTO. Bueno, no te lo diré.

RUFA. ¡Acabemos!

D. CANUTO. A eso voy.
¿Quieres recoger la mesa?

RUFA. ¡Váyase Ud! ... ¡Váyase Ud.! ...

D. CANUTO. ¡Eh! ¡Ya estoy
cansado de oírte: cesa
o hago que te boten hoy.

RUFA. ¿Botarme a mí? ... ¡Por su vida!

D. CANUTO. ¡Como a importunarme tornes! ...

RUFA. ¡Yo soy! ...

D. CANUTO. Sí, la Maritornes.

RUFA. ¿Mari... qué? ... Alguna perdida...
Soy la dueña de este cuarto.
y como mi rabia arrastre...

D. CANUTO. (Nada; lo dicho, la ensarto,
la deshueso, pincho y parto,
y la engullo como postre).
¿Qué historia de dueña es ésa?

RUFA. Que es mía esta habitación,
baúles, sillas, cajón,
este sofá y esta mesa...
¡Evíteme un colerón!

D. CANUTO. ¡Qué lío, el diablo me lleve! ...

RUFA. Yo desde hoy aquí vivo
y es fácil que se lo pruebe:
Uno tras otro recibo
tengo aquí los que Ud. debe.
(leyendo los recibos)
¡Don...! ¡Ay! Celedonio Albino
¡Ay! ... Agua, agua, caballero.

D. CANUTO. (Aturdido, dándole vino)
¡Caballera... vino... vino!

RUFA. ¡Mi marido... me muero!

D. CANUTO. (¡La mujer de mi vecino!)
(¡No va a llevarse mal susto!)

RUFA. ¡Ud. es! ... ¡usted! ... ¡Qué gusto!
Dí.... ¿No eres Albino? ...

- D. CANUTO. ¡Justo,
Soy al vino... aficionado...
- RUFA. ¡Al fin he dado contigo!
¡Ven a mis brazos! ...
- D. CANUTO. (*Retrocediendo*) ¡Demonio!
- RUFA. ¿Qué, no oyes lo que te digo? ...
- D. CANUTO. (¡Me ha tomado por mi amigo!)
¡Si yo no soy Celedonio!
- RUFA. ¡No pretendas engañarme!
¡No me lo niegues ingrato!
¡Si no quieres perdonarme
yo, Celedonio, me mato
y tú tendrás que enterrarme!
- D. CANUTO. Pero si yo...
- RUFA. ¡Tu perdón!
¡Celedonio, yo lo imploro
de tu hidalga compasión:
o arráncame el corazón
o ámame porque te adoro! ...
- D. CANUTO. (¡Huy! ¡Me descolgó el Tenorio!
Bueno, ya que es necesario
yo apechugo al vejestorio:
Sálvenme de este calvario,
ánimas del purgatorio!)
- RUFA. ¿Me perdonas? ...
- D. CANUTO. ¿No he de hacerlo? ...
¡El amoroso latido
del corazón que, sin verlo,
a tu lado has poseído;

el color de este encendido
cadáver de camarón,
el vino de esta botella,
esa mesa, este cajón.
¿No oyes Rufa, Rufa bella,
que están gritando perdón?

RUFA. ¡Ay! ¡Gozo al verte, querido!
 ¡por fin consigo la calma!

D. CANUTO. (¡Y yo la tengo perdida!)

RUFA. (Abrazándole) ¡Celedonio de mi alma! ...

D. CANUTO. ¡Rufiniana de mi vida!
 (esquivando la cara)
 (¡Que no quiera darme un beso!)

RUFA. ¡Yo corro a avisarle a Marta
 que al fin te encontré!

D. CANUTO. ¡Eso, eso!
 (Y un acreedor me parta
 si me hallo aquí a tu regreso).

RUFA. ¡Ah! ... (medio mutis).

D. CANUTO. (¿Otro abrazo?)

RUFA. ¿Y Perico? ...

D. CANUTO. ¿El sobrino? ... Bien está,
 dentro de un rato estará
 a tu lado el pobre chico...

RUFA. ¿Sí? pues voy y vuelvo ya, (vase)

D. CANUTO. Yo soy quien se va y no vuelve.
 ¿Si me llevara esto? ... ¡Sí!
 El apetito me absuelve...

Los camarones aquí...

¡Vaya un lío el que me envuelve! ...

(Se guarda los comestibles)

(Adelantándose y con cómica gravedad)

¡Pues cual Don Juan, con anhelo
llamé al cielo y no me oyó:
este almuerzo en este suelo
que se lo cobren al cielo
porque no lo pago yo! ...

ESCENA XII

Don Canuto y Suertero

D. CANUTO. ¡Caracoles, vaya un choque! ...

SUERTERO. ¡Al cabo lo encuentro a Ud.!

D. CANUTO. ¡El suertero! ...

SUERTERO. ¡Sí, el mismísimo!
¿Le ha parecido a Ud. bien
engañarme como a un chino
con mil falsedades? ...

D. CANUTO. ¡Eh!

SUERTERO. ¿Cree Ud. que yo consienta
sin protestar que me den
bromazos, que me acarreen
dos mil desazones? ...

D. CANUTO. ¡Eh!

- SUERTERO. ¿Supone Ud. que yo aguante
sin que lo divida en tres
pasadas como la suya
y tres mil disgustos?
¿Piensa Ud. que yo impasible,
tolere con placidez
que me hagan pasar por pillo
y por cuatro mil? ...
- D. CANUTO. De los cuatro mil hablemos
pero no prosiga Ud.
subiendo las cantidades.
- SUERTERO. ¿De los cuatro mil? ... ¡Pues bien
no tiene Ud. nada!
- D. CANUTO. ¿Qué?
- SUERTERO. Me engañó por mi vestido
para quedarse con él.
Ni tiene Ud. ningún número,
ni casa, ni ropa, ni es
Ud. más que un palomilla!
- D. CANUTO. ¡Qué oigo!
- SUERTERO. ¿Desnúdese Ud.!
- D. CANUTO. ¿Pero qué ha pasado?
- SUERTERO. Que
me botaron de aquí, y tuve
que irme a mi casa a ponerme...
ropa, desnudo en un coche.
¡Ya sabe Ud.!
- D. CANUTO. ¿Qué belén!
- SUERTERO. Ahora mismo va Ud. a darme
mi ropa.

- D. CANUTO. (¡Qué estupidez!)
Pero si no vivo aquí.
- SUERTERO. No tengo en ello que ver.
- D. CANUTO. Pero, hombre, hablemos con calma.
¿No ha sido cierto lo del
número mío premiado?
- SUERTERO. ¿Pretende Ud. otra vez engañarme?
- D. CANUTO. Si es que yo...

ESCENA XIII

Dichos y Rufa, entrando

- RUFA. Dice que ya viene, pues...
- SUERTERO. ¿Eh?
- D. CANUTO. (Me fundí).
- RUFA. (Hay otro hombre).
¿Si será? ... ¡Sí! Dime ¿no es
nuestro sobrino este joven?
- D. CANUTO. ¡El! (Admirado).
- RUFA. ¡El! ... ¿No lo dije? ... ¡Es él!
¡Idolatrado sobrino!
¡Hijo mío!
- SUERTERO. ¿Cómo? ... ¿Qué?

- RUFA. Tú eras... tú eras.
- SUERTERO. ¿Yo? ¡Yo soy
suertero!
- RUFA. ¡Suerte cruel! ...
¡A qué oficio vil te has visto
obligado a descender! ...
- SUERTERO. ¿Vil mi oficio? ...
- RUFA. ¡Qué horror, jamás lo pensé!
- SUERTERO. ¡Váyase Ud. al demonio!
- RUFA. ¡Sobrino! ...
- SUERTERO. ¡Quítese Ud.!
- RUFA. ¡Perico!
- SUERTERO. ¡ ¡Lora! !
- D. CANUTO. Me largo,
va a descubrirse el pastel.
- SUERTERO. ¡Deténgase Ud. so pillo! ...
- RUFA. ¡Cielo santo!
- D. CANUTO. (Me embromé).
- RUFA. ¿Pero qué es esto, Dios mío?

ESCENA ULTIMA

Dichos, Don Celedonio y Perico

MARTA. Aquí estoy, Rufa.

RUFA. Ven, ven.

MARTA. ¿Qué pasa?

RUFA. Ni yo lo entiendo.

SUERTERO. Yo sí, lo que pasa es
que he venido por mi ropa
que a este tío le presté
y le he de romper...

RUFA. ¡Perico!

SUERTERO. ¿Vuelve a apodarme otra vez?

RUFA. Pero Perico...

SUERTERO. ¡Gallareta, calle Ud.!

RUFA. ¿Qué?

MARTA. ¡Tal insulto!

SUERTERO. ¡No soy Perico!

RUFA. ¿Entonces quién es?

SUERTERO. Soy suertero y he botado
la de cuatro mil de ayer.

RUFA

Y MARTA. ¿Y qué?

SUERTERO. Que este hombre me había dicho

que el favorecido era él
y me ha engañado.

D. CANUTO. No tal.

PERICO. ¡Tío, tío, aquí está!

MARTA. ¿Quién?

D. CELEDONIO. Don Canuto.

D. CANUTO. Ellos.

RUFA. Los pillos.

D. CANUTO. Adelante. (Me salvé)
Calma, reclamo un momento.
¿Han cobrado?

D. CELEDONIO. No.

D. CANUTO. Pues bien
respondan aquí señores.
¿No es verdad que ustedes creen
haber ganado la suerte?

D. CELEDONIO. ¡Claro!

PERICO. Pues claro.

D. CANUTO. ¿Cuál es el número?

D. CELEDONIO. ¡El cincuenta mil quinientos!

SUERTERO. ¡Mentira!

PERICO. ¿Qué?

D. CELEDONIO. Está en el diario.

SUERTERO. ¡Aquí está

el derrotero!

D. CELEDONIO. ¡Ah! ¡Es tres
cientos en vez de quinientos!
¡Sobrino!

PERICO ¡Tío!

D. CELEDONIO. ¡Ve, ve! (dándole el de-
rrotero)

D. CANUTO. El cincuenta mil trescientos.

SUERTERO. ¿Quién lo tiene?

D. CANUTO. ¡Yo!

RUFA. ¡Tú!

TODOS. ¡El!

SUERTERO. ¿Dónde?

D. CANUTO. En este pantalón
que es mío, aquí...

PERICO. ¿Aquí?

D. CANUTO. ¡Este es!

D. CELEDONIO. Maldita sea mi suerte.

PERICO. Se me revienta la hiel.

SUERTERO. ¡Este es!

RUFA. ¡Maridito mío!

MARTA. ¡Su marido!

- CELEDONIO y
- PERICO. ¡Su mujer!
- D. CANUTO. Señora... un momento... yo...
- RUFA. ¿Le hablas de "Ud." a tu mujer?
- D. CANUTO. (Bah: soy rico y nada temo).
 ¡No soy esposo de Ud.!
- RUFA. ¿Lo niegas porque eres rico?
- D. CANUTO. No, Ud. es esposa...
- RUFA. ¿De quién?
- D. CANUTO. De mi amigo Celedonio.
- MARTA Y
- RUFA. ¡El!
- PERICO. (Mi tía)
- D. CELEDONIO. (Mi mujer)
- RUFA. Pero tú... ¿Ud. no me dijo?
- D. CANUTO. Fue una broma.
- RUFA. ¿Una broma, eh?
 Va Ud. a ver como en broma
 le araña toda la piel...
- D. CANUTO. Pero vamos a cuentas:
 ¿Cómo se llamaba su marido?
- RUFA. El era Celedonio Albino.
- MARTA. Entonces el señor es.
- D. CELEDONIO. (Albino, te fuiste al agua)
 ¡Ea! ¡Yo soy! Bien ¿y qué?
 (Armémonos de energía)

PERICO. ¡Perdón!

- D. CELEDONIO. ¡Nunca!
- RUFA. Me lo niegas.
 ¡A ver...! ¡Repítelo...! ¡A ver!
 ¡Sí! ... pues toma... (lo pellizca)
- D. CELEDONIO. ¡Ay!
 ¿Qué ha sido?
- RUFA. Nada.
- D. CELEDONIO. Nada ¡qué ha de ser!
 ¡Que otro Cardenal ahora
 nos une por segunda vez!
- MARTA. ¡Ea, en paz!
- D. CANUTO. ¡Viva la paz!
- RUFA. ¿Me perdonas?
- D. CELEDONIO. ¡Ya se ve!
 ¡Pides perdón de tal modo!
- SUERTERO. Mi propina.
- D. CANUTO. Cuento Ud. con los cien soles.
- SUERTERO. Mil gracias.
- D. CANUTO. Me parece un sueño.
- D. CELEDONIO. ¿Qué?
- D. CANUTO. Haber ganado la suerte.
- D. CELEDONIO. Para suerte mi mujer.
 ¡Suerte china!
 ¡Ah, no! Si hay otra pendiente.
- TODOS. ¿Hay otra? ... ¿Cuál es?

D. CELEDONIO. La del autor del juguete
Que lo silban..., a mí qué.

D. CANUTO. Que lo silben... a mí qué.

D. CELEDONIO. El autor a los actores
les ha confiado que ansía,
otros cuatro mil mejores:
Vuestros aplausos, señores,
que son la gran lotería.

FIN

DOMINGO SIETE

(juguete cómico, en verso)

PERSONAJES:

Angelita
Hildebranda
Misia Ludomilia
Paz (*criada*)
Rosita
Julio
Don Patrocinio
Tranquilino

La acción en Lima. (*Derecha e izquierda la del
espectador*)

ACTO UNICO

Salita cuidadosamente arreglada. A la izquierda un sofá. A la derecha una mesa. Un retrato sobre una consola. Puertas laterales y foro.

ESCENA I

Angelita, Julio, Paz.

Al levantarse el telón sale Angelita por la derecha con una servilleta en la mano.

ANGELITA. ¡Paz! ¡Paz! ... ¡Yo siento arrebatos de rabia! ... ¡Qué purgatorio! (*muy nerviosa*)
 ¡Paz! (*sale Paz*) ¡Como en el dormitorio!
 Lléveme usted allá los platos.
 (*Dentro se oye la voz de Julio que llama a la criada*)

PAZ. Bien.

JULIO. (*saliendo*) ¡Paz! ... ¿No oye usted? (*muy irritado también*)

PAZ. Ya voy.

- JULIO. ¡La llamo a usted!
- PAZ. Sí, señor.
- JULIO. ¡Cierre usted el comedor,
yo voy a comer aquí!
- ANGELITA. ¡Paz!
- PAZ. ¿Señorita?
- ANGELITA. Ya no
como adentro; como allá.
- JULIO. ¡Paz!
- PAZ. ¿Señor?
- JULIO. ¡No cierre ya!
¡Yo voy también!
- ANGELITA. ¡No voy yo!
- JULIO. ¡Comerá usted donde quiera! (a Ange-
lita)
- ANGELITA. ¡Eso pienso!
- JULIO. ¡Muy bien hecho!
- ANGELITA. ¡Mas no bajo un mismo techo!
- JULIO. ¡No; si aunque usted lo pidiera!
- ANGELITA. ¿Yo? ¡Que Dios no lo permita!
- JULIO. ¡Ni la virgen consagrada!
¡Paz, mi almuerzo!

ANGELITA. ¡Paz! Yo nada.

JULIO. ¡Paz!

PAZ. Señor...

ANGELITA. ¡Paz!

PAZ. Señorita...

JULIO. ¡Que yo he llamado primero!

ANGELITA. ¡Me obedece usted a mí!

JULIO. ¡Yo soy el que manda aquí!

ANGELITA. ¡Aquí se hace lo que quiero!

JULIO. ¡Escoja usted entre los dos!

ANGELITA. ¡Nadie que mandarla tiene!

JULIO. ¡Usted hará lo que yo ordene!

PAZ. ¡Pero señores, por Dios!

JULIO. ¡Mi almuerzo!

ANGELITA. Sí, vaya usted
¡porque yo lo mando!

JULIO. No.
¡Porque lo he mandado yo! (*sale Paz 2a.
derecha*)

ANGELITA. ¡Basta, no discutiré!

JULIO. ¿Discutir? ¡Qué divertido! (*sentándose
a la mesa*)

¡No hay que discutir, señora!
¡Aquí se hace desde ahora,
lo que mande su marido!
¡Basta de ser bueno y franco!
¡Basta de inclinar el cuello!
¿Que usted quiere esto? ... ¡yo aquello!
¿Que está usted de mal humor?
¡pues yo alegre y canto y río!

ANGELITA. Uy... ¡Qué calor! (furiosa)

JULIO. ¿Qué calor?
(Levantándose y poniéndose rápidamente
un abrigo que habrá sobre un mueble)
¡Mi sobretodo!... ¡Qué frío!

ANGELITA. ¡Verdugo! ... Si yo no sé,
no comprendo, cómo callo
y me contengo y no estallo!

JULIO. ¡Por mí no lo evite usted!

PAZ. El almuerzo. (saliendo con servilletas,
cubierto y un plato en cada mano. Pone
la mesa)

JULIO. ¿Qué es?

PAZ. Un plato
hecho por la señorita.

JULIO. ¿Por la señorita? ... ¡Quita! (rechazando
uno de los platos)
¿Y éste? (por el otro plato)

PAZ. Por mí.

- JULIO. Apetitoso. (*sirviéndose y comiendo exageradamente*)
 inimitable... sin par...
 ¡Esto es saber cocinar!
- ANGELITA. (Así te atores)
- JULIO ¡Sabroso!
 No hay miedo de que otras suelen
 cocinar con tal primor,
 ¡si basta con el olor! (*oliéndolo con exageración*)
- ANGELITA. ¡No permita usted que huelan
 la comida!
- JULIO. ¿Cómo? Es vana
 toda intromisión de usted!
 Nadie me educa. ¡Oleré
 lo que a mí me dé la gana!
 Todo olerlo me acomoda
 y del olfato me valgo...
 ¡Ah! si hubiera olido yo algo
 cuando pensé en nuestra boda...
- ANGELITA. ¡Esto ya es horrible!
- JULIO. ¡Sí,
 peor de lo que usted piensa!
- ANGELITA. ¡Paz, alcánceme "La Prensa"!
- JULIO. ¡"El Comercio" para mí!
- ANGELITA. ¡Estoy qué ardo!
- JULIO. (Ya arde) (*abriendo el periódico*)

- ANGELITA. ¡De fijo este colerón (abriendo el pe-
me matará! riódico)
- JULIO. "En el Frontón" (Leyendo)
"Los partidos de ayer tarde"
- ANGELITA ¡"Crónica"! ... ¡Siento una ola (id)
que me quema y que me hiela!
- JULIO. "Fue la primera triniela
de Lasheras y Odriozola".
- ANGELITA. ¡Canalla!
- JULIO. "Muy aclamados"
- ANGELITA. Ni se da por aludido
¡Lo partiera!
- JULIO. "En el partido
ganaron los colorados"
- ANGELITA. " ¡Expósito! "... ¡Quién creyera...
- JULIO. "Quinielas..."
- ANGELITA. ¡Que así cambiara
el que mi amor mendigara!
- JULIO. "Mendi...zabal, la primera"
- ANGELITA. Ser dominada... ¡Qué afrenta!
Jamás lo consentiría.
¡Ah! ¡Si lo dividiría!
- JULIO. "Dividendo... diez ochenta"
- ANGELITA. Por más que intente y que haga

y aunque la casa se hunda,
yo primero, no segunda.

JULIO. "La segunda... Guruchaga"

ANGELITA. (Y aún se burla. Va a ver
si está leyendo a propósito)

JULIO. "Quiniela tercera"...

ANGELITA. "¡Expósito! "

ANGELITA. "Ayer al anochecer,
fue dejada con engaño,
en poder de una frutera
conocida..."

JULIO. "La tercera..."

ANGELITA. "Una niña de medio año"
"Se hacen pesquisas y al fin
se cogerá al delincuente.
La llevó un joven decente".

JULIO. "La llevó Zalacaín
cinco ochenta".

ANGELITA. (Ya no puedo más)
"¡A la cárcel! "

JULIO. "Triniela"

ANGELITA. "Ayer una mujerzuela...

(Los dos al mismo tiempo)

JULIO

ANGELITITA

"La triniela, con denuedo
y sin perder una bola,
fue ganada toda entera,
lo mismo que la primera,
por Lasheras y Odriozola.
Los otros pegaron fuerte,
pero ellos también pegaron,
y a la postre la ganaron
haciendo alarde de suerte.

....que se ha fugado después,
recibió una corte alarmante
de un sujeto que es su amante,
hace como medio mes.
El causante de la herida,
aunque juró su inocencia,
fue llevado a la intendencia
y a la cárcel enseguida.

JULIO. ¿Me dejará usted leer?

ANGELITITA. ¿Quiere usted callar, por fin?
(levantándose al mismo tiempo, irritados)

JULIO "La cuarta Zalacaín" *(volviendo a sentarse)*

ANGELITITA. "Se dice que la mujer...

JULIO. ¡Basta!

ANGELITITA. ¡Basta! Es lo que quiero;
¡Yo ya me siento aburrida!

JULIO. ¡Y yo me siento suicida!

ANGELITITA. ¡Concluyamos!

JULIO. ¡Eso espero!

ANGELITITA. ¡Con usted ni en un edén!

JULIO. ¡Con usted... ni ante el Eterno!

- JULIO. "Grandes partidos para hoy; (*cogiendo el periódico nuevamente*)
"Jugará Zalacaín.
Se nota ya entre la gente
gran entusiasmo".
- ANGELITA. (¡Qué infame!)
¡No vendré aunque usted me llame!
- JULIO. "El programa es el siguiente:"
- ANGELITA. ¡Digo que me voy!
- JULIO. ¿Sí? Bien. (*Con indiferencia*)
- ANGELITA. ¡Se lo diré a mi mamá! (*Yéndose furiosa*)
- JULIO. ¡Psit!
- ANGELITA. ¿Qué?
- JULIO. Si está su papá...
dígaselo usted también.

ESCENA II

Julio, solo.

- JULIO. Esa es mi mujer... ¿Poder
yo con ella? ¡No, señor!
En casita se ha de hacer
lo que quiera mi mujer,
aunque sea lo peor
Y yo que la adoro, yo
que por ella y que por mí
la combato al verla así
en cuanto ella dice "no"

ya estoy exclamando "sí".

¿Ella grita? Pues yo grito.

¿Que le dan los nervios? ¡Bah!

— ¡Verdugo! — Servidorito.

Ella — ¡Voy donde mamá!

Yo — ¡Lo celebro infinito!

Y ella me chilla y se va
con carita de agonía,
que el despecho anuncia ya;
mas no busca a su mamá,
se contenta con su tía.

La tía viene al instante,
me habla, yo hablo en voz doliente,
se va por la litigante
y me la trae más amante...
pero hasta el día siguiente.

Pollos de honestos placeres,
novios, jóvenes y seres
de inflamable corazón,
no fiéis en las mujeres,
aún ignoráis lo que son.

Solteras, son hechiceras:
"Activas, serias, caseras
—dice el padre— Yo respondo"
Pero... examinen el fondo
de las muchachas solteras.

De novia, cualquiera embrolla.
—"Será lo que digas que es,
seré una esclava a tus pies,
¡contigo pan y cebolla! —
¡Denles cebolla después! ...

¡Si hasta la sencilla oculta
defectos al pretendiente!
Se casan... y al mes siguiente
la "más pintada" resulta
que se pinta únicamente.

¡Oh, qué educación! ¿Y quién,

cuál marido se propasa
a decir — no está esto bien?
—“ ¡Yo me he educado en Belén!”...
Y el Belén se arma en la casa.

Muchachas que al educarse
sólo intentan atorarse
de lengua francesa — ¡Oh mengua! —
¡Como si para casarse
hiciera falta... esa lengua!

ESCENA III

Julio, Hildebranda. Esta entrando de improviso, muy agitada. Después Paz.

HILDEBRANDA. ¡Pillo! ¡Infame! ¡Tuno! (*Dirigiéndose a alguien que se supone fuera*)

JULIO. ¡Diantre!

HILDEBRANDA. Acójame usted vecino... (*Echándose en sus brazos*)
¡Canallote!

JULIO. ¡Caracoles!

HILDEBRANDA. No, si hablo de mi marido.
¿Está su esposa?

JULIO. No está.

HILDEBRANDA. ¡Tunante! ¡Infame! ... ¡Ay! vecino
No ame usted a ningún hombre.

JULIO. ¿Eh? ¡Vaya un consejo!

HILDEBRANDA. Digo
nunca ame usted.

JULIO. (A buena hora)

HILDEBRANDA. ¡Oigo pasos, siento ruido!
¡Ay! ampáreme en sus brazos!
¡Vecino!

JULIO. ¡Caracolitos!

HILDEBRANDA. El es, no me engaño. ¡Yo
me meto aquí! (*Se mete ía. izquierda*)

JULIO. ¡Estoy lucido!

PAZ. (Una mujer)

JULIO. (Ahora falta
que la criada haya visto
que se escondía)

PAZ. (*Recogiendo la mesa*)
¿No está
la señorita?

JULIO. Ha salido.

PAZ. ¡Ah! Creí...

JULIO. ¿Qué dice usted?

PAZ. Nada, señor; nada digo.

JULIO. Es que si ha visto usted algo
no vaya a creer...

PAZ. ¡Dios mío;
si no he visto nada!

JULIO. ¿No?

¡En usted solo confío!
¡Me escudo en su pecho!

JULIO (¡ Dale
con abrazarme!)

PAZ. (Saliendo) Permiso.

HILDEBRANDA. ¡Ay! (Huyendo a la izquierda nuevamente)

JULIO. ¡Demonio! ¿Vuelve usted?

PAZ. (Lo que he visto) Es por el vino.
Usted dispense señor;
porque si hubiera creído...

JULIO. ¡Basta! ¡Aquí no tiene usted
que creer nada!

PAZ. Eso mismo
digo yo. Creer ni ver.

JULIO. ¿Me viene usted con tonitos?

PAZ. ¡Dios me libre; no, señor!

JULIO. ¡Es que cuando yo me irrito! ...
Yo soy muy honrado. ¿Estamos?

PAZ. Honrado, siempre lo he dicho.

JULIO. ¡Y muy fiel! ...

PAZ. Eso de fiel...

JULIO. ¿Eh?

PAZ. ¡No hay para qué decirlo!
Es la verdad.

JULIO. Eso mismo opino yo.

HILDEBRANDA. ¡Sabe Dios lo que usted piensa!

JULIO. ¿Yo? Nada.

HILDEBRANDA. Pero, ¡ay vecino!
¡Ay! el hombre es muy cochino.

JULIO. Mil gracias.

HILDEBRANDA. Usted dispense.
Yo nací muy sin fortuna.
Mi cuna... en fin, ¡ay de mí!
saltaremos eso.

JULIO. Sí,
saltaremos por la cuna.

HILDEBRANDA. Mi infancia no fue tranquila.
En la que todos queremos
pila bautismal...

JULIO. Saltemos,
si usted gusta, por la pila.

HILDEBRANDA. Es que ya mi sufrimiento
empieza allí. Y además,
no tuve padre jamás.

JULIO. (Demonio. Una hija del viento)

HILDEBRANDA. ¡Mi padre me abandonó
de un año!

JULIO. ¡Qué caso extraño!
¡Caramba! ¡Un padre de un año! ...

HILDEBRANDA. No: la de un año era yo.
Mi mamá...

JULIO. (Va largo ya)

HILDEBRANDA. Mi mamá, que en gloria esté...

JULIO. Con el permiso de usted:
¿Saltamos por su mamá? ...

HILDEBRANDA. Como usted guste. Crecí
y llegué a la edad de amar.

JULIO. Y amó usted sin meditar.

HILDEBRANDA. ¡Amé todo lo que ví!
Flores, pájaros... Amores
de nuestra edad más risueña.

JULIO. Ya: toda muchacha sueña
con pájaros y con flores.

HILDEBRANDA. Mas pronto, para mí afrenta,
conocí otro amor sin nombre
al amar al primer hombre.

JULIO. Algún pájaro de cuenta.

HILDEBRANDA. Me esperaban desengaños.
Fingía ser todo mío
y me traicionó el impío...
¡Si aunque transcurran cien años
no es fácil que me recobre,
porque me hirió el miserable
en el punto vulnerable!

JULIO. ¿En el vulnerable? ... ¡Pobre!

HILDEBRANDA. ¡En mi ilusión! ... ¡El farsante
que lloró amor a mis pies,
me abandonó antes del mes!

JULIO. Conque antes de... ¡Qué tunante!

¿Y usted qué hizo?

HILDEBRANDA. Odiar al mundo
y dar mi amor todo entero
y unirme con el primero.

JULIO. Es decir... con el segundo.

HILDEBRANDA. Lo hice así, pero no he sido
dichosa, ni espero ser.

JULIO. ¡Pues es usted la mujer
más fatal que he conocido!

HILDEBRANDA. Mi esposo tiene horroroso
el genio. Por nada pasa.
¡De un grito mueve una casa!

JULIO. ¡Caracoles con su esposo!

HILDEBRANDA. ¡Si acabamos de tener
un pleito y el inhumano
llegó hasta a alzarme la mano!

JULIO. Si no la dejó caer...

HILDEBRANDA. ¡Soy muy infeliz! ... Bien sé
que en usted puedo confiar...
Yo me quiero separar. (*Cogiéndole las ma-
nos*)

JULIO. Bueno... sepárese usted. (*Apartándola*)

HILDEBRANDA. Es que aún le quiero.

JULIO. Pues tiene
mucho gracia. No hay dos casos
iguales. (*Ruido afuera*)

HILDEBRANDA. ¡Ay! ... Siento pasos.
¡El!

JULIO. ¿Qué?

HILDEBRANDA. ¡Dios mío! ¡Que viene! (*Huye a encerrarse 1a. izquierda*)

ESCENA V

Dichos y Don Tranquilino, que penetra furioso blandiendo un garrote.

TRANQUILINO. ¿Dónde está? ¿Dónde se mete?
¿Dónde se halla? ¡Si la pillo! ...
¡Usted me dará razón
de esta fuga!

JULIO. ¡Señor mío!

TRANQUILINO. ¡No hay aquí señor que valga!
¡Soy un marido ofendido
que le beberá la sangre
si oculta usted el delito! ...
¡Mi mujer!

JULIO. (¡Pero esto no es
un hombre; es un cocodrilo!)
¡Caballero!

TRANQUILINO. ¡Nada escucho!

JULIO. (A que me pega este tío)
¡Caballero! ¡Esta es mi casa!

TRANQUILINO. ¡Cuénteselo usted al vecino!

JULIO. Pues por eso...

TRANQUILINO. ¡Infame! ¡Infiel!
¡Como llegue a dar contigo! ...

JULIO. (¡Bueno, bah! En mi propia casa
me está poniendo en ridículo)
¡Oiga usted! ...

TRANQUILINO. ¡Yo no oigo nada!
¡Usted es un sietemesino
y yo soy un hombre de armas
que mil veces se ha batido!
¡Yo le chupo a usted la sangre!

JULIO. ¡Hombre! ¡Chúpese usted el pico!
lo que quiera, pero déjeme
usted en mi casa tranquilo
y no vuelva a entrar en ella!

TRANQUILINO. ¿No entrar yo? ¡Por Cristo vivo!
¡He entrado hasta en la ciudad
el año noventa y cinco
pasando sobre cadáveres
y sobre charcos rojizos
de sangre! ¿Y no entrar aquí?
¡Yo entraré al infierno mismo!

JULIO. ¡Pues cuanto antes! ¡Caminando!

TRANQUILINO. ¿He oído bien lo que he oído?

JULIO. (Vaya. Un poco de energía)
Ha oído usted lo que he dicho.
Yo en mi casa soy el amo.
¡Márchese usted!

TRANQUILINO. ¡Lo divido! (Lanzándose sobre
Julio)

JULIO. ¡Caracoles! (Este loco
me revienta) (Huyendo)

TRANQUILINO. ¡Ahora mismo
voy a registrar su casa!

JULIO. ¡Pero hombre de Dios!

TRANQUILINO. ¡Si afirmo
mis sospechas, si la encuentro,
si tengo el menor indicio,
la cojo, lo cojo a usted
y hay un adultericidio! ... (Entra por 2a.
Izquierda)

JULIO. Pero oiga usted... ¡Diablo! Y no
las tengo todas conmigo...
¡Oiga Usted...! ¡Valiente broma!
¡Vecina... shut!

HILDEBRANDA. ¿Mi marido
se ha ido?

JULIO. ¡Quia! Está buscando
en esas piezas.

HILDEBRANDA. ¡Dios mío!

JULIO. ¡Shut!

HILDEBRANDA. ¡Qué hago?

JULIO. ¿Qué hace?
¡Marcharse, pero ahora mismito!

HILDEBRANDA. No, por Dios.

JULIO. ¡Por la Santísima Virgen
yo se lo suplico!

HILDEBRANDA. ¡Me expone usted a un disgusto!

JULIO. ¡Y usted me expone a un peligro!

HILDEBRANDA. Si va mi marido allá...

JULIO. ¿Marido? ¡Eso no es marido!

¡Eso es un rinoceronte!

HILDEBRANDA. ¡Cielos! ¡Viene!

JULIO. ¡Horror!

HILDEBRANDA. (*Se mete en la derecha*) ¡Auxilio!

TRANQUILINO. ¡Mil demonios! ¡Buscaré
hasta hallarla!

JULIO. ¡Señor mío!

TRANQUILINO. ¿Qué quiere usted? (*Amenazándole*)

JULIO. ¡Nada! ... ¡Qué hombre!

TRANQUILINO. ¡Si la encuentro! (*Entra la izquierda*)

JULIO. ¡Estoy lucido!
¡Shut!

HILDEBRANDA. ¿Qué hay?

JULIO. ¡Pase usted allá (*Por 2a. izquierda*)
siquiera!

HILDEBRANDA. ¿Se fue?

JULIO. ¡Bonito
es él para irse... ¡Estamos
jugando a los escondidos!
¡Métase usted allá, por Dios!

HILDEBRANDA. ¡Ay! ¡Yo siento que me privo!

JULIO. ¡Eso es! ¡Sólo faltaba
un desmayo!
(*Se oye ruido de vidrios que se rompen en
la izquierda*)

HILDEBRANDA. ¡El! ¡Dios bendito!
(*Se encierra en 2a. izquierda*)

JULIO. Ese bárbaro me ha roto
por un dineral!

TRANQUILINO. ¡Qué hechizo
es todo lo de estos tiempos!
¡Menos mal que no he salido
con algo roto! ¡Bien puede
usted agradecerlo!

JULIO ¡Digo
si es de agradecer!

TRANQUILINO ¡Qué espejos!
¡Qué lavatorios!

JULIO. ¡Dios mío! (*Asomándose la.
izquierda*)

TRANQUILINO. ¡Qué cortinas!

JULIO. ¡El budoir
de mi esposa en pedacitos!

TRANQUILINO. ¡Pero si la encuentro al fin! (*Entra la.
derecha*)

JULIO. ¡La va usted a encontrar conmigo!
¡Al cabo! ... ¡Vaya un diíta!
¡Pero hombre, si hoy es domingo
siete; era de suponerse.
Razón tenía mi tío
el del norte; ¡fecha aciaga!

TRANQUILINO. ¡Nada! ¡Si encuentro un indicio!
(*Sale la. para entrar 2a. izquierda*)

JULIO. ¡Pero este hombre se ha adueñado,

señor, de mi domicilio!
Y ahora verá la criada
y si le cuenta... ¡qué lío!
¡Demonios! ¡Otra rotura! (*Ruido dentro*)
¡Este hombre es un rompevidrios! ...
¡Si es la criada! ¡Le tira
encima medio servicio!
¡Oh, criada, tú me vengas!

TRANQUILINO. ¡Tunantona! ... A un hombre digno
a un militar! ¡Bribonaza!
¡Me voy, porque si aquí sigo
destrozo todo!

JULIO. ¡Pero hombre!

TRANQUILINO. ¡Si yo la encuentro! (*vase*)

JULIO. ¡Asesino!

ESCENA VI

Julio, Paz, Hildebranda

PAZ. ¿Ha visto usted?

JULIO. (Ahora es ésta)

PAZ. ¡Un pillo, señor, un pillo!
¿Pero no ha visto usted nada?

JULIO. Nada.

HILDEBRANDA. ¿Se fue mi marido?

JULIO. Ahora la otra.

- PAZ. (La otra)
Con permiso; me retiro.
- JULIO. ¡No, no se retire usted!
¡Basta de engaños ficticios!
Sí señora, se ha marchado (*A Hildebranda*)
su esposo, ¡un hombre divino!
Se ha marchado, y a la calle;
libre está su domicilio.
Acompañe a la señora. (*A Paz*)
- HILDEBRANDA. ¡Cuánto agradezco, vecino
su fineza!
- JULIO. Un deber sólo...
Pero tiene usted un marido,
vecinita, que es un campá!
- HILDEBRANDA. ¡Ay, es un toro!
- JULIO. No he dicho
tanto.
- PAZ. Señor, la mamá
de la señorita.
- JULIO. ¡Cristo!
Esto sólo me faltaba.
(Y mi mujer que se ha ido
y ésta acá. ¡Qué compromiso!)
- HILDEBRANDA. ¿La mamá de su señora?
Le ofreceré mis servicios.
- JULIO. ¿A mi suegra? ¡No por Dios!
¡Si prefiero a su marido!
- HILDEBRANDA. Pero es que...
- JULIO. ¡Métase usted

adentro, en favor recíproco!

HILDEBRANDA. ¡Por Dios, que me comprometo vecino!

JULIO. ¡Eso es! ¡Compromisos ahora cuando yo soy el solo comprometido!

PAZ. Viene.

JULIO. Por las once mil vírgenes, métase ahí.
(Empujándola hacia la derecha)

HILDEBRANDA. Sí. Entraré, pero, vecino, júreme usted...

JULIO. ¡Por piedad!

HILDEBRANDA. Que no es un pretexto indigno.

JULIO. ¡Por favor!

HILDEBRANDA. ¡Júreme usted que no abusará conmigo!

JULIO. ¡Señora!

HILDEBRANDA. ¡Ay! (Entra la derecha)

JULIO. ¡Por fin!

PAZ. (Yo escapo)

JULIO. ¡Mi suegra! ... ¡Lluvia y granizo!

ESCENA VII

Julio, Misia Ludomilia

LUDOMILIA. ¡Ay! ¡Qué casa! ¡Ya no puedo
dar un paso! ¡Qué escalera!
¡Qué tramos! ¡Qué corredor!

JULIO. (Exhibición de una suegra.
Menos mal, no sabe nada
de mi esposa) ¿Está usted bien?

LUDOMILIA. ¡Ay hijo, con este reuma,
y mi diabetes, y el asma
y desde ayer esta muela...
estoy perdida!

JULIO. ¿Perdida?
(No tendré la dicha esa)
¡Sí está usted muy bien!

LUDOMILIA. ¿Muy bien?
¡Ay, hijo! Y con tu escalera...
¡Una escalera imposible!

JULIO. Cierto. (Igual a muchas suegras)

LUDOMILIA. ¡Pobre mi hija! Cuando pienso
que ella a diario la trotea...

JULIO. Trota.

LUDOMILIA. ¿Qué?

JULIO. La trota.

LUDOMILIA. Bueno.
Cuando pienso en la escalera
y en ella, me se parte el
alma!

JULIO Que no le se parta.
No es para tanta tristeza;
Angelita sale poco.

LUDOMILIA Cierto. Andará mal de tela
la pobrecita.

JULIO. ¡Señora!

LUDOMILIA. No, si no es por ofenderla.

JULIO. Claro. ¡Soy yo el ofendido! ...
A Angelita no le faltan
trapos; tiene para venta.

LUDOMILIA. Entonces no sé por qué
esa reclusión perpetua.
¡No salir a parte alguna!
¡Tenerla presa!

JULIO. ¿Ella presa?

LUDOMILIA. Vamos. ¿Sigues tan celoso
como siempre?

JULIO. ¡Qué simpleza!
¿Yo celoso?

LUDOMILIA. ¡Eres el mismo
de siempre!

JULIO. ¡Qué cantaleta!

LUDOMILIA. ¡Pobre mi hija!

JULIO. ¡Esta sí es buena!
¿Pero de dónde ha sacado
usted que su hija está presa
en esta casa y sufriendo,
señora, y hasta sin tela?

- LUDOMILIA. ¿Pero tú mismo no has dicho
que la pobre...
- JULIO. ¡Bueno fuera!
¿Que yo he dicho? ¡Esto es el colmo!
- LUDOMILIA. ¿No?
- JULIO. (La otra)
*(Hildebranda entreabre la puerta de su
encierro. Julio da con los pies en ella)*
- LUDOMILIA. ¿Eh? ¿Zapateas?
- JULIO. No... si es que... ¡con este frío!
 ¡Son los pies que se me hielan!
- LUDOMILIA. ¿Frío? ¡Si hace un calor bárbaro!
- JULIO. Digo... eso, se me calientan.
(Ya no sé ni lo que digo)
Con el calor...
- LUDOMILIA. ¡Qué rareza!
- JULIO. Dos o tres que tengo yo
desde niño. *(Me revienta)*
- LUDOMILIA. ¡Pobre mi hija! ¡Cuánto habrá
sufrido con tus rarezas
hasta acostumbrarse!
- JULIO. Vaya,
volvemos al mismo tema.
- LUDOMILIA. Ella que es tan delicada,
tan nerviosa, tan engreída.
- JULIO. Muy engreída. Eso sí.
- LUDOMILIA. Como que era una princesa

en su casa. Una muchacha
de un porvenir que ya hubieran
querido muchas. A pares
tenía los novios ella.

JULIO. Hombre, me hace mucha gracia
saberlo. ¡Valiente nueva!

LUDOMILIA. Por cierto que hubo un vocal
de la corte, que se la hizo.

JULIO. ¿Que le hizo, qué?

LUDOMILIA. La corte. Era
un partido como hay pocos.
ella estuvo las primeras
semanas cae o no cae
Al fin cayó.

JULIO. ¡Zapateta!

LUDOMILIA. No, no te alarmes.

JULIO. Si no
me alarmo, no, ¡qué ocurrencia!
Si ya digo, me hace mucha
gracia lo que usted me cuenta.
¡Qué historia más agradable
para su marido!

LUDOMILIA. Fue apenas
cosa de un año.

JULIO. ¿No más?

LUDOMILIA. Le calentó la cabeza
un mediquito, también
bonito partido, y ella
plantó al otro.

LUDOMILIA. ¿Zapateas
otra vez? ¡Eso es de cólera!
¡Si contigo no hay manera

de hablar! ¡Qué hombre!

JULIO. ¡Si no es cólera!

LUDOMILIA. Será impaciencia.
¡No, si ya sé que contigo
no hay quien hable ni quien pueda
entenderse!

JULIO. Esto faltaba.

LUDOMILIA. **SÍ:** que ofendes a cualquiera.
 ¡Qué humor!

JULIO. (¿A que todavía
yo le he inferido una ofensa
y tiene que perdonarme?)

LUDOMILIA. ¡Pobre hija mía! ¡Qué escenas
tendrá contigo... Otra vez... (*Repetición
del juego*)

JULIO. ¡Que es del calor!

LUDOMILIA.

¡Qué maneras!

¡Qué educación! ¡Qué modales! ...

¡Jesús, qué hombre!

JULIO. ¡Dios! ¡Qué suegra!

LUDOMILIA. ¿Eso más? ¡Pobre hija mía!
Nunca imaginé que hubiera
hombres como tú.

JULIO. ¡Señora!

LUDOMILIA. ¿Ofender así a su suegra,
a la madre de su esposa?

- JULIO. ¡Pero si no he dicho yo esta boca es mía!
- LUDOMILIA. ¡Si hasta siento que me empeoro!
- JULIO. (¡Ya hay fiesta para rato!)
- LUDOMILIA. ¡Ay! La fatiga.
¡Ay! El asma. ¡ay!
- JULIO. (Aquí es ella)
- LUDOMILIA. Siempre acabarás conmigo.
- JULIO. Pero señora... (a las suegras o matarlas o aguantarlas)
- LUDOMILIA. ¡Ay! La fatiga. ¡Ay! Mi muela.
¡Ay! Si hasta el reuma...
- JULIO. (¡Se han dado cita todas las dolencias en esta casa! Tendré que humillarme)... Mamá suegra...
- LUDOMILIA. ¡Quita! ¡Déjame! No quiero ni verte!
- JULIO. Sea usted buena y perdóneme si en algo la he ofendido...
- LUDOMILIA. ¡La conciencia debiera punzarte! Yo que hoy por ser día de fiesta venía a pasarlo al lado de ustedes!

JULIO. (¡Cielos! ¡Qué escenas
me aguardan!)

LUDOMILIA. Llama a Angelita.

JULIO. ¿A An...? (Qué compromiso) Ella...
Sabe usted, ella...

LUDOMILIA. ¿Está dentro?

JULIO. ¿Si está dentro? ...

LUDOMILIA. Voy a verla. (*Dirigiéndose la.
Derecha*)

JULIO. ¡No!

LUDOMILIA. ¿Qué?

JULIO. Digo no, no está
adentro... salió a la calle.

LUDOMILIA. Habrá ido a misa.

JULIO. (¡Qué idea!)
¡Eso es, ha ido a misa!

LUDOMILIA. ¡Vaya!
Iré a buscarla a la iglesia.

JULIO. Me parece bien. (Qué cuadro
el que me espera a su vuelta)

LUDOMILIA. ¡Vaya! Hasta luego.

JULIO. Hasta luego.

LUDOMILIA. ¡Ay! Pensar en tu escalera... (*Vase*)

JULIO. ¡Mañana le echo jabón
a la escalera! ¡Qué fecha

más negra... Domingo siete.
Hay días aciagos. ¡Ea!

ESCENA VIII

Julio, Hildebranda, Paz, Tranquilino

JULIO. ¡Paz! ... ¡Vecina! Basta ya
de enredos.

HILDEBRANDA. ¿Se fué?

JULIO. Sí. Y basta
de fingimientos y engaños.
Paz, vaya usted a la casa
de mi suegra, y vea usted
si está allí mi esposa y tráigala
de cualquier modo. Le dice
que se dé por perdonada,
que ella me perdone a mí;
lo que guste; pero tráigala.
Yo marchó donde su tía,
por si está allí refugiada.
Y usted vecina...

HILDEBRANDA. Me voy
en seguida. Muchas gracias
por todo.

JULIO. De nada. (*Empujándola al Foro*)

HILDEBRANDA. ¡Muy
agradecida!

JULIO. De nada.

HILDEBRANDA. Usted es...

JULIO. ¡De nada!

HILDEBRANDA. ¡Adiós!

JULIO. ¡Adiós! ¡Por fin!

HILDEBRANDA. ¡Ay!

JULIO. ¿Qué pasa?

HILDEBRANDA. ¡Mi esposo!

JULIO. ¿Otra vez? ¡Con mil diablos!

TRANQUILINO. ¡No hallo a la menguada!
 ¡Brum! ¡Si la cojo! ...

JULIO. ¡Esto ya es
 inaguantable!

TRANQUILINO. La tranca
 voy a deshacerla encima. (*Golpeando sobre un mueble*)

JULIO. ¡Demonio! ¡Que llamo al guardia!

TRANQUILINO. ¡Mataría a medio mundo! ...
 Voy a ver si la hallo en casa. (*Vase*)

JULIO. ¡Y se va a su domicilio!
 ¡Y la otra aquí refugiada!
 ¡No puede salir! Vecina...

HILDEBRANDA. ¡Ay! ¡Qué miedo!

JULIO. ¡Ha ido a buscarla
 a su casa! Mas de fijo
 se irá otra vez.

HILDEBRANDA. ¡Virgen Santa!

JULIO. ¡Y yo tengo que salir!
¡He de evitar otro drama
de familia! Yo me voy
usted lo vigila; aguarda
a que se marche y entonces
sin perder minuto escapa.
¿Me entiende usted?

HILDEBRANDA. Sí, vecino.

JULIO. ¡Pero, por Dios, que no vaya
a encontrarla a mi regreso
si me estima usted algo!

HILDEBRANDA. ¡Nada
tema usted!

JULIO. ¡Qué día aciago!
Ahora, mi esposa falta
que no esté donde su tía.
¡Adiós! (*Se va por el Foro*)

HILDEBRANDA. ¡Jesús, qué mañana
tan fatal! Y mi marido
en casa. No sé que haga.
¿Si fuera donde él? ... No, no;
ni pensarlo. ¡Qué desgracia
la mía! ... Aquí viene alguien...
¡Dios mío! Estoy condenada
a ir de escondite a escondite.
Yo me oculto. (*Se oculta la. derecha*)

ESCENA IX

Don Patrocinio, Rosita

PATROCINIO. Vamos, pasa.
Aquí es. Las señas son justas.
Qué sorpresa la que aguarda
a Julio. Hace ya diez años
que no nos vemos las caras.
Si tú lo ves, de seguro
ni le conoces.

ROSITA. Yo estaba
muy chica.

PATROCINIO. Es verdad. Es hijo,
ya sabes, de mi otra hermana,
hermana de tu mamá
igualmente.

ROSITA. Sí.

PATROCINIO. La parca
(parca es la muerte) también
la llevó en su edad dorada.
Fue también en día siete.
El siete es de fecha aciaga
en nuestra familia.

ROSITA. Sí.

PATROCINIO. Por eso, nuestra llegada
en este día, me tiene

con los nervios en alarma.
Ya lo viste: en el Callao
casi nos vamos al agua
al bajar del vapor. Luego
en el eléctrico, bancas, ni una;
y ya en Lima, casi
un carruaje nos aplasta.

ROSITA. Cierto. Y luego en el hotel
ni piezas desocupadas
donde hospedarnos.

PATROCINIO. ¡Domingo
siete!

ROSITA. ¡Y tener que venir
a causar molestias!

PATROCINIO. ¡Calla
boba! Julio es un muchacho
a quien no molesta nada.
Ya verás. ¡Y qué alegrón
el que le daremos! ¡Vaya!
Lo que sí extraño es que no
salga.

ROSITA. Cierto, que no salga
nadie. ¿Si no habremos entrado
en otra casa?

PATROCINIO. ¡Caramba!
No. Ves, este es su retrato.
Daré con el bastón.
(Golpea en el suelo con el bastón)

ROSITA. Nada.
No sale nadie.

PATROCINIO. ¿Eh? ¡Julio! (Llamándolo en

todas las puertas)

ROSITA. ¡Primo!

PATROCINIO. ¡Julio!

ROSITA. Está cerrada
esta puerta.

PATROCINIO. Habrán salido
por fuera. Como no estaban
avisados...

ROSITA. Y entre tanto,
el coche que nos aguarda
a la puerta, para ir
por las maletas.

PATROCINIO. Es para
no saber que hacer. Yo creo
que mi sobrino no tarda
si ha salido. Lo mejor
es que tú en el coche vayas
por el equipaje. Mientras,
yo espero por si él llegara.

ROSITA. ¿Y voy yo sola?

PATROCINIO. En el coche
no te puede pasar nada.

ROSITA. Voy entonces.

PATROCINIO. Sí; pero ojo,
mucho ojo. En Lima no pasa
lo que en el norte. Los hombres,
si ven a una muchacha,
se atreven a todo. Cuida
de no tardar mucho.

ROSITA.

Hasta
luego.

PATROCINIO.

Hasta luego. ¡Pero hombre!
¡Qué casa ésta más extraña!
¿Si estarán por dentro? Yo
me atrevo. (*Entra 2a. izquierda*)

ESCENA X

Julio, Patrocinio, después Angelita y Misia Ludomilia.

JULIO.

¡Qué mujercita
la mía! He ido en volandas
a la casa de su tía
y resulta que ella estaba
de vuelta... ¿Si la vecina
no se habrá ido? ¡Eh, demonio!

PATROCINIO. ¡Sobrino!

JULIO

¡Tío! ¡Qué dicha!

PATROCINIO. ¡Aprieta!

JULIO.

¡Si no soñaba
el placer de esta visita! ...
¿Pero qué hacía usted adentro?PATROCINIO. Buscándote. Si no había
aquí nadie.

JULIO.

¿Nadie? (Menos
mal. Se ha ido la vecina)
Sí, yo salí... pero explíqueme

usted su venida a Lima.
¡Qué sorpresa!

PATROCINIO. Ciertó. Ha sido
cosa de dos o tr3s d3as.
¿Y a qué no sabes con qui3n
he venido? Con tu prima.

JULIO. ¿Con Rosita?

PATROCINIO. Con ella. Ha
salido la pobrecita
por nuestro equipaje;
porque venimos por unos d3as
a pedirte casa.

JULIO. Claro...

PATROCINIO. ¿Y tu mujer?

JULIO. ¿Angelita?
Pues no tarda. (Ahora falta
que no vuelva).

PATROCINIO. Buena ni3a
seg3n mis informes.

JULIO. S3,
muy buena. S3lo que hay d3as...

PATROCINIO. ¿Eh? ¿Disgustos ya?

JULIO. No, no.
Es que...

HILDEBRANDA. (Asomando) (No tengo salida
por lo visto)

JULIO. ¡Pasos! Ella
de seguro. S3, la misma.

HILDEBRANDA. (¡Dios mío ¡ ¡Su esposa!)

JULIO. (Reparando en Hildebranda) (¡Cielos!
¡Soy perdido!) Mi Angelita. (por Angeli-
ta que llega)
(A Patrocinio) (Disimule usted)
Mi tío el del norte. Mi costilla.
(una fiera)

ANGELITA. Señor...

PATROCINIO. ¡Ven
a que te abrace, sobrina!
¡Qué guapa! Te felicito
sobrino.

JULIO. Es favor...

PATROCINIO. Justicia.
Deben ustedes quererse
mucho.

JULIO. Sí. Es una delicia (con ironía)
cómo nos queremos. ¿Cierto?

ANGELITA. Cierto. No hay noche ni día (con ironía)
que no demos a Dios gracias
por nuestra boda. (Mentira)

JULIO. ¡Tiene un genio... encantador!

ANGELITA. El en mí su gloria cifra.

JULIO. Ella me obedece en todo.

ANGELITA. ¡Los dos formamos la envidia
del vecindario!

JULIO. (¡Qué modo
de mentir!) ¡No hay parejita

más feliz!

ANGELITITA. Ni más dichosa.

JULIO. Ni que se ame más.

ANGELITITA. (Mentira)
¡Si no puedo estar sin verlo
en mis brazos!

PATROCINIO. ¡Cuánta dicha!
¡Ea! ¡Abrazarse! Por mí
no se priven. Regocija
ver dos seres tan unidos.

JULIO. ¡Adorada mujercita! ... *(se abrazan)*
(Tengo que hablar con usted)

ANGELITITA. ¡Maridito de mi vida!
(No tengo que escuchar nada)

JULIO. (Lo veremos) ¡Cuánto te amo!

ANGELITITA. (Pillo) *(pellizcándole)*

JULIO. ¡Ay!

PATROCINIO. ¿Qué?

JULIO. ¡Ay! ... que yo había
olvidado ya un encargo
que le hice al salir. Permita
usted tío...

PATROCINIO. Sigue, sigue.

JULIO. (Le pido que por un día *(llevándola a un*
disimule usted. No quiero *lado)*
que se entere la familia)

- ANGELITA. Ni por uno ni por media
 hora espere usted que finja.
 Vine sólo por mi ropa
 y vuelvo donde mi tía.
- JULIO. ¡Le advierto a usted que ya estoy
 hasta aquí!
- ANGELITA. ¡Yo hasta acá, arriba!
- JULIO. Quiero evitar un escándalo,
 pero ya que usted me obliga...
- ANGELITA. ¡Basta! Disimularé.
 No quiero que después digan
 que por mí...
- JULIO. ¡Si algo dijeran
 sería justo!
- ANGELITA. ¿Sería justo?
 No sé cómo lo oigo.
- JULIO. Bien. Me basta con que finja
 por unos momentos.
- ANGELITA. Sí.
 ¡Por pocos, porque me irrita
 esta farsa!
- JULIO. ¡A mí me ahoga!
- ANGELITA. ¡A mí aún más, me asesina!
- JULIO. ¡A mí ya me tiene loco!
- ANGELITA. ¡Basta!
- JULIO. ¡Basta! Eso quería
 decirle.

PATROCINIO. ¡Hombre, pues cualquiera
diría que están de riña!

JULIO. (Nos ve mi tío. Procure
disimular)

ANGELITA. ¡Ay, qué risa!
¡Qué mi esposo! (Ya hablaremos
después)

JULIO. (Bien) ¡Qué mujercita
la mía!

ANGELITA. Lo quiero más.
Esposo del alma mía.

JULIO. Mujercita idolatrada.

PATROCINIO. ¡Pues hombre, es una delicia
ver cómo se aman ustedes!

JULIO ¡No lo sabe usted!

ANGELITA. ¡Mentira!

PATROCINIO. ¿Eh?

ANGELITA. Mentira me parece
verle a usted acá. Qué gratísima
sorpresa. (Me estoy ahogando)

PATROCINIO. Me dije un día: Eh, a Lima
y me vine. ¡Ah! y les traigo una
huésped.

ANGELITA. ¿Sí?

PATROCINIO. Mi sobrina;
una chica lo más buena,
más amable, más sencilla...

JULIO. ¡Cielos! Mi suegra de vuelta.

PATROCINIO. ¿Eh?

ANGELITITA. ¿Qué?

JULIO. Nada. Tu mamita.

LUDOMILIA. ¡Ay! ¡Qué escalera, Dios mío!
Vaya, por fin te encuentro, hija.
¡Hacerme buscarte así!
¡Decir que estabas en misa!

ANGELITITA. Mamá...

LUDOMILIA. ¡Qué tunante!

ANGELITITA. El tío
de mi esposo.

LUDOMILIA. Tanta dicha.

JULIO. Mi suegra.

PATROCINIO. Señora...

LUDOMILIA. Conque
usted el tío... (Qué familia
más antipática) Vaya.
Pues tiene usted una alhajita
en su sobrino...

PATROCINIO. ¿Eh?

JULIO. ¡Señora!

LUDOMILIA. Dame un poco de agua, hija.

JULIO. (Así te dieran arsénico) (Angelita entra
la izquierda)

- LUDOMILIA. Hacerme oír una misa
de balde.
- JULIO. Pero si yo...
- ANGELITA. ¡Ay, Dios mío! (*Saliendo muy alterada*)
- TODOS. ¿Qué?
- ANGELITA. ¡Santísima
virgen!
- TOLOS. ¿Qué?
- ANGELITA. ¡Mi lavatorio
en pedazos!
- LUDOMILIA. ¡Virgen mía !
- PATROCINIO. ¿Es posible?
- JULIO. (¡Los estragos
del ogro de mi vecino!)
- ANGELITA. Venga usted a ver... (*Entra con Ludomilia
la izquierda*)
- JULIO. (*A Don Patrocinio*) ¡Cielo santo!
¡Sálveme usted!
- PATROCINIO. (*Sorprendido*). ¡Carambita!
¿Eh?
- HILDEBRANDA. (*Asomando*) ¡Shit!
- JULIO. (*A Hildebranda*) ¡Ocúltese usted!
- PATROCINIO. ¿Con quién hablas?
(*Volviendo la cara sin ver a nadie*)
- JULIO. ¡Ay, qué día!

LUDOMILIA. ¿Que no ha entrado?

JULIO. (No me deje usted en mentira,
por favor) ¡Si la he llevado yo!

LUDOMILIA y
ANGELITA. ¿Sí?

JULIO. Sí. ¡Si a la salida
perdió el pañuelo!

PATROCINIO. ¿Perdió
el pañuelo? (¡Qué mentira!)

LUDOMILIA. ¿Y el lavatorio?

JULIO. ¿El...? ¡Buscando
el pañuelito, hice trizas
el lavatorio! ... Aturdido,
nervioso...

PATROCINIO. (¡Si mi sobrina no ha entrado allí!)

LUDOMILIA. Pues parece... (*Ruido en la. de-
recha*)

ANGELITA. ¡Ay!

LUDOMILIA. ¡Ay!

PATROCINIO. ¿Qué es?

JULIO. (¡La vecina!
¡Ay, Dios mío!)

LUDOMILIA. ¿Pero quién
está dentro?

ANGELITA. ¿Quién?

JULIO. (¡Que siga
la trama!)

ANGELITITA.

Cerrado.

JULIO.

¡Claro!

Ahí está... ¡la sobrina
de mi tío!

PATROCINIO.

¿Eh? ¿Cómo?

LUDOMILIA y
ANGELITITA.

¿Cómo?

JULIO.

(Todo por todo) Rosita.

PATROCINIO.

¡Pero hombre! ... ¿Dices que está
mi sobrina?....

JULIO.

Su sobrina;
sí señor.

PATROCINIO.

¡Pero! ...

JULIO.

(¡Por Dios
tío, no me contradiga)

PATROCINIO.

(Pero, o estoy loco o no sé
lo que me sucede en Lima)

JULIO.

¡Rosita! (*Llamando la Derecha*)

PATROCINIO.

(A Julio) Pero si Rosa...

JULIO.

(¡Por favor!) ¡Si está metida
aquí!

PATROCINIO.

(¡Pero qué capricho!)

JULIO.

Ve usted. (*Sacando de la mano a Hilde-
branda*)

PATROCINIO

¿Eh?

JULIO. (A Hildebranda) (Por favor vecina
apóyeme usted)

HILDEBRANDA. Señoras...

PATROCINIO. (¡Pero si ésta no es Rosita!)

JULIO. (Cállese usted) Mi estimada
prima... (No me contradiga)

HILDEBRANDA. Tanto placer....

PATROCINIO. (¡Pero estoy
viendo visiones! ... ¡Rosita
ésta!)

LUDOMILIA. (¡Aquí hay algo!)

ANGELITITA. ¿Y qué tal
el viaje?

JULIO. Muy aburrida
la travesía...

ANGELITITA. ¿Sí?

HILDEBRANDA. Sí.

PATROCINIO. (¿Pero quién es la sobrina
que me cuelgan!)...

JULIO. (Sólo falta
la otra)

LUDOMILIA. (Aquí hay una intriga)

ESCENA XI

Dichos y Tranquilino, entrando, furioso.

TRANQUILINO. ¡Por fin la hallo a Ud. infiel!

JULIO. (¡Demonio!)

TODOS. ¿Qué?

HILDEBRANDA. (¡Mi marido!)

JULIO. (¡El marido!)

TRANQUILINO. (A Julio) ¡Y me decía
Ud. que no estaba, pillo!
¡No sé cómo no lo aplano!

ANGELITA. ¿Pero quién es?

PATROCINIO (¡Otro lío!)
(¡Cuando yo digo que hay días aciagos!)...

JULIO. (¡Estoy lucido!)

TRANQUILINO. ¡Venga usted acá mala esposa!

LUDOMILIA. ¡Cómo!

ANGELITA. ¿Su esposa?

JULIO. (¡Dios mío!)

TRANQUILINO. ¡No sé cómo me contengo
para no emprenderla a tiros!

LUDOMILIA. ¡Qué hombre!

JULIO. (¡Vamos! Decisión)
¡Suelte usted! ...

- TRANQUILINO. ¿Eh?
- JULIO. ¡Vea usted tío
lo que hacen con su sobrina! ...
- HILDEBRANDA. Sí tío; por Dios, auxilio!
- TRANQUILINO. ¡Tu tío!
- PATROCINIO. (¡Esto me faltaba!)
- LUDOMILIA. ¿Pero este hombre es el marido
de su sobrina?
- PATROCINIO. ¿Eso? ¡Quia!
¡Si ella es soltera!
- JULIO. (¡Me asfixio!)
- ANGELITA. Explíquese Ud. entonces...
- LUDOMILIA. ¡Justo!
- PATROCINIO. ¡Eso es!
- TRANQUILINO. ¡Pero qué líos
arman Uds!. ¡Esta es
mi esposa!
- JULIO. ¡Falso!
- TRANQUILINO. ¿Eh?
- LUDOMILIA. Su tío
es el señor. ¿No es soltera
su sobrina?
- PATROCINIO. ¡Claro!
- TRANQUILINO. ¡Y digo

PATROCINIO ;Yo no soy tío de nadie!

ANGELITA. Pero explique...

JULIO. (¡Me he caído!)

PATROCINIO. ¿Que explique? ... ¡Después! ¡Por carta!
¡Me vuelvo al norte! ... (Trata de irse, lo contienen)

¡Me vuelvo al norte! ... (Trata de irse, lo contienen)

TRANQUILINO. ¡Yo impido la salida! ...

ESCENA XII Y ULTIMA

Dichos y Rosita por el foro.

ROSITA. ¡Tío!

JULIO. (;Horror!)

PATROCINIO. ¡Sobrina! Ven en mi auxilio.

ANGELITA. ¿Otra sobrina?

LUDOMILIA. ¿Esta es otra?

PATROCINIO. ¡Qué otra ni qué pepinos!
¡Esta es mi única sobrina!
¿No es verdad? ...

¡Esta es mi única sobrina!

¿No es verdad? ...

ROSITA. Sí.

ANGELITA. (A Julio) ¿Tú no has dicho? ...

JULIO. (¡Se ha descubierto el pastel!)

LUDOMILIA. ¿Ves? ¡Cosas de tu marido
de seguro.

ANGELITA. (*A Hildebranda*) ¿Usted es su esposa?

HILDEBRANDA. Sí.

TRANQUILINO. ¡Pues claro!

ANGELITA. ¡Y el muy pillo
la tenía oculta allí! ...

TRANQUILINO. ¿Conque allí? ¡Lo descuartizo!

PATROCINIO. ¡Caracoles!

JULIO. ¡Ay!

HILDEBRANDA
y ANGELITA. ¡Por Dios!

TRANQUILINO. ¡Lo mato!

JULIO. ¡Basta de líos!

LUDOMILIA
y ANGELITA. ¡Explíquese usted! ...

JULIO. A eso voy.
El señor es el marido
de la señora; esta niña
mi prima; el señor mi tío.
(*A Angelita*)
Cuando Ud. se fue de aquí
después de reñir conmigo,
apareció esta señora
solicitando mi auxilio,
pues por lo visto el señor
es una especie de erizo...

TRANQUILINO. ¡Oiga usted...!

JULIO. (Si me interrumpe
le echo a mi suegra) Prosigo:
Creyendo evitar disgustos
la oculté. Se armó este lío,
y... en fin, luego acabaré
de contar lo sucedido.

TRANQUILINO. Pero...

LUDOMILIA. Pero...

JULIO. No hablo más.
(A Angelita) ¿Tú me crees?

ANGELITA. ¿Yo? ... Sí. Fío
en ti. Basta ya de riñas. (Se abrazan)

HILDEBRANDA. (A Tranquilino) ¿Y tú?

TRANQUILINO. ¿Yo? ... ¡Yo no lo expreso
porque... creo!

LUDOMILIA (A Patrocinio) ¿Y Ud. cree?

PATROCINIO. ¡A mí no meterme en líos!

JULIO. ¡Basta de farsas!

PATROCINIO. ¡Valiente
domingo siete!

JULIO. No, tío;
eso que lo digan otros.

TODOS. ¿Otros?

JULIO. Otros. Los testigos...

(Al público)

Aunque es un fallo temido
justo es que a él me sujete:
que un aplauso inmerecido
pruebe que fatal no ha sido
por hoy, un *Domingo siete*.

LA SALSA ROJA

(Humorada cómico-lírica en un acto y
más de cinco cuadros, en prosa).

PERSONAJES:

Lola
Ninette
Clarita
Emeteria
Reméndez
Don Corbiniano
Botelino
Luis
López
El transpunte
Roque
Mozo 1o.
Mozo 2o.
Un corista
Coro

CUADRO I

Una casa quinta. La escena supone uno de los patios, separado de la carretera por anchas verjas de madera y gran puerta. Uno o dos árboles. A la derecha la casa. (Derecha e izquierda la del actor).

ESCENA I

Emeteria, Clarita, Don Corbiniano y Botelino

(Dos maletas. Varios paquetes de ropa que colocan Emeteria y Botelino en las maletas. Clarita, sentada, borda. Don Corbiniano lee un periódico).

D. CORBINIANO. *(leyendo)*... "Y promete ser un éxito la nueva producción escénica, cuyo autor guarda rigurosamente el incógnito. Asimismo se reserva el nombre de la obra, pero podemos adelantar que su título es la "Salsa Roja". Se estrenará mañana. Se estrena hoy..."

EMETERIA. ¡Supongo que no aprovecharás tu ida a la ciudad para ir al teatro!

D. CORBINIANO. Hace tanto tiempo que estoy desterrado aquí, que no veo por qué no aprovechar y darme un rato de esparcimiento...

EMETERIA. ¿No lo decía yo? ... ¡Ay Corbiniano, Corbiniano, siempre serás el mismo! ...

CORBINIANO. Mientras la Metempsícosis no sea un hecho, siempre seré el mismo.

BOTELINO. ¿Metem... qué, tío?

EMETERIA. No preguntes nada; alguna nueva invención de mi marido.

D. CORBINIANO. ¡Mujer! ... ¡Y quiera usted ilustrar a la familia! ...

EMETERIA. ¡El teatro, el teatro! ... ¡No sé qué les haría a los hombres que van al teatro! ...

D. CORBINIANO. El teatro es la escuela de las buenas costumbres, ¡la enseñanza de las buenas formas! ...

EMETERIA. Sí; la enseñanza de las buenas formas. ¡Buenos están los teatros! ¡Y ahora con ese género de baile y con esos trajecitos que usan las artistas! ... ¡No me negarás que los periódicos dicen todos los días que las artistas salen siempre de mallas! ...

D. CORBINIANO. Lo escandaloso sería que salieran sin ellas...

EMETERIA. ¡Se ven cosas más bonitas! ...

D. CORBINIANO. Ese es otro asunto. A quien se las dejan ver. Por cierto que de mí no puede decirse que he visto nada de teatro hace mucho tiempo...

EMETERIA. Ni lo verás, Dios mediante. Si sospechara que ibas al teatro, ¡sería capaz de ir a la ciudad para sacarte de los cabellos!

D. CORBINIANO. ¡Emeteria!

EMETERIA. Dame el cepillo.

BOTELINO. Tenga usted, tía.

EMETERIA. Y yendo con Botelino, con esta pobre criatura enferma. Una mala noche, la menor imprudencia podría ser causa sabe Dios de qué... ¡Pobre sobrino mío! ...

CLARITA. ¡Pobre Botelino!

BOTELINO. ¡Tía! ¡prima! ...

EMETERIA. ¡Pobre! ¡Que manchas el bordado! ¡niña!

D. CORBINIANO. Es verdad... ¡Pobre Botelino! Nada temas; no lo llevaré nunca al teatro... Lo dejaré en el hotel cuando yo vaya.

EMETERIA. ¡Cuando tú vayas! ...

D. CORBINIANO. Cuando yo vaya a cualquier parte...

EMETERIA. ¿No lo digo, no lo digo? ... ¡Si no sé cómo me contengo y no voy contigo a la ciudad! ...

D. CORBINIANO. (¡No, Dios mío!)

EMETERIA. ¡Ay, qué hombre, qué hombre! ... Dame ese paquete. (*A Botelino*)

CLARITA. Ya está el bordado del pañuelo, mamá. (*Se lo entrega*)

EMETERIA. Es un regalo de tu prima. Para que no lo olvides...

BOTELINO. Gracias, primita...

EMETERIA. Vamos adentro, a ver si falta algo y a cerrar las maletas. Roque no debe tardar ya con el carro, y la diligencia sale del pueblo dentro de media hora... ¿Te sientes bien, hijo mío? ... (*A Botelino*) ¿No has sentido hoy esos mareos que te dan?

BOTELINO. No, tía.

EMETERIA. ¡Alabado sea Dios! ... Vamos, hijos, vamos.

ESCENA II

(*Don Corbiniano luego Botelino*)

D. CORBINIANO. ¡Siete años! ... ¡siete años sin ir a

la ciudad! ... ¡Yo a la ciudad, ir al hotel, ir al hotel; hacer vida de viudo siquiera por algunos días! ... ¡Gracias Dios mío!

BOTELINO. ¿Está Ud. rezando, tío?

D. CORBINIANO. Sí; rezando porque no te cures nunca.

BOTELINO. Tío.....

D. CORBINIANO. ¿Es cierto que estás enfermo? ... Porque yo apenas puedo creerlo.

BOTELINO. Le diré a Ud., tío...

D. CORBINIANO. Habla, habla. No viene nadie.

BOTELINO. Estoy... ¡pero no tanto! ...

D. CORBINIANO. ¿De veras?

BOTELINO. Sí tío, estoy enfermo... pero he fingido un poquito más porque yo tenía deseos de ir a la ciudad... Perdóneme Ud., tío.

D. CORBINIANO. ¡Que te perdone! ... ¡Si al contrario! ¡Qué peso me quitas de encima! ¡Nada tengo que perderte! ...

BOTELINO. ¿No?

D. CORBINIANO. ¡No! ... ¡Ya verás en cuanto lleguemos a la ciudad... Porque allí no hay tío ni sobrino! dos hombres ¡dos hombres iguales! ¡Ven a mis brazos!

BOTELINO. ¡Tío!

D. CORBINIANO. ¡Sobrino! ... Vaya, vamos a alistar-

fin.

ESCENA III

(Luis, Lola, Ninette y coro general. Lola y Ninette vestidas con trajes caprichosos de cupletistas. Falda corta)

Música

- CORO. ¡Qué mujeres, qué modales!
¡Qué manera de vestir!
- LOLA. NINETTE. En qué pueblo hemos caído.
- LUIS. Es forzoso estar aquí.
- CORO. Ay qué faldas, ay qué escotes!
y qué modo de lucir.
- LOLA. NINETTE. No acercarse, no tocarnos.
- LUIS. Si queréis tocadme a mí.
- CORO. Pero referidnos
qué os aconteció.
- LUIS, LOLA y
NINETTE. Todo ha sido cosa
de un mal tropezón.
- LUIS. Estas señoras
que veis aquí.
- LOLA. NINETTE. Y el caballero
que es un pillín.
- LUIS. Salimos juntos
de la ciudad.
- LOLA. NINETTE. En el carruaje
que visteis ya.
- LUIS. De las vidas arrastradas
la del coche es la mejor
y rodábamos alegres
por el campo y su verdor.
- LOLA NINETTE. Cuando repentinamente

cierta piedra que surgió
una rueda delantera
del carruaje nos rompió.

LUIS, LOLA y
NINETTE.

Y rodamos por el suelo
y aquí estamos pues con la
delantera en mal estado
no podemos continuar.

TODOS.

De la vida, etc.

CORO.

¡Qué barbaridad!
¡Vaya un tropezón!
¡Yendo en esos trajes
dar un revolcón!

LUIS, LOLA y
NINETTE.

¡Qué fatalidad!
¡Qué complicación!
De nuestras caídas
ésta es la peor.

(Hablado)

Eso es todo, honrados ciudadanos del campo, ya lo sabéis. Ahora dejadnos pedir en esta quinta lo que necesitamos y gracias por la compañía (vase coro).

LUIS. ¡Ah de casa! ... ¿Se puede pasar? ... Lola, Ninette, entremos. Parece que la gente está por adentro. Aquí encontraremos lo que buscamos.

LOLA. Por fin hemos llegado a esta quinta...

NINETTE. Estoy deshecha.

LUIS. El que ha quedado deshecho es nuestro coche.

LOLA. ¡Valiente paseíto matinal!

NINETTE. Y con estos trajecitos.

LUIS. El paseo comenzó muy bien. Si no hubiera sido

por ese desmonte de eje del coche que se le ocurre partirse en dos... El pueblo está cerca felizmente y allí habrá alguna diligencia que nos conduzca a la ciudad.

NINETTE. Pero ir con estos trajes...

LUIS. Por eso hemos venido a esta quinta. No faltará una buena gente que quiera proporcionarnos un par de trajes para que os cubráis.

NINETTE. Pero no sale nadie... Y yo me muero de fatiga. Me tomaría un vaso de leche.

LOLA. Sí, sí, para lechecitas estamos ahora! ...

ESCENA IV

(Dichos y don Corbiniano)

CORBINIANO. ¡Zambombazo!

LUIS. ¡Diantre!

D. CORBINIANO. Pero... ¡qué veo! ... esa cara... ¡Si es Luis! ...

LUIS. ¡Calle! ... ¡Don Corbiniano! ... ¡Tanto tiempo sin verle!

D. CORBINIANO. ¡Tú por aquí! ¡Con dos señoritas y en esos trajes! ...

LUIS. ¡Ay, Don Corbiniano! ... Estas señoritas son dos estrellas vaudevillistas.

D. CORBINIANO. Vo..., ¿de qué?

LUIS. Del teatro del vaudeville.

LUIS. (Un antiguo amigo. Nos hemos salvado) Querido don Corbiniano, le presento a Ud., a las estrellas...

D. CORBINIANO. Señoritas, tanta dicha.....

LOLA. Lola N...

NINETTE. (id) Ninette N...

D. CORBINIANO. Servidor... (a Luis) (¿Son hermanas?)

LUIS. (No)

D. CORBINIANO. ¿Cómo las dos se apellidan N...?

LUIS. (Eso es N entre las vaudevillistas)

D. CORBINIANO. ¿Sí? (Pero qué originales y qué simpáticas son estas vode... ¡vodevillistas!) ¿A qué debo el placer de...?

LUIS. ¡Ah, don Corbiniano!
(Ayudadme)

LOLA. ¡Una desgracia!

NINETTE. ¡Un hecho nefasto!

LUIS. Va usted a saber lo que nos ocurre. Estas señoritas que actúan en el vaudeville, ensayaban esta mañana; yo voy a visitarlas, las encuentro al terminar el ensayo y se me ocurre una idea...

LOLA. Una idea diabólica...

NINETTE. ¡Inaudita!

LUIS. Dar una vuelta en coche por el campo con las señoritas en esos trajes. La idea puesta en ejecución, el coche puesto a rodar, y nosotros al cabo de hora y media rodando también, por rotura del carruaje, y peregrinando en pos de unas ropas menos llamativas que éstas.

LOLA. Esa es toda la historia.

LUIS. Y de Ud. depende únicamente el salvarnos de este apuro. (¡Al asalto!)

LOLA. ¡Sí, don Corbiniano! ¡Tiene usted nuestra salvación en sus manos! ...

NINETTE. ¡Ud. solo puede salvarnos!

LUIS. (¡Esto marcha!)

LOLA. ¡En usted confiamos, Don Corbiniano!

NINETTE. ¡A usted nos entregamos, Don Corbiniano! ...

D. CORBINIANO. (¡Uy! Ya se me confían, ya se me entregan... Pero qué bonitas y qué confiadas son estas vode... ¡vodevillistas!)...

LUIS. ¡En las manos de Ud. está la suerte de estas pobres estrellas!

D. CORBINIANO. (¡De estas pobres estrellas! ... ¡Yo me siento cometa!)

LUIS. ¡Contamos con Ud.!

NINETTE. ¡Sí, contamos con Ud. Don Corbiniano!

LOLA. ¡Don Corbinianito!

D. CORBINIANO. (¡Ya me corbinianean! ...) vamos a ver, ustedes necesitan...

LOLA. Unas faldas...

NINETTE. Unos abrigos...

LUIS. Unas prendas de su señora...

D. CORBINIANO. Sí, pero... ¡Ah, querido Luis; ah, queridas señoritas vaudevillistas! Mi mujer... ¡no es una mujer! ...

LOLA y NINETTE. ¿Cómo?

LUIS. ¡Un fenómeno!

D. CORBINIANO. Tú lo has dicho: un fenómeno, por lo fenomenal de su genio. Apenas le diga yo algo y se entere de que estas señoritas son del vaudeville... ¡No van a ser estrellas vaudevillistas las que voy a ver yo...!

LUIS. ¡Demonio!

ESCENA V

(*Dichos y doña Emeteria*)

EMETERIA. ¿Eh?

D. CORBINIANO. (Tableau. Ni evocada. Crisis doméstica)...

EMETERIA. Caballero... ¿Quiénes son estas huéspedes?

D. CORBINIANO. ¿Huéspedes? ... Sí. (¡A mí sí que me ha caído la huésped!) Verás. Estas señoritas son unas estrellas, étoile del género francés; mucho de aquí, mucho de acá, mucho... (mucho cuento es tener una mujer como la mía) Las señoritas N... La señora Eme... Emeteria, mi esposa. (Valiente chubasco).

EMETERIA. Señoritas... (¡Qué trajes!)

LOLA. ¿Se conserva Ud. buena?

NINETTE. Servidora... (*Dándole la mano fríamente, ambas*)

EMETERIA. (¡Qué modales!)

LUIS. Señora... Para usted será una sorpresa vernos, y vernos tan de confianza.

EMETERIA. Cierto; tan de... confianza (¡Y tan de poca vergüenza!) (¡Qué trajes señor, qué trajes...!)

D. CORBINIANO. (A éste le pega). Te diré, estas señoras...

LUIS. Justo estas señoras... Es decir, como señoras, no son señoras...

LOLA y NINETTE. ¿Eh?

LUIS. Señoritas... Un suceso inesperado. (Aquí de mi inventiva. Apoyadme en todo). Un suceso inesperado, repito... Una gran noche teatral; sala llena; yo empresario: estas señoritas divettes... Un final de función entre aplausos; palmas, sombreros, aclamaciones: las señoritas poco menos que en peso...

Y luego el peso de una desgracia... Una serie de partes telegráficas anunciando que su madre, la madre de ellas enferma, empeora, agoniza... mientras ellas ¡tristes! ¡se sienten acariciadas todavía por el eco de las ovaciones! ... ¡Yo que las acaricio, digo, yo que las consuelo, ellas que se privan... y un cochero que nos ofrece su vehículo para llevarnos al pueblo donde se halla agonizando la muriente!... El tiempo vuela, las señoritas no tienen tiempo de cambiar ropa, subimos así al carruaje y ¡hala! por esos campos en medio de la negrura de la noche negra...

D. CORBINIANO. ¡Toda una tragedia! ...

EMETERIA. En efecto... y muy sentimental. ¿Ustedes son hermanas?

LOLA. No, señora... ¡Digo, sí, señora! Hermanas de padre.

LUIS. (De madre).

LOLA. ¡De padre distinto!

EMETERIA. ¿Y...? ¿Falleció la madre de estas señoritas?

LUIS. ¡Quia! No nos habíamos fijado en la dirección de los telegramas. Se trataba de la madre de unas compañeras. ¡En los primeros momentos nos olvidamos de que la madre de estas señoritas ha muerto hace muchos años!

EMETERIA. ¿Sí?

LUIS. Eso mismo pensamos nosotros. Con que hicimos noche en el pueblo y esta mañana volvimos a tomar el carruaje de vuelta a la ciudad, pero a mitad del camino se le rompió el eje, y aquí nos tiene usted como él: partidos por el eje...

D. CORBINIANO. Lo que estas señoritas necesitan son unas faldas o unos abrigos para ir al pueblo a tomar la diligencia.

LOLA. Eso es.

EMETERIA. Hum... ¡Ven acá! ¿Tú conoces a esta gente?

D. CORBINIANO. A ellas, no; pero a él sí le conozco bastante. Al fin y al cabo lo único que piden son unas faldas...

EMETERIA. Me parece a mí que éstas son de las que se levantan con las faldas...

D. CORBINIANO. ¡Mujer!

EMETERIA. Y con los abrigos. Tienen cara de no ser buenas cristianas y levantarse con lo que se les preste... ¿Usted dice que son? ...

LOLA. Etoiles.

EMETERIA. ¿Etoiles? (Nada bueno de seguro) ¿Y ustedes bailan?

LOLA. Bailamos en la punta de una uña.

NINETTE. Dominamos todos los géneros de baile.

D. CORBINIANO. Les basta con que les den el pie...

LUIS. (Que mete usted la pata).

EMETERIA. ¡Corbiniano! ¡No des pie con ciertas cosas! ...

LUIS. Pero no es el baile lo único que dominan. ¡Ah, la música! ... Hay que oírlas con los grandes maestros: ¡Chopin, Bellini! ...

LOLA. ¡Ah! ¡Bellini! ¡Bellini!

NINETTE. ¡Chopin! ¡Chopin!

LUIS. Y no sólo los clásicos. Hay que escucharlas con los modernos, con los ligeros: ¡Chueca, Valverde, Velaverde, Mazzini, Mazzantini, La Mar!

D. CORBINIANO. (¡Qué, La Mar ha sido General, hombre!)

LUIS. Digo que la mar, la mar de músicos. ¿Quiere Ud. oírlas?

EMETERIA. Por mí no se molesten.

LOLA. No es molestia ninguna. Va Ud. a oírnos, le cantaremos "El Cucú"

Música

LOLA y NINETTE. El Cucú, señora,
si lo ignora Ud.,
es en apariencia
como el cacahuet.
Tiene su corteza
y su cascarita
y debajo de ésta
saca su pepita.
A los negros más tostados
en el Africa Central
el cucú les gusta tanto
que se suelen empachar.
Si remedio les ofrecen
sus mujeres de betún
ellos se echan en hamacas
y les piden el cucú.

No seas mala,
dámelo tú,
dámelo ya,
dame cucú
y dime cú...

Cuándo me lo vas a dar.

TODOS.

No seas mala,
dámelo tú, etc.
Si del Africa se importa
puede ser que llegue aquí
y en los bares nos lo sirvan
con patatas o maní.
Y en habiendo aficionados,
a la hora del vermut,

mucha gente ofrecería
 el maní por el cucú.
 Si así lo quieres,
 cámbialo tú,
 cámbialo ya;
 dame cucú
 o dime cú.
 Cuándo me los vas a dar.
 Si así lo quieres
 cámbialo tú, etc.

Hablando.

D. CORBINIANO. (*Canturreando*) Dame "Cucú, dame cucú"

LUIS. Ya las ha oído Ud... ¡Ah! y también poseen el bel canto.

LOLA. ¿El bel canto?

LUIS. ¡El bel canto! ¡Naturalmente! El canto—bel, el de Bellini...

EMETERIA. (Me parece que nos han caído unas pájaras cantoras) Bien lo que ustedes necesitan es algo con qué cubrirse ¿verdad?

LOLA. Sí, señora, un abrigo cualquiera.

D. CORBINIANO. (¡Qué abrigo la ofrecería yo!)

EMETERIA. ¡Vaya! Voy a buscarles algo... (Si no estuviera segura de que mi marido no conoce a estas pajaracas).

D. CORBINIANO. (¿Pero no las haces pasar? ¿Vas a permitir que se vistan aquí, al fresco?)(*A Emeteria*)

EMETERIA. (¿Fresco? ... ¡Me parece a mí que más fresco que ellas y su acompañante! ... ¡Hum!)

Voy por la ropa.

ESCENA VI

(Dichos menos doña Emeteria)

D. CORBINIANO. Que conste que no ha quedado por mí.

LOLA. No; ya lo hemos visto; por Ud. no ha quedado.

D. CORBINIANO. Ni podía quedar... ¡Ay! ... Qué feliz eres Luisito.

¡Si! yo tuviera tu edad... tu presencia... tu... en fin todo lo tuyo! ...

LUIS. ¡Don Corbiniano!

D. CORBINIANO. ¡Sí! Porque estas señoritas, divettes, etoiles, vaude... vaudevillistas... ¡lo que quieras! son guapísimas; Uds. son... (Oye). (¿Con cuál de las dos te espontáneas?)

LUIS. ¡Hombre! ¡Con la que Ud. quiera!

D. CORBINIANO. ¡No! si trato de que no sea con la que yo quiero.

LUIS. ¿Sí, eh? ¡Adúlteramente! ... Escoja Ud. la que más le acomode.

D. CORBINIANO. Es que me acomodarían las dos.

LUIS. Pues depende del modo de acomodarse.

D. CORBINIANO. Se trata de que yo también tengo que ir ahora a la ciudad y... *(siguen hablando)*

NINETTE. ¡Dichosa excursionista! *(a Lola)*

LOLA. ¡Y que puedes repetirlo: Valiente caída la mía!

NINETTE. Es que tú a veces tienes unas caídas...

LOLA. Sí; aparte de las de ojos. Creo que me he lastimado aquí esta pierna.

NINETTE. La derecha.

D. CORBINIANO. ¿Conque dices que Lola? ... ¿Cuál es

Lola?

LUIS. La de la derecha.

D. CORBINIANO. ¡Huy! ... Basta. ¡Yo voy con ustedes al pueblo, a la diligencia, a la ciudad, al teatro, a todas partes!

LUIS. ¡Con Corbiniano! que puede oír su esposa, su señora...

D. CORBINIANO. ¡Que me oiga! ¡Aquí no hay esposa, aquí no hay señoras!

¡Yo las acompaño a ustedes!: yo soy su acompañante, su esclavo! Su... Su... suplico a Uds. que no crean que mi esposa tarda un minuto con...

ESCENA VII

(Dichos y doña Emeteria con dos abrigos de señora. Luego Roque.)

EMETERIA. Corbiniano...

D. CORBINIANO. Les decía a estas señoritas...

EMETERIA. ¡Corbiniano! ...

D. CORBINIANO. Les explicaba...

EMETERIA. ¡Corbiniano! ... ¡Adentro!

Aquí tienen Uds. lo que he podido encontrar. Dos abrigos.

LUIS. Señora, tantas gracias y mil perdones por la molestia.

LOLA. Muchas gracias. Toma. (Vamos a quedar como unas ensacadas)... (Se ponen los abrigos. Se oye ruido de colares de mulas al foro).

ROQUE. (gritando hacia fuera). ¡So! ¡Sooo! ¡"Sucedora", quieta! ¡Malditas bestias! . Perdón, que no había reparado en Uds.... Buenas a la compañía.

EMETERIA. Roque. ¿Está ya todo listo?

ROQUE. La carreta aguarda al lado de la tapia. No la traigo hasta la puerta porque no sé qué tábano le ha picado a la "Sucedora". ¡Maldita mula! ¡que se me atasca en todas partes y no la hace salir ni su padre! ...

EMETERIA. ¡Roque!

LOLA. (¡Qué animal!)...

ROQUE. ¡Sooo... Que es a las bestias! ¿Están listos los viajeros?

EMETERIA. Deben estar listos; voy a verlos... (A Lola y Ninette). ¿Les vienen los abrigos?

LOLA. Sí señora, sí. Muchísimas gracias por todo.

ROQUE. (¿Quiénes serán estas papagayas?)

EMETERIA. ¡Botelino! ¡Clarita! ¡Corbiniano!

ESCENA VIII

(*Dichos. Botelino, Clarita, Don Corbiniano y Coro general al fin. Botelino sale con una maleta en cada mano. Corbiniano sale de espaldas con un maletín.*)

BOTELINO. Tía ya estamos... (¡Dos señoritas!)

CLARA. (¡Gente de fuera!)

D. CORBINIANO. ¿Puedo salir ya? ...

EMETERIA. Ven acércate. (*A Botelino*) Mi sobrino...

BOTELINO. (¡Qué bonitas señoras!)

CLARA. (¡No mires tanto Botelino!)

LUIS. ¿Uds. también van al pueblo?

D. CORBINIANO. Para tomar la diligencia vamos a la ciudad.

LUIS. ¡Calle! Pues creo que vamos a deberles otro servicio...

EMETERIA. No; creo que no. ¡No se marcha mi esposo todavía! ... Y Uds. estarán apurados...

D. CORBINIANO. ¿Cómo que no nos marchamos todavía?

BOTELINO. ¿Que no?

EMETERIA. El carro es muy endeble y no podría soportar el peso de cinco personas.

LUIS. Si es así...

ROQUE. ¿Cómo endeble? ¡El carro soporta todos y a mí encima!

EMETERIA. (¡Cállate animal!)

ROQUE. ¡Que no pise Ud.!

BOTELINO. (¡Qué bonitas, qué bonitas!) Tiene razón Roque, tía. El carro es muy resistente...

EMETERIA. ¡Tú que sabes!

LUIS. (Esta señora es insufrible, yo la obligaré a ceder). Bueno, de todos modos y abusando de la fineza de Uds. yo rogaría a estos señores que cedan sus asientos a las señoritas. Los hombres podemos ir a pie detrás del carro.

D. CORBINIANO. ¡Eso es!

EMETERIA. ¿Detrás del carro? Sí; pero mi sobrino está muy débil y no podrá ir a pie.

BOTELINO. Sí tía, ¡Sí puedo ir!

EMETERIA. (¡Tú no me contradigas!) Padece de una debilidad general a las piernas. ¿No es cierto?

BOTELINO. Cierto... No podría ir a pie detrás. Tendría que ir en el carro junto con estas señoritas.

EMETERIA. ¡Botelino!

CLARITA. ¡Botelino!

LUIS. Vaya, señora, ya veo que si no es más que eso podemos ir perfectamente; a menos que Ud. tenga otras razones poderosas para impedirlo...

LOLA. ¿Qué teme Ud., que su esposo vaya a perderse en nuestra compañía?

NINETTE. ¿Cree Ud. que podamos devorar al niño por el camino? ...

BOTELINO. (¡Ay, devorarme! ¡Qué rico!)

EMETERIA. (¡Desvergonzadas!) ¿Yo? ¿yo temores? ¡Vayan, vayan todos en el carro ahora mismo!

D. CORBINIANO. ¿De veras? ¡Adiós!

EMETERIA. ¡Qué apuro!

D. CORBINIANO. ¡No mujer! Es sólo la efusión de este momento de la partida! ...

BOTELINO. ¡Adiós, primita!

CLARITA. ¡Que no me olvides! ...

BOTELINO. ¡Adiós, tía!

LUIS. Señora...

LOLA. De nuevo muchísimas gracias...

NINETTE. Señorita...

EMETERIA. Adiós, adiós. Vayan Uds. con Dios. No olvidar mis recomendaciones. (*salen*)

Música

(Coro general por el foro)

CORO. Ya se van los forasteros
ya se van a la ciudad
se han cubierto las señoras
y no hacen nada ya.

EMETERIA. Y se marchan, ya lo has visto.

CLARITA. Sí, mamá.

EMETERIA. ¡Bonito par!
Y se van con Botelino, con tu padre.

CLARITA. Sí, mamá.

CORO. Como Roque guía el carro
no hay temor de tropezar
y como ellas van cubiertas
no habrá mucho qué mirar.

ESCENA ULTIMA

(Doña Emeteria, Clarita)

EMETERIA. ¡Y se han salido con su gusto! ... ¡Y se van juntos!
¡Clarita!

CLARITA. ¿Mamá?

EMETERIA. ¡Vístete! ¡Nos vamos a la ciudad en la diligencia siguiente!

CLARITA. ¡Pero mamá! ...

EMETERIA. ¡No me repliques! Nos vamos en la siguiente...
¡Ay esposo, esposo mío, si llego a cogerte en alguna! ¡Vamos, vamos a vestirnos! ... *(Entran en la casa)*

Mutación

CUADRO II

—Telón corto—

(Un pasadizo en un hotel.— Tres puertas numeradas con el 15, 16, 17)

ESCENA I

(Reméndez y López. Reméndez sale por el 16 empujando desde adentro. Le arrojan desde adentro también dos bultos pequeños envueltos en pañuelos).

REMEÑDEZ. ¡Pero hombre! ... ¡Cuidado que hay objetos frágiles en el equipaje! ... ¡Esta gente no tiene entrañas! ...

¡Ponerme en la calle así! ... (*Sale López*).

¡Pero señor de López, por amor de Dios! ...

LOPEZ. ¡Yo no soy el señor López! ¡Soy el Gerente, el subpropietario, el único responsable de la marcha regular del hotel! ...

REMEÑDEZ. ¡Pero señor de López, reflexione usted que ya esto no es una marcha regular, mi marcha es una marcha forzada.

LOPEZ. ¡Lo hemos soportado a Ud. doble que a otros antes que dar este paso! ...

REMEÑDEZ. ¡Por eso es que este paso me resulta una salida de paso doble! ...

LOPEZ. ¡Tres meses! ¡Tres meses sin dar a cuenta siquiera un peso!

REMEÑDEZ. En cambio Ud. no podrá decir que me ha quitado nunca un peso de más.

LOPEZ. ¡No tiene Ud. vergüenza!

REMEÑDEZ. ¡No, señor!

LOPEZ. ¡Ni dignidad!

REMEÑDEZ. Tampoco.

LOPEZ. ¿Pero tiene Ud. cara para confesarlo?

REMEÑDEZ. Es lo único que me queda: cara; porque en cuanto a estómago...

LOPEZ. ¡Ya puede Ud. ir a contar que lo ha perdido en este hotel!

REMEÑDEZ. No, señor. Lo había perdido antes: a este hotel no hay manera de venir antes de perder el estómago.

LOPEZ. ¿Lo dice Ud. por ofenderme?

REMEÑDEZ. No. Lo digo por ofender a los estómagos...

LOPEZ. ¡Tres meses sin abonar un solo centavo! ...

¡Tres meses comiendo gratis! ... ¡Tres meses...! ! !

REMEÑEZ. ¡Durmiendo gratis...! ¿Pero, a Ud. le cobran por dormir? ¡Y si yo hubiera bebido gratis todavía! Pero, ¿me ha visto Ud. beber gratis? ¡No señor! Ni pagando tampoco...

¿Cuál ha sido mi conducta en este hotel? ¿He invitado a amigos a comer por el lujo de que subiera mi cuenta? ¡No! ¿He recibido en mi departamento a damas incógnitas cubiertas por espeso velo? No. ¿A damas sin velo alguno? Tampoco. ¿Me he opuesto al progreso del establecimiento, lo he desacreditado con mis quejas? ¿He tratado de impedir que aumentaran los huéspedes, he conturbado el sueño de éstos tocando algún instrumento? ¡Absolutamente! ¡Ergo, señor de López, la conducta de Ud. es injusta; el arrojarne a la calle es inicuo! ...

LOPEZ. Pero, ¿a dónde va usted a parar? Aquí no hay más que una razón: que los pasajeros aumentan y no tenemos habitaciones desocupadas.

REMEÑEZ. ¡Tres meses! ¡Tres miserables meses! ... Pero, ¿he negado yo jamás esa deuda?

LOPEZ. No; ¡No ha reparado Ud. en nada! Además, ¿Ud consume dos panes de jabón diario?

REMEÑEZ. Yo pido solamente dos panes.
Me los traen de jabón, y...

LOPEZ. ¡Y se los come Ud.!

REMEÑEZ. ¡Quia! ... Los vendo, y con su producto me compro otros dos, pero de harina.

LOPEZ. ¡Me gusta la frescura!

REMEÑEZ. A mí también y lavarme. Pero con los panes de harina no hay modo de jabonarse... Como con los de jabón no hay modo de alimentarse. ¡Ya ve Ud.!

LOPEZ. ¡Le ponen a Ud. una vela cada noche!

REMEÑEZ. ¡Como que paso las noches en vela!

LOPEZ. ¡Eso es; y despertando a los vecinos!

REMEÑDEZ. Para que aprovechen de mi vena; digo de mi vena. ¡De mi vena de autor dramático, de sainetista inspirado, de futura gloria artística nacional!

LOPEZ. No sabía que tuviera Ud. vena de eso.

REMEÑDEZ. ¡Ni sabe Ud. del resto, tampoco! No sabe Ud. la sorpresa que le aguarda...

LOPEZ. ¿Sorpresa? ¿Me va Ud. a dar algo a cuenta? ...

REMEÑDEZ. ¿A cuenta? ¡Hombre prosaico, hombre metalizado, hombre...! Hombre, venga Ud. acá... No le voy a dar nada a cuenta: ¡le voy a pagar a Ud. todo! Sí, señor; que no se entere nadie: ¡todo! ... ¡Estoy de estreno! ...

LOPEZ. No lo parece.

REMEÑDEZ. ¡De estreno teatral! ... ¿Ha oído Ud. hablar de "La Salsa Roja"?

LOPEZ. ¿De la Salsa Roja? ¡Pues ya lo creo! ... ¡Especialidad del hotel! Tomates y pimientos morrones. Y de la salsa verde, y de la salsa blanca; ¡las preparamos todas!

REMEÑDEZ. Pero, ¿qué está Ud. hablando? De "La Salsa Roja", la obra que se estrena esta noche en el vaudeville...

LOPEZ. ¡Ah! no.

REMEÑDEZ. Bueno; pues ahí estreno esta noche!

LOPEZ. ¡Usted!

REMEÑDEZ. Yo; sí, señor.

LOPEZ. ¿Pero, va Ud. a meterse a cómico?

REMEÑDEZ. ¡Oh, ignorancia! ... ¡A cómico! ... ¡Me meto a autor! ... Esa salsa de que le hablo es mía. ¡Se da esta noche en el vaudeville! ...

LOPEZ. ¡Lo van a reventar a Ud.!

REMEÑDEZ. ¡Reventar, reventar! ... Será un éxito... me llamarán a escena, me elogiarán los diarios, pagaré mis deudas en su hotel! ... ¡Y todo en el mismo día en que me arrojan ignominiosamente del departamento que ocupo y me sacan los jabones y las velas a la cara! ...

LOPEZ. ¡Pero si es que vienen pasajeros y no hay dónde meterlos!

REMEÑDEZ. ¿Pero dónde están esos pasajeros?

LOPEZ. ¿Lo ve Ud.? Nuevos pasajeros de seguro.

ESCENA II

(*Dichos y Luis, Lola, Ninette, Corbiniano, Botelino y luego mozo lo.*)

LOPEZ. Pasen, pasen Uds. (¿Ve Ud.?)

LUIS. ¡Amigo López! ...

LOPEZ. ¡Señor don Luis! ¡Señoritas! ¡Caballeros!

REMEÑDEZ. ¡Calle! ¡Ninette y Lola! ... ¡Queridas protagonistas!

LOLA. ¡Querido autor!

LOPEZ. (Pero hombre, quiere Ud. no meterse con las pasajeras)

REMEÑDEZ. (¡Que éstas no son pasajeras! ¡Son las protagonistas de mi obra!)

NINETTE. ¡Ud. aquí! (*A Reméndez*).

REMEÑDEZ. Yo. El mismo, y aquí mismo. Me alojo en este hotel; es decir, ya no me alojo: me alejo. ¡Cosas de esta gente!

LOLA. ¿Sí?

LUIS. Un departamento con dos camas; sí, querido López. Es todo lo que necesitan estos señores...

LOPEZ. ¡Comprendido, comprendido! ¡Deje Ud. las maletas! ¡Deje Ud.! *(Hace ademán de cojer las maletas de D. Corbiniano y Botelino pero sin tomarlas. Estos las dejan caer al suelo, recogiénolas nuevamente).* ¡Comprendido! Un departamento con dos camas para estos señores y estas señoritas.

LUIS. ¡No, hombre, no!

LOPEZ. ¡Ya! Ud. se queda también...

LUIS. ¡No, señor!

LOPEZ. ¡Comprendido, comprendido! Dos departamentos con una cama cada uno. Camas de matrimonio...

LUIS. ¡Que no son matrimonios!

LOPEZ. ¡Ya lo sé! ¡Comprendido, comprendido! ...

LUIS. ¡Pero si no comprende Ud. nada! Un departamento con dos camas para estos señores, tío y sobrino. Las señoritas se van conmigo...

LOPEZ. ¿Con Ud.? ... ¡Departamentos especiales! ... Tenemos departamentos con toda clase de comodidades... Una pieza, dos piezas, tres piezas; las piezas que deseen las señoritas...

LUIS. ¡Pero si no es eso! ... Los señores se quedan y nosotros nos vamos.

LOPEZ. ¡Ah, sí! Comprendido. Uds. se van, los señores se quedan. Piezas y manutención... Pero, permítame Ud. las maletas. Precisamente acabamos de desocupar este departamento. Es lo mejor del hotel. Lo ocupaba un diplomático sueco — noruego.

REMEÑEZ. (¡Qué modo de mentir!)

D. CORBINIANO. Conque sueco, ¿eh?

LOPEZ. Sí, señor; bellísima persona. Y en cuanto al pago... ¡oh, en cuanto al pago! ...

REMEDEZ. ¡En cuanto al pago sueco completamente!

LOPEZ. Voy a ordenar que no falte nada.

LUIS. Quedan Uds. instalados. Nosotros nos vamos.

BOTELINO. (¡Se van, qué lástima!)

D. CORBINIANO. Pero, ¿por qué no nos acompañan Uds. un rato más?

LOLA. Tenemos ensayo después de almuerzo. Una obra nueva y no podemos faltar.

NINETTE. Este caballero es el autor precisamente.

LUIS. ¿Este caballero?

D. CORBINIANO. ¿El autor?

REMEDEZ. (Aquí de mi presentación, modestia aparte). Yo mismo, sí señores. A la disposición de Uds. ¡Remigio Reméndez! ...

D. CORBINIANO. ¿Remiendos?

REMEDEZ. ¡Reméndez!

LUIS. Conque el señor? Lo ignoraba. Ha guardado Ud. bien el incógnito.

REMEDEZ. Por completo. Es mi temperamento. En todo he usado siempre el incógnito. Ahora mismo: ¿Ve Ud. esta ropa?

D. CORBINIANO. La ha usado Ud. siempre también...

REMEDEZ. De incógnito riguroso.

LOLA. Y la obra es preciosa. Será un éxito.

LUIS. Pues felicitándole a Ud. anticipadamente. Bajo una mala capa se esconde un buen torero.

REMEDEZ. Un buen bebedor nada más, un buen bebedor! ... (Con mucha modestia)

LOPEZ. (*Entrando con mozo lo.*). Que no falte nada. ¿Uds. comerán en el hotel?

D. CORBINIANO. Sí señor, comeremos aquí.

LOPEZ. Comprendido. Nuestra especialidad es el alimento.

LUIS. Comprendido, comprendido.

D. CORBINIANO. Se me ocurre que nos acompañen Uds. a almorzar.

LUIS. Pero, ¿y el ensayo de estas señoritas?

D. CORBINIANO. Un almuerzo breve, rápido...

LOLA. ¿Qué dirá el autor si le retardamos el ensayo!

REMEÑEZ. ¿Yo? ... En fin, siendo un almuerzo, rápido... yo creo que podríamos aceptar.

LOPEZ. (¡Pero si a Ud. no lo invitan, hombre!) ¿Hago preparar un reservado?

D. CORBINIANO. ¿Cómo reservado, hombre?

LOPEZ. Un comedor reservado. Otra de las especialidades de la casa. ¡Mozo! Voy a mandarles a preparar un gabinete reservado. ¡Mozo! (*Sale mozo lo.*)

LOLA. ¿Nos quedamos?

BOTELINO. ¡Quédense Uds, por Dios!

NINETTE. Yo creo que podemos aceptar.

REMEÑEZ. Aceptamos. (*Coge sus bultos del suelo y va a dejarlos en la habitación que ha desocupado antes; pero López lo advierte y los saca nuevamente.*)

LOPEZ. El mejor gabinete reservado para los señores. Prepare Ud. el 67. El mejor comedor especial para Uds...

D. CORBINIANO. Que no se escatime nada.

BOTELINO. (¡Voy a almorzar con dos artistas! Si me viera Clarita).

REMEÑDEZ. El menú corre de mi cuenta.

D. CORBINIANO. No, señor; a mi cuenta.

REMEÑDEZ. Decía que corre a mi cargo; y a la cuenta de Ud...

LOPEZ. Yo me encargo del menú. Vayan Uds. sin cuidado. (Llamando). ¡Aquí!

REMEÑDEZ. ¿Va Ud. a llamar al mozo? ¡No se moleste Ud.! Yo conduciré a los señores.

LOPEZ. ¡Hay empleados en la casa, señor Reméndez! (Al mozo lo que sale). Conduzca Ud. a los señores al 67. Lo que pidan los señores. Lo que manden los señores. Las maletas...

LUIS. Pasen Uds.

LOLA. Vamos.

REMEÑDEZ. Vamos. (Salen derecha Lola, Ninette, Botelino, Corbiniano y Luis. Reméndez echa tras ellos, pero López lo detiene por los faldones.)

ESCENA III

(López y Reméndez)

REMEÑDEZ. Pero, ¡hombre!

LOPEZ. ¡Le prohíbo a Ud., que siga a esos pasajeros!

REMEÑDEZ. ¡Pero Ud. se ha propuesto matarme de inanición! ¡Que esos pasajeros son relaciones sociales mías! ...

LOPEZ. ¡Le prohíbo a Ud. terminantemente que los siga! ¡Les quitaría Ud. el apetito! ... ¡Qué descrédito para el establecimiento! ¡Un hombre en esa traza! ...

REMEÑDEZ. ¡Los artistas andamos así en todas partes

del mundo! ¡Basta de tiranías! ¡Yo iré!

LOPEZ. ¡Oiga Ud.!

REMEÑDEZ. ¡Pero impedir que almuerce la primera vez que voy a quedar debiendo nada! ...

LOPEZ. Almorzará Ud. después conmigo. Yo le invito. ¡Todo antes que me espante Ud. a los viajeros!

REMEÑDEZ. ¡Pero si esas personas! ...

LOPEZ. Basta de argumentos. Ud. me esperará aquí.

REMEÑDEZ. ¿Voy a esperar aquí con el equipaje en las manos? (por los líos).

LOPEZ. Eso es cuenta de Ud. (*vase izquierda*)

REMEÑDEZ. Cuenta mía, cuenta mía... No oigo hablar de otra cosa que de cuentas; ¡pero, vaya si almuerzo hoy! ¡Vaya! ...

¡El demonio del equipaje! ...

ESCENA IV

(*Mozo 2o., doña Emeteria, Clarita, después Reméndez*)

MOZO 2o. Una buena habitación; sí señora. Le voy a preparar a Ud. esta. (*El 15*)

EMETERIA. Que no falte nada.

MOZO 2o. Voy a traer la llave. (*Sale el mozo*)

EMETERIA. Quítate el sombrero, hija. ¡Uf qué calor! no debe haberse hospedado aquí el tuno de mi marido. No estaba su nombre en el tarjetero.

CLARITA. Tal vez hayan ido a otro hotel.

EMETERIA. Eso es lo que averiguaremos después. Recorreremos todos los hoteles, toda la ciudad...

¡Tunante! ¡Sinvergüenza! ...

CLARITA. ¡Pero mamá! Puede ser que no pase lo que Ud. imagina...

EMETERIA. No conoces a tu padre. Estoy segura de que se ha ido quén sabe adónde, con esas mujerzuelas y su amigote! ... ¡Estarán perdiendo a Botelino! ...

CLARITA. ¡Mamá, por Dios, no diga Ud. eso! Botelino me quiere mucho.

EMETERIA. Sí. ¡Trate de los hombres que te quieran y verás lo que te hacen! ...

CLARITA. ¡Pero, Botelino no puede hacer nada malo, mamá! ...

EMETERIA. ¡Ojalá no pudiera hacer nada malo, hija mía! ...

REMEÑEZ. ¡Este demonio de López es irreductible! ... ¡impedirme almorzar con mis protagonistas! ...

¡Unas señoras! ...

CLARITA. ¡Un caballero!

REMEÑEZ. Señoras; beso a Uds. las plantas. ¿Son Uds. nuevos huéspedes del establecimiento? ... Es un placer para mí contar con tan grata vecindad.

EMETERIA. Es Ud. muy amable... Sí señor; acabamos de llegar... Esperamos la llave de nuestra habitación; ésta...

REMEÑEZ. Pues, ¿somos vecinos...? ¿Uds. son forasteras? ...

EMETERIA. Sí, señor.

CLARITA. Venimos a buscar a un joven que se llama...

EMETERIA. (¡Cállate!) Nos alojamos momentáneamente aquí. Venimos a almorzar y luego tenemos que recorrer la ciudad por cierta diligencia... Sólo que necesitaríamos una per-

sona que nos acompañara, como apenas conocemos...

REMEÑDEZ. ¡Una persona que las acompañe, una diligencia, un almuerzo! ... ¡Han encontrado Uds. la persona que necesitaban! ¡yo!

EMETERIA. ¿Podría Ud. acompañarnos en nuestra diligencia?

REMEÑDEZ. Sí señora; y en el almuerzo. (Aquí de mi almuerzo). La diligencia la haremos después del almuerzo.

EMETERIA. ¡No sé cómo agradecerle! ... Nosotras pagaremos lo que valga el acompañamiento, naturalmente.

REMEÑDEZ. ¡Naturalmente! (Me parece que almuerzo y estreno con ropa nueva). ¡Yo soy la persona que les conviene! ¡Han oído Uds. hablar de Cicerón?

EMETERIA. ¿De Cicerón? No señor.

REMEÑDEZ. ¿Y de los Cicerone?

CLARITA. ¿Los hijos de Cicerón?

REMEÑDEZ. ¡Quía! ... Cicerón fue... Bueno. Yo soy el Cicerone que las guiaré por todas partes. ¡Ante todo vamos a almorzar!

EMETERIA. No; ante todo esperaremos que traigan la llave de nuestro departamento.

REMEÑDEZ. ¿La llave? ... Es lo de menos... ¡Mozo! ¡Mozo!

MOZO 2o. Aquí está la llave.

REMEÑDEZ. ¿La llave? Venga. (Ud. me apoya en todo). Sí; la llave. La cerradura está buena. (Mira; ve que no falte nada en este departamento. A la señora como si se tratara de mí mismo) Sobre todo, fíjate bien si te conviene o no este departamento. Pide lo que gustes con confianza...

EMETERIA. ¿Eh?

REMEÑDEZ. (Perdóneme Ud. que la tutee. Ya le ex-

plicaré después). (Al mozo). ¡Puedes retirarte! A esta gente hay que tratarla así, señora... señora...

EMETERIA. Emeteria.

REMEÑEZ. Señora Emeteria... La he tuteado a Ud. para que vea que somos de confianza y le guarden las mismas consideraciones que a mí.

EMETERIA. Bien; pero procure tutearme lo menos posible.

REMEÑEZ. Pierda Ud. cuidado... Ahora estoy a su disposición por completo.

EMETERIA. Primero almorzar.

REMEÑEZ. Eso es. Almorzar. En seguida iremos donde Ud. quiera, y respecto al pago de mis servicios...

EMETERIA. Sí, en cuanto a eso no hablemos.

REMEÑEZ. No, no; hablemos de eso. No por mí sino por... por... Ya Ud. me comprende.

EMETERIA. ¡Vaya, vaya, me parece que lo voy comprendiendo a Ud.! Ud. dirá lo que sea.

REMEÑEZ. De acuerdo. Cuando Uds. gusten. Me va Ud. a permitir. Estos bultitos, un encargo. Voy a dejarlo en su departamento. Con su licencia.

EMETERIA. ¡Caballero, caballero! Hasta ahí no! Saque Ud. los bultitos.

REMEÑEZ. Pero, señora.

EMETERIA. ¡Todo menos eso!

REMEÑEZ. ¡Por favor!

EMETERIA. Tenga Ud. la bondad. Una señora decente no puede tolerar en su habitación otros bultos que los de su esposo. Tenga Ud.

REMEÑEZ. Así sea. (¡Por vida del equipaje! ¡Y para sufrir estos bochornos gástese Ud. el dinero en muebles! ...)

ESCENA V

(Dichos y López)

LOPEZ. ¡Nuevos viajeros!

REMEÑDEZ. (El amigo López).

LOPEZ. ¡Señora... señorita! ...

REMEÑDEZ. (¡Este hombre es capaz de hacerme perder el almuerzo por segunda vez!)

LOPEZ. ¿Uds. vienen a alojarse en este establecimiento? Quedarán contentas de nuestra casa... Es lo mejor de la ciudad. Madre e hija; un departamento con dos camas. Comprendido. Precisamente puedo ofrecerles a Uds. el mejor departamento del Hotel. Este. Lo acaba de abandonar un diplomático sueco — húngaro. Bellísimo sujeto. Y en cuanto al pago... ¡Oh, en cuanto al pago! ...

EMETERIA. (¡Qué tarabilla!) Sí señor; ya estamos alojadas. En este mismo.

LOPEZ. ¿Ya? ... Comprendido. Ahora desearán Uds. almorzar... Justamente hoy tendría verdadero placer en que probaran la comida de la casa. Algo exquisito, algo extraordinario. Día de moda. Voy a hacerles preparar un comedor independiente, para que estén en plena libertad. El número 68. ¡Aquí!
¡Preparar el 68! ... El menú corre a mi cargo.

REMEÑDEZ. No, no. Ahora sí que corre a mi cargo y a la cuenta de esta señora.

LOPEZ. (Este hombre es insoportable!) (¡Pero también va Ud. a meterse con estas señoras?)
Perdonen Uds. si este caballero...

REMEÑDEZ. (Un poco de energía). ¡Oiga Ud; oiga Ud... Oye López!

LOPEZ. ¿Eh? ¿Me tutea Ud.? ...

REMEÑDEZ. (Yo no pierdo este almuerzo) ¡Menos confiancitas! ...

Emeteria, éste es el López de que te hablaba hace un momento...
¡El buen López! ...

LOPEZ. ¿Eh?

REMEÑDEZ. (Una parienta mía que acaba de llegar del Transval donde tiene unas minitas de diamantes)

LOPEZ. (¡Estoy viendo visiones!)

REMEÑDEZ. ¡El buen López! ¡El demonio de López!
¡Y qué bromista es este López, hombre! ... Conque ya sabes López; un almuerzo como para mí...

LOPEZ. (¡Y me sigue tuteando! ¡No acierto a comprender!)...

REMEÑDEZ. ¿Vamos? Que esté bien preparadito el 68.
Que no falte nada... Todo como sabes que a mí me gusta, López...
Pasa adelante niña... Emeteria dame el brazo.

EMETERIA. (¡Me parece que este hombre es mucho hombre!)

(Reméndez da el brazo a Emeteria y sale contoneándose por la izquierda. Clarita les precede).

LOPEZ. Una parienta del Transval... Comedor reservado...
Me tutea... ¡El demonio del individuo! ... No comprendo nada.
¡Pero ha dejado aquí sus bultos! ... ¡Esto sí que no lo consiento! ... ¡Reméndez! ... ¡Que se deja Ud. el equipaje! ...
¡Reméndez! ... ¡Oiga Ud.! ¡Yo se lo llevo! ... *(Recoge los bultos y sale gritando tras Reméndez con los bultos en la mano).*

Mutación

CUADRO III

(Escena dividida. Dos gabinetes reservados. Puertas al foro. El comedor de la derecha desocupado y con la mesa puesta).

ESCENA I

(Luis, Don Corbiniano, Lola, Ninette, Botelino y Mozo 1o. Todos almorzando en el gabinete de la izquierda y sentados en torno de la mesa en el orden en que están colocados sus nombres. Mucha animación y alegría al hacerse la mutación y durante todo el cuadro. Todos un tanto alegres).

TODOS. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! ... (Ríen y gritan todos)

NINETTE. ¡Pero qué gracioso y qué ocurrente es este don Corbiniano! ¡Ja, ja, ja.!

LOLA. ¡Tiene la gracia a chorros! ¡Ja, ja, ja.!

D. CORBINIANO. ¡Es que estando con Uds. que son dos chorros de gracia!

BOTELINO. ¡Sí; muy graciosas y muy amables! ...

D. CORBINIANO. ¡Y tan amables! ...

LOLA. ¡Estése Ud. quieto!

LUIS. Sí; calma. No se endulce Ud. tanto que no estamos en los postres todavía.

D. CORBINIANO. ¿Qué no estamos en los postres? ¡Je, je! ... Pero qué simpático eres Luis! ...

BOTELINO. ¿Que no estamos en los postres? ... ¡Ji, ji, ji...! ¡Ay, yo lo siento tan dulce, tan dulce...!

NINETTE. ¡Vamos no sea Ud. tan pesado!

BOTELINO. ¿Pesado? ... ¡Quia! ¡Soy más liviano!

MOZO 2o. ¿Qué otro vino quieren Uds. tomar ahora?

LUIS. De cualquiera, siendo bueno. Si es posible del

que cosechó Noé (*Rien todos*)

D. CORBINIANO. ¿Hay vino del de Noé? (*Al mozo*)

MOZO. De Noé, de Noé... Voy a ver si queda... (*Sale*)

BOTELINO. ¡Tío! ¿A que no sabe Ud. qué acabo de descubrir? ... Que Ninette tiene un lunar de pelo en el hoyo de las mejillas igualito al de Clarita.

D. CORBINIANO. ¿Al de Clarita? ... No me mientes a la familia; no hablemos de cosas tristes.

LUIS. Eso. Nada de recuerdos extemporáneos. Bebamos.

D. CORBINIANO. A la salud de los lunares de pelo.

BOTELINO. Y de los hoyitos con lunares.

LOLA. Salud. (*Beben todos*)

BOTELINO. (*A Ninette*). Si en vez de llamarse Ud. Ninette se llamara Ud. Ninetta...

NINETTE. ¿Qué iba a pasar?

BOTELINO. Que con sólo cambiarle una letra iba a tener su nombre en la punta de la lengua...

NINETTE. ¡Guasón!

D. CORBINIANO. Pero quieres decirme, sobrino, cómo te has soltado tan pronto?

BOTELINO. ¡Ay, tío! ¡Secretos de naturaleza!

MOZO 1o. Traigo este vinito especial. Se ha acabado el de Noé.

TODOS. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

LUIS. ¿Conque no hay del de Noé?

D. CORBINIANO. No, ¿eh? Conque no ¡eh! Este mozo vale un Perú! ...

¡Eres todo un buen mozo!

MOZO. ¡Caballero!

LOLA. ¡Pero por qué cosas le da a Ud. la chispa, Don Corbiniano!

D. CORBINIANO. ¿Chispa? ¡Si no es chispa! ¡Candela pura!

LUIS. ¡Don Corbiniano es volcánico. ¡Ja, ja, ja!

BOTELINO. ¡Ji, ji, ji.! ¡Volcánico! ... Por el volcacinismo de mi tío.

D. CORBINIANO. ¡Sobrino! ¡Repórtate!

BOTELINO. ¿Requé?

D. CORBINIANO. ¡Reconchos! ... ¡Qué no eres tú el que debes invitar a beber! Hay que ser discreto.

BOTELINO. ¿Discreto? ¿A que le tiro a Ud. la copa a la cabeza? ...

TODOS. ¿Eh?

D. CORBINIANO. ¡Sobrino que te estás subiendo!

BOTELINO. ¡Y me subo más todavía!
¡Aquí no hay sobrino, ni tío, ni nada! ¡Dos hombres! ¡Todos los hombres somos unos!

LUIS. ¡No toque Ud. a estas señoritas!

BOTELINO. ¡Las tocaré si me da la gana! ¡Tocaré lo que quiera! ¡No hay quién me baje!

D. CORBINIANO. Me parece que te voy a bajar yo de un silletazo! ...

LUIS. Y yo... *(Cogiendo una silla, amenazante)*

BOTELINO. Me bajo pero por las sillas...

LOLA. Sí. No reñir.

NINETTE. Siéntese Ud.

BOTELINO. ¡Me siento porque Ud. me lo pide!

MOZO. Lomito a la trotter.

D. CORBINIANO. ¿A la qué? ... No poner motes a la comida.

LOLA. Ya apenas tengo apetito.

NINETTE. Y yo.

D. CORBINIANO. Yo de lo único que tengo ganas es de beber...

¡Mozo, champaña!

LUIS. Sí; champaña; del mejor; tenemos sed.

(Sale el mozo)

LOLA. Para la sed el líquido.

NINETTE. Una obra de caridad.

LUIS. Y una bienaventuranza.

BOTELINO. Las bienaventuranzas son siete...

D. CORBINIANO. Dar de comer al sediento...

LUIS. Dar de beber al peregrino...

BOTELINO. Dar posada al desnudo...

LOLA. ¡A la salud de los peregrinos!

BOTELINO. Y de los desnudos.

D. CORBINIANO. Y de las posaderas.

LUIS. Este vinito enciende la sangre...

LOLA. Me arrancaría ahora por un tango.

TODOS. ¿A que no?

LOLA. ¿A que sí?

NINETTE. El tango que se va a cerrar. O lo que sea.
(La elección del couplet baile o cante se deja a la elección de las tiples.)

LUIS. ¡Eso!

(Lola y Ninette bailan jaleadas por los demás que llevan el compás en las copas y las botellas.)

LUIS. Mejor cantadnos algo.

D. CORBINIANO y BOTELINO. ¡Eso es!

LOLA. Vaya por el capricho. ¿Queréis el couplet del término medio?

D. CORBINIANO y BOTELINO. ¡Venga, venga!

LUIS. ¡Eso!

Música

(Luis, Botelino y Corbiniano acompañan la letra en las copas y los platos).

NINETTE. Tengo un primo que es bombero.

LOLA. Y otro médico y barbián.

NINETTE. Los dos quieren que los quiera.

LOLA. Y lo quieren a cual más.

NINETTE. Yo no sé a cuál eligiera.

LOLA. Colocada entre los dos.

NINETTE. Si el galeno o el bombero

LAS DOS. La lanceta o el pitón.

El pitón asusta
cuando el chorro aplica,
pero la lanceta
me parece chica.

Es una desgracia
que en la humanidad
el término medio
no suela abundar.

TODOS. El pitón asusta, etc.

NINETTE. Mi cuñada Dorotea.

LOLA. Una chica angelical.

- NINETTE. Cuando lleva el corsé flojo.
LOLA. Se deshace al caminar.
NINETTE. Y a su hermana Casimira.
LOLA. Que ya va a la obesidad.
NINETTE. Si el corsé le viene tieso.
LOLA. No hace más que suspirar.
LAS DOS. Por eso nosotras
advertidas de eso
la tensión buscamos
desde flojo a tieso.
Es máxima sabia
que en la humanidad
el término medio
se debe buscar.
TODOS. Por eso nosotras
advertidas de eso
la tensión buscamos
desde flojo a tieso.
Es máxima sabia, etc.
NINETTE. Una fábula egipcia.ana.
LOLA. Del camello dice que
NINETTE. El tener el cuello largo
LOLA. Le parece muy crüel
NINETTE. Y otra fábula refiere
LOLA. Que es el sapo un animal
NINETTE. Que al sentirse el cuello corto
LOLA. No hace más que suspirar.
LAS DOS. ¡Pobrecillos ambos!
¡qué dolor amargo!
¡el uno tan corto

y el otro tan largo!

Es una desgracia
que en la humanidad
el término medio
no suela abundar.

(*Lola y Ninette cantan un couplet o bailan un número a su elección.*)

BOTELINO ¡Huyuyuy! ... ¡Por las cupletistas!

LUIS. ¡Y por el couplet!

D. CORBINIANO. ¡Y por los amigos del couplet y de las cupletistas! ...

¡A la salud de Uds. y porque se presente ahora mi mujer y Clarita y toda la Corte Celestial!

LOLA ¡Y porque no se deje Ud. dominar!

D. CORBINIANO. ¿Yo dominar? ... ¡Arriba los hombres!
¡Abajo las mujeres! ¡Salud!

TODOS. ¡Salud!

ESCENA II

Dichos y Mozo 2o., Doña Emeteria, Reméndez y Clarita, que entran en el departamento vecino. Reméndez con los dos líos en la mano.

MOZO 2o. Pasen Uds. señoras.

REMEÑDEZ. Pues señor, está de Dios que me persigan estos bultos. Siéntense Uds. señoras.

EMETERIA. Apenas tengo apetito. Lo único que deseo es salir cuanto antes en pos de las personas a quienes busco.

CLARITA. Y yo. (¡Qué será de Botelino, Dios mío!)

(Se sientan todos. Entra el Mozo con los platos en el gabinete izquierda):

NINETTE. ¡Pero qué nombre tan raro le han puesto a Ud.!
... ¡Botelino! ...

BOTELINO. Raro y todo tengo a quien le gusto. Una mujer menos ingrata y más blanda que Ud...

NINETTE. Por lo de blanda, puede. ¡Yo soy muy madura...!

D. CORBINIANO. (A Lola). Es Ud. Lola, un botoncito de pitimini... (A Luis). Oye tú crees que Lola ame.

LUIS. Antes, sé que Lola amaba; pero ahora no puedo asegurar que Lola ame.

D. CORBINIANO. (Abrazando a Lola). ¡Lola mía!

REMEDEZ. Prueben Uds. esto. Es el plato mejor de la casa. (Oye; ¿qué es esto?)

MOZO. (Atún)

REMEDEZ. (¡Conmigo pocas confianzas!)

MOZO. (¡Que es un plato de atún!)

REMEDEZ. ¡Ah! (A Emeteria) Lo que yo les decía a Uds: ¡Atún! ... El mejor plato de la casa.

CLARITA. (¡Qué será de mi Botelino, Dios mío!)

EMETERIA. (Qué será de ese canalla de mi esposo)...
¡Si lo pillo!

(En el gabinete izquierda:)

LOLA. ¡ja, ja, ja! ... ¡Qué don Corbiniano!

NINETTE. ¡Qué Botelino! . . ja, ja, ja!

BOTELINO. A que no saben Uds. de qué tengo ganas? ...

LUIS. Conduce a este caballero donde él te diga.

BOTELINO. ¡Tengo ganas de estallar esta copa!

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

BOTELINO. ¡Y yo esta botella!

LUIS. Pues yo tiro los cubiertos!

LOLA. ¡Pero por Dios!

EMETERIA. Parece que estuvieran tirándose algo ahí al lado.

CLARITA. ¡Qué gritos!

REMEÑEZ. No hagan Uds. caso. Esos gritos son del 67. ¡Calle! Deben de ser mis protagonistas y sus acompañantes.

EMETERIA. ¡Qué gente! ¡Sería capaz de irme sin comer por no soportar esa bulla!

REMEÑEZ. Sí. Yo les haré callar, son amigos míos. ¡Mozo! ... Lléguese Ud. al gabinete y diga que el señor Reméndez y unas damas que acompañan al señor Reméndez apenas pueden almorzar con la algarabía que arman. (*Sale el Mozo*). Verán Uds. Apenas oigan mi nombre cesará todo...

MOZO 2o. De parte del señor Reméndez, que está en el gabinete del lado, y de las señoras que están con el señor Reméndez, que no griten Uds. tanto, que no pueden comer.

LUIS. ¿Qué dice Ud.?

D. CORBINIANO. ¿De parte de quién?

LOLA. ¡De Reméndez!

NINETTE. ¡Nuestro autor!

BOTELINO. ¡El tío que nos presentaron Uds. antes!

LUIS. Dígame Ud. al señor Reméndez, que celebramos tanto que esté comiendo y que le mandamos los postres. Yo le tiro algo.

BOTELINO. ¡Y yo!

LUIS. Y yo.

D. CORBINIANO. Yo le tiro este panecillo.

LUIS. Y yo este plato. *(Todos arrojan algo al otro gabinete).*

(En el gabinete derecha)

REMEÑEZ. ¡Caracoles! ... ¡Vaya una lluvia!

CLARITA. ¡Qué atrevimiento!

REMEÑEZ. Menos mal comestibles.

EMETERIA. ¡Qué iniquidad!

D. CORBINIANO. ¡El demonio de Reméñez!

LOLA. ¡Parece mentira que haya autor que coma!

NINETTE. ¡Y que nos mande decir que no hablemos fuerte!

(En el gabinete derecha)

EMETERIA. ¡Qué escándalo! ¡Qué atrevimiento!

CLARITA. ¡Y se oyen voces de mujer!

D. CORBINIANO. Yo voy a averiguar. Arrimen Uds. la

~~mesa~~

LUIS. Sí; vea Ud. *(Arriman la mesa a la división y don Corbiniano sube y se asoma al otro gabinete).*

(En el gabinete derecha)

EMETERIA. ¡Qué faltamiento! ¡Qué gentuza habrá ahí!

D. CORBINIANO. ¡Ajajá! ¡Conque silencio, eh? Aso-
mando sobre el tabique.

LOLA. Quitémosle la mesa. *(Le retiran la mesa y lo dejan colgado de la división).*

EMETERIA. ¡Mi marido!

D. CORBINIANO. ¡Cielos! ¡mi mujer!

BOTELINO. La voz de mi tía.

D. CORBINIANO. ¡Mi mujer!

BOTELINO. ¡Ella! ¡Sálvese el que pueda!

TODOS. *(Salen corriendo)*. Huyamos.

EMETERIA. ¡Yo voy y lo destruyo!

CLARITA. ¡Mamá!

D. CORBINIANO. ¡Socorro! ¡Misericordia!

REMEÑEZ. ¡Huyamos!

Este final muy rápido. Los actores hablarán casi simultáneamente en ambos gabinetes desde que los de la izquierda tiran las viandas a los de la derecha.

Mutación. Telón de Boca.

CUADRO DE BOCA

ESCENA UNICA

El Transpunte saliendo por la concha

TRANSPUNTE. ¡Arriba el telón! ... *(al público)* ¡Ponga Ud. una obra con cuatro ensayos, y con el director de escena que se enferma cada día! ... ¡Y claro, el transpunte, cuando el transpunte vale algo, es el sofocado!

(A la tramoya) ¡Arriba este telón he dicho! .. Y una obra como la de ahora, todo bailes y todo letones... Y el autor que no viene, y las primeras partes tampoco... *(A la tramoya)* Eh: la tramoya; que abra ese telón ¡repito! ¿Quieren Uds. hacerme caso, por los clavos del Nazareno? ... *(Sube el telón)* (¡Vaya hombre!).

CUADRO V

ESCENA UNICA

TRANSPUNTE. La tiple del vals, coro de bañistas.

(*Asomándose derecha*). ¿Lista esa tiple?

¿Listo ese coro? ... ¡A ver! ¡Tiple y coro de bañistas a escena!

Música, maestro. (*Salen a compás de la música, la tiple del vals y coro femenino, vestidas de bañistas*).

¡Eso es! Más compás. Más caderas...

Música

TIPLE. Como ilusiones que vienen,
como ilusiones que van,
brillan y se desvanecen
las espumitas del mar.

CORO Como ilusiones que vienen, etc.

TIPLE. Bajo los cielos azules,
bajo el dorado esplendor
son como chispas de nieve
que se deshacen al sol.

CORO Bajo los cielos, etc.

TIPLE. Como ensueños, como amores,
como todo lo fugaz,
así brillan y se apagan
las espumitas del mar.

CORO. Como ensueños, como amores, etc.

(*Desfilan hacia izquierda*)

(*Hablando*)

TRANSPUNTE. Eso es... más caderas. Más compás... Eh,

los de la máquina: ¡Arriba el telón corto!

CUADRO VI

(Al subir el telón queda el escenario desmantelado con telones a medio subir, trastos arruinados contra la pared del fondo, etc. Varias coristas pasean o forman grupos. alguna mujer hace costura).

ESCENA I

El transpunte, una corista

EL TRANSPUNTE. ¿Qué es esto? ¿Pero Uds. se pasean así tan tranquilamente? ¿No saben que ensayamos el final de la obra con trajes y decorado?

UNA CORISTA. Como no vienen el autor ni las primeras partes, creíamos que se suspendía el ensayo...

EL TRANSPUNTE ¡Que se suspendía! ¡que se suspendía! ¡Ea! ¡a vestirse para el baile final y a ver si no lo estropeamos como de costumbre! ¡arre! ¡haraganes! ¡vamos! *(Sale tras ellos).*

ESCENA II

Lola, Ninette, Luis.

LOLA. ¡Qué risa, pero qué risa!

NINETTE. ¡Yo no tengo estómago de tanto reírme!

LUIS. ¡Ha sido una escena graciosísima!

LOLA. A estas horas la señora esa debe estar devorando a su marido y a su sobrino.

NINETTE. Al sobrino no. Escapó con nosotros.

LUIS. ¿Y qué ha sido de él?

LOLA. Se habrá perdido en la carrera.

NINETTE. El pobrecito era un leblre.

LUIS. Pues ya os sacará por el olor.

ESCENA III

Dichos y el Transpunte

EL TRANSPUNTE. ¿Uds. aquí? ¡Por fin! ¡ya era tiempo!

LOLA. ¡Qué! ¿Nos hemos retrasado mucho?

EL TRANSPUNTE. ¿Retrasado? ¡Dos horas de retraso! ¡Y una obra que va esta noche! ¡que tiene que ir esta noche! ...

NINETTE. Pero si aún es tan temprano...

EL TRANSPUNTE. Ya se lo dirá a Ud. el empresario. Tienen Uds. una multa hace hora y media.

LOLA. (a Luis) ¿Lo oyes?

NINETTE. (id) ¡Por tu culpa!

LUIS. (al transpunte) Está bien, señor mío, se pagará esa multa. Averigue Ud. cuánto es.

EL TRANSPUNTE. ¡Yo no tengo que averiguar nada! ... ¡A vestirse, señoritas! Y vamos, caballero, despejando.

LOLA. ¿No ha venido el autor todavía?

NINETTE. ¡Creíamos que ya estuviera acá!

EL TRANSPUNTE. El autor... ¡Bueno está el autor!

ESCENA IV

Dichos y Reméndez (con los bultos)

REMEÑEZ. ¡Ay! ¡Creí que no llegaba nunca! ¡qué carrera!

EL TRANSPUNTE. ¡El autor!

LOLA y NINETTE. ¡Reméndez!

REMEÑEZ. Yo mismo. Ténganme Uds. estos bultos por favor... Téngamelos Ud., querido transpunte.

EL TRANSPUNTE. ¡Vaya Ud. y que se los tenga su señora abuela!

REMEÑEZ. Los dejaré en la concha.. Y ¿qué? ¿no ensayamos?

EL TRANSPUNTE. ¡A buena hora se acuerda Ud.! ¡A vestirse, señoritas, a vestirse! ¡A prepararse para el baile final!

LOLA y NINETTE. Vamos en seguida. (*Vanse derecha*)

EL TRANSPUNTE. Uds. caballeros, apartarse que molestamos.

LUIS. ¡Hombre!

EL TRANSPUNTE. ¡Esos de la maquinaria! ¡Preparados! ¡Preparada la tramoya! La mutación a oscuras como si estuviéramos en la función. ¿Listos? Apague esa luz, señor electricista... Bien. ¡Abajo esos telones! ... ¡Rápido! ¡Más rápido! ... ¿Estamos prontos? ... ¡Señor electricista, luz!

(El escenario quedará a oscuras cuando lo indique el trans-

punte, y así se colocará la decoración rápidamente y volverá a alumbrarse el escenario)

CUADRO FINAL

Gran decoración. Un jardín. Un palacio fantástico, etc.

ESCENA I

Dichos, luego Botelino.

EL TRANSPUNTE. ¡Bien! ... ¿Están preparados los del coro? (*Vase derecha*)

BOTELINO. ¡Me mata, Dios mío! ¡Si me agarra me mata! ... ¡Ay! ¿dónde me he metido?

LUIS. ¡Botelino!

BOTELINO. ¡Don Luis! ¡El señor Reméndez! ¡Uds!

REMEÑEZ. Los mismos. ¿De dónde sale Ud.?

BOTELINO. Huyendo de mi tía. ¡Viene siguiéndonos!

EL TRANSPUNTE. Preparado, maestro. Ese cake final. ¿Pero Uds. aquí interrumpiendo? ¡Apartarse, señores, que estorbamos! ...

LUIS. Oiga Ud...

EL TRANSPUNTE. A menos que quieran Uds. bailar el Cake en lugar de los actores que no han venido...

LUIS. ¿Bailar el cake? ¿Pero Ud. qué se figura? ¡ya lo creo que lo bailaremos si se ofrece!

EL TRANSPUNTE. ¿De veras?

REMEÑEZ. ¡Don Luis, hágalo Ud. por mí!

LUIS. Por mi parte... Botelino, hagamos una última locura.

¿Sabe Ud. bailar el cake?

BOTELINO. ¿El cake? ¡Naturalmente! En mi pueblo hasta ha pasado de moda.....

EL TRANSPUNTE. ¿Sí? Pues andando... Saldrán con las tiples... Por la derecha. Voy en seguida. (*Vanse*)

REMEÑEZ. ¡Uds. son mi salvación!

EL TRANSPUNTE. ¡Esos del cake! ¡listos! ... Música, maestro.

ESCENA II

Reméñez. El transpunte y Coro de ambos sexos que sale bailando un cake wallk.

Después de los primeros compases, el baile se interrumpe por la llegada de Corbiniano, Emeteria y Clarita, ésta conteniendo a Emeteria que zarandea y le pega a Corbiniano.

D. CORBINIANO. ¡Ay! ¡perdóname mujer! ¡mujer yo te explicaré! (*Se interrumpe el baile. Todos se agrupan con algazara.*)

EMETERIA. ¡Pícaro! ¡Sinvergüenza! ¡Canallote!

CLARITA. ¡Mamá por Dios!

REMEÑEZ. ¡Don Corbiniano!

EL TRANSPUNTE. ¡Por las once mil vírgenes! ¿Qué significa esto? ¿Qué ocurre?

EMETERIA. ¡Te voy a sacar los ojos!

EL TRANSPUNTE. ¡Haga Ud. el favor de sacárselos en su casa, señora! ¡Apartarse! ¡A su puesto cada uno! Música maestro... ¡Esas parejas principales! ...

(Todos vuelven a sus puestos. Comienza la música y se reanuda el cake, apareciendo —bailando— Luis y Lola, Boteli-

no y Ninette. Después de los primeros compases se interrumpe nuevamente, al ser reconocido por Clarita y Emeteria. Nuevo tumulto, nueva suspensión, nuevo agrupamiento. Todo muy animado.)

ESCENA FINAL

Todos los personajes y Coro general.

CLARITA. ¡Dios mío! ¡Botelino!

EMETERIA. ¡Botelino! ¡En ese traje y bailando!

BOTELINO. ¡Mí tía!

EMETERIA. ¡Pillo! ¡Descastado! ¡Tunante!

BOTELINO. ¡Tía, por favor!

EL TRANSPUNTE. ¡Con mil demonios! ¡No vamos a acabar nunca! ¡Pero esto es un escenario o un manicomio en huelga?

EMETERIA. ¡Ahora mismo al pueblo, a casa! ¡Allí me las pagarán todas!

BOTELINO. Enseguida, tía; ¡pero déjeme Ud. terminar!

REMEÑEZ. ¡Déjelo Ud. señora, yo se lo ruego!

EMETERIA. ¿Ud. también por acá? ¡Otro sinvergüenza!

REMEÑEZ. ¡Me ha reconocido instantáneamente!

EL TRANSPUNTE. ¡Déjelo Ud. señora, ya que nos ha interrumpido el ensayo!

EMETERIA. ¡Jamás! ¡Qué atrevimiento!

D. CORBINIANO. Eso es: ¡Jamás! ¡No faltaba más!

EMETERIA. ¡Tú te callas! ¿Dices que jamás? ¡Pues baila, Botelino, baila, yo te doy permiso.

BOTELINO. Gracias tía.

EMETERIA. De hoy en adelante se hará todo lo contrario de lo que Ud. diga.

REMEÑEZ. Bueno ¿Empezamos de nuevo o retiro mi obra?

EL TRANSPUNTE. Retírese Ud., hombre. ¡A su sitio todo el mundo! ¡A ver si terminamos ese cake final de "La Salsa Roja"! ... ¡Música maestro desde el principio!

Música.— (Todos a su puesto respectivo y se baila el cake. Reméndez, con sus bultos, y Corbiniano, contagiados, lo bailan al final ridículamente.

Los bailarines van desapareciendo por foro y laterales, y telón lento.)

INDEX

Prólogo	7
Oración fúnebre de Abraham Valdelomar en el entierro de Leonidas Yerovi.....	15
POESIA	
¡Sólo!	21
Madrigalerías	21
La señorita ilusión	23
Misa de Alba	25
Mandolinata	26
Su sombrilla roja	29
La cena de Margot	31
El dolor de Eulalia	33
El café de las "Ghirantas"	34
Versos del carnaval	36
Epistolario del amor	43
Epístola a Cutti	43
Epístola a Brígida	45
Gaspar amigo	47
El pájaro burlón	48
Recóndita	50
Pecadora	51
Las bromas de la Aldea	52
La señorita Muñeca	53
Frases de ellas	55
¡Catay!	57
Era	59
Madama la luna	60
Pícara suerte	61
Suplicatoria	62
Los Novios a través del tiempo	63
Decepciones	66
Viajeros de ida y vuelta	70

TEATRO

<i>La de cuatro mil.</i>	77
<i>Domingo siete.</i>	129
<i>La salsa roja</i>	191

PQ8497. Y4A6 1969



a39001



004164136b

8/21

